

An aerial photograph of a large stadium, likely the Estadio Nacional in Lima, Peru. The stadium's roof is a complex network of steel beams and cables. Numerous silhouettes of people are visible, some standing on the roof and others appearing to be climbing or working on the structure. The sky is a pale, hazy blue. The overall mood is one of industrial scale and human activity.

**NUEVE COLORES SANGRA LA LUNA**  
**CARLOS AGUILAR**

Lectulandia

Al inicio de los años setenta desaparece una bella actriz de películas españolas de terror, Isabel Silva. En el Madrid actual, el ya anciano director que realizó sus películas más representativas, Jacobo Blanco, vuelve al cine, para rodar una película como las que hacía entonces. Un crítico infeliz, Eugenio Arbó, que de joven se enamoró de la actriz al verla encarnando una vampira en una película de Blanco, aprovecha el acontecimiento para contactar con el director. Arbó cree que la actriz fue asesinada, y ahora pretende confirmarlo, mientras el rodaje tiene lugar.

Tras publicar varios volúmenes sobre aspectos generales y particulares del cine español de terror, Carlos Aguilar lo aborda aquí con una ficción, que empero admite seres reales (principalmente los actores John Phillip Law y Dan van Husen). Escrita con un ritmo apasionante, es una obra insólita, que conserva rasgos de las previas del autor, diversidad en los puntos de vista, pinceladas crepusculares y erotismo sofisticado.

**Lectulandia**

Carlos Aguilar

# **Nueve colores sangra la luna**

ePub r1.0

17ramsor 06.12.14

Carlos Aguilar, 2006  
Diseño de cubierta: 17ramsor

Editor digital: 17ramsor  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Für Anita, Im Namen unserer Liebe

Y haciendo un esfuerzo supremo se levantó y siguió marchando en pos del fantasma por las calles interminables, negras, heladas... Como marchamos todos a través de las asperezas de la vida, guiados por nuestros recuerdos, al encuentro de la Ilusión.

Vicente Blasco Ibáñez. *La vieja del cinema*

# Películas que casi nadie amó

Por Fernando Marías

**Algunos** libros disparan. Abren fuego específicamente contra ti, como si no existiera otro blanco sobre la tierra, y alcanzan el centro neurálgico de tu pasado emocional, ese del cual provienes lo quieras o no, para bien o para mal, irremediablemente, sin retorno y para siempre.

*Nueve colores sangra la luna* trata sobre un tipo de películas que casi nadie recuerda y casi nadie amó, aparte de Carlos Aguilar y de unos cuantos miles de personas de su generación, entre quienes me cuento; lectores contra cuyos corazones va dirigida esta novela-bala obscenamente sentimental. No cualquiera puede leerla.

En realidad, es preciso superar algunas pruebas para saber si debes continuar o no. La primera se refiere al título: ¿a qué cineasta de culto, italiano para más señas, busca rendir homenaje?

Y ahora, imagina que no existe el DVD.

Imagina que ni siquiera existe el VHS.

Imagina que retornas al pasado, a tu adolescencia, a esa década asombrosa —de 1966 a 1974, pongamos— que antes o después los historiadores del Cine reconocerán como la más vigorosamente creativa y libre de todo el siglo xx.

Imagina que una mano invisible y poderosa ha demolido las modernas multisalas de proyección cinematográfica, y construido en su lugar enormes cines con viejas butacas incómodas, a veces destripadas, y polvorientas alfombras desgastadas en el pasillo central, sobre el que languidece una lámpara de araña apagada; sin brillo, sin bombillas, sin luz. Al frente, un pesado telón rojo cubre la pantalla, y protege sus hermosos o terroríficos secretos.

Imagina que eres el único espectador de una de esas salas, y que se hace a tu alrededor la progresiva oscuridad... En la vida posterior, en tu vida normal de joven convertido en adulto, el concepto oscuridad será a menudo motivo de inquietud, de alerta, hasta de miedos justificados. Pero en aquellos cines de la adolescencia, la oscuridad era la puerta del paraíso. Felicidad anunciada por el zumbido de la maquinaria que abría el telón y descubría la pantalla para ti. Al oírlo se te aceleraba el corazón y vivías más deprisa.

Una pantalla blanca completamente desnuda. Y en su interior, todos los sueños del mundo.

Si no sentías eso, deja de leer. *Nueve colores sangra la luna* no es tu película; perdón, tu novela.

Pero si te reconoces, continúa.

E imagina un programa doble como este:

*Un spaghetti western rodado en Almería más una película española, o hispano-italiana, de terror.*

*Cine europeo sin subvenciones, sin esperanzas de premios internacionales. Nada de Dolby ni calidad digital. Techniscope y 70 m/m, probablemente «hinchados»; ya sabes de qué hablo.*

¿Qué surge en esa pantalla desnuda de tu memoria?

No sé tú, pero yo veo al mugriento justiciero Anthony Steffen, aquel imitador de Clint Eastwood que acabó por forjar su propio mito, limitado pero incontestable. Con parsimonia desesperante, sale del *saloon* hasta la calle central del poblado, donde le aguardan, risueños y malencarados, los pistoleros encabezados por Fernando Sancho, *Carrancho*. De fondo sonoro, el imitador de turno de las revolucionarias bandas sonoras de Ennio Morricone; o quién sabe, tal vez el propio Ennio.

Y veo, en la segunda película, a una vampira rubia digna de ser amada hasta más allá de los confines de la eternidad. Salía del ataúd cubierta solo por una túnica transparente bajo la cual, cortesía de la censura, podían verse unas bragas blancas groseramente púdicas; curiosa la mente y curiosos sus recovecos: no recuerdo el nombre de la película ni el de la rubia, pero sí aquellas bragas blancas que torpedearon cruelmente mi imaginación, y trataron de reprimirla (Carlos Aguilar, erudito además de novelista, me descubre que la película es *El espanto surge de la tumba*, y la vampira una argentina de fugaz tránsito por nuestro cine llamada Cristina Suriani).

Anthony Steffen y Cristina Suriani, entre otros muchos, fueron educadores esenciales de mi sentido de la épica y del erotismo, y al leer *Nueve colores sangra la luna* caigo en la cuenta de que jamás hasta ahora había sido plenamente consciente. ¿Qué fue de Anthony, de Cristina?

Este singular thriller va dedicado a ellos. Y a Klaus Kinski, Maria Perschy, Anton Diffring, Marisa Mell (por la cual Carlos siempre ha reconocido una debilidad especial), Gordon Mitchell, Patrizia Adiutori, Horst Frank, Tina Aumont, William Berger, Margaret Lee, Howard Vernon, el bilbaíno Julián Ugarte... Pero también, de forma cariñosamente especial, a John Phillip Law y Dan van Husen, personajes reales en *Nueve colores sangra la luna*.

Si a medida que pasan los años se afianza tu convicción de que sigues siendo, tal vez más que ninguna otra cosa, aquel adolescente perpetuamente embrujado por una pantalla desnuda desaparecida mucho tiempo atrás, esta es tu novela. Podría añadir muchas, muchísimas cosas sobre la trama de la novela, o sobre esos guiños múltiples que llenan de felicidad al lector cinéfilo. Podría conversar interminablemente con Carlos Aguilar o contigo sobre estas películas que casi nadie recuerda y casi nadie amó, y sin embargo nos amamantaron. Podría ampliar este prólogo hasta completar una novela, y pedirle a Carlos Aguilar que me escribiera el prólogo.

Pero tengo una idea mejor.

Instálate en tu sillón favorito de lectura, apaga las luces que sobren. Conecta el proyector en la oscuridad.

Y lee *Nueve colores sangra la luna* con el corazón, igual que ha sido escrita.

# 1

**Acurrucado** en el viejo sofá del salón, acariciando su no menos antiguo lince de peluche, envuelto en una deshilachada manta verde, Eugenio Arbó revisaba en el video *Las vampiras de Drácula*.

¿Cuántas veces la había visto ya? Era imposible saberlo, había perdido una cuenta que nunca llevó.

Se recogió un poco más, abrazando el lince con cariño. Invariablemente se estremecía en la escena en que Drácula convocaba, sin emitir palabra ni sonido alguno, a sus tres sensuales vampiras, con objeto de que abandonasen sus respectivos ataúdes, prominentes en el mohoso y tétrico subterráneo del castillo. Dado que aportaba, en una secuencia de rara belleza, el primero de los, por desgracia, escasos momentos en que aparecía la actriz Isabel Silva.

Justo entonces, sonaron las señales del teléfono móvil que avisan de la llegada de un mensaje. Pero Arbó no hizo el menor caso, indiferente al reconocible ruido que ascendía desde el suelo. En esos momentos, para él no contaba nada más que la película, cuya banda sonora era lo único que se oía en el minúsculo y vetusto piso, al abrigo de la medianoche.

*Las vampiras de Drácula*. Posiblemente la película más representativa del director especializado Jacobo Blanco, y uno de los títulos emblemáticos del cine español de terror característico de finales de los años 60 y primeros 70. En su día, pasó desapercibida, se la despachó como a la enésima entrega de un aluvión de películas del género que parecía no remitir nunca y que casi todas las modalidades de Crítica nacional detestaba. «Terror de pipas», las llamaban popularmente. Basura mimética y falsa, que aleja el cine español de la realidad nacional, reprochaban, más o menos literalmente, los críticos comprometidos. Vil regodeo sadoerótico para un público masculino inmaduro a perpetuidad, agregaban los más pretenciosos, aventurando prismas psicoanalíticos.

*Las vampiras de Drácula*, de Jacobo Blanco. Coproducción entre España, Italia y Alemania, del año 1971, rodada mayormente en Barcelona. Aunque la de crítico de cine fuera su profesión, Arbó se reconocía incapaz de determinar si era una película buena o mala. Irrefutablemente, no resistía la comparación con ciertas aportaciones anglosajonas del género, mayormente las de la Universal americana, en poético blanco y negro, y las de la Hammer británica, en estallante color. Tampoco con el sublime *Nosferatu, el vampiro silente*, del genial F.W. Murnau, ni con determinadas recreaciones italianas del mito.

Por supuesto. Pero esta no era la cuestión. No se trataba de que fuera una película de terror magnífica o lamentable, eminente o risible, conseguida o fallida. Se trataba de que era *Las vampiras de Drácula*.

Sintió un escalofrío, dulcemente familiar. Necesario. Llegaba el primer plano de la película ocupado por Isabel Silva. Arbó suspiró profundamente y a toda velocidad

limpió aún más sus grandes gafas con la propia camiseta del pijama. En un encuadre perfecto, la Silva se erguía lenta y ceremoniosamente dentro del ataúd, sujetándose con las manos en ambos extremos. Impertérrita a la par que sugerente. Preciosa, y al tiempo aterradora. Con el pelo suelto, el rostro níveo, los labios carmesí, un camisón negro por única vestimenta, ceñido en el pecho, holgado en el resto del cuerpo.

Este plano terminaba enseguida, justo antes del imperativo de verla alzarse por completo. Los dos planos siguientes repetían el ritual, con las correspondientes vampiras. Las cuales no estaban a la altura de la Silva, desde luego. Pero tampoco hacían el ridículo, igualmente bellas, morenas y estilizadas. A continuación, la escena retomaba la visión completa del subterráneo. Drácula, altísimo e imponente, irradiaba maldad ultraterrena desde el centro. Las tres vampiras, al pie de sus respectivas tumbas, humillaban ligeramente sus cabezas. Aguardando las órdenes del Amo.

*Las vampiras de Drácula.* Jamás podría olvidar la primera vez que tan singular película discurrió ante sus miopes ojos. Fue en el verano de 1974, en el céntrico «Cine Madrid» de la capital de España. Una sala enorme, que desde bastantes años atrás sólo programaba películas de género, invariablemente modestas. Coproducciones europeas, por lo común. Oeste, aventuras, acción, terror. En programa doble, a base de sesiones continuas desde las diez de la mañana hasta las doce de la noche. Habitualmente repleto de gente bien poco sofisticada, con una ecléctica banda sonora humana donde predominaban los gemidos y los ronquidos.

Arbó entonces estaba a punto de cumplir los veinte años. Sin embargo, todavía era tan impresionable como un adolescente, y estaba tan emotivamente indefenso como un niño. Y no podía ni quería borrar de su memoria aquella proyección, porque nadie lo hace con el momento en que se enamora por primera vez. Especialmente, si ya no vuelve a enamorarse.

La acción de la película se desplazaba ahora a la clínica del doctor Seward, encarnado por Dennis Price. Diversos personajes cualificados especulaban sobre lo que podía haberle ocurrido poco antes al héroe, interpretado por Robert Hoffman, provocando su alarmante estado exangüe y febril. Arbó aprovechó la escena para remover un poco las piernas, sin sacarlas de la manta, y depositar su querido lince de peluche sobre el suelo, junto al teléfono móvil.

El frío seguía mortificando la casa. A fin de ahorrar; Arbó únicamente encendía su estufita cuando no estaba cubierto por la manta, en el sofá, o por el edredón, en la cama.

La película continuaba su desarrollo, indiscutiblemente irregular. Pero por fin llegaba la secuencia en que Isabel Silva, siguiendo lo dispuesto por Bram Stoker en la novela adaptada, personificaba a la nocturna y silenciosa «Bella dama», respetando la denominación del libro original. Confundiendo así el guión dos personajes muy diferentes del texto matriz.

Isabel Silva caminaba como si efectivamente fuera un ser sobrenatural. Lánguida cual flotando, mientras cruzaba arcos y soportales. Revestida por la música

pertinente, gótica pero enriquecida con un toque particular específicamente italiano, típico de las coproducciones mediterráneas de entonces. Pocos segundos después, la «Bella dama» topaba con una niña rubia, vestida con la necesaria cursilería y de candorosa fotogenia. Una niña que la contempla con plena confianza, sin temor alguno ante un rostro tan cerúleo, unos labios tan anhelantes, una piel tan descarnada, una sonrisa tan equívoca. Sintióse, fatalmente, amparada en la soledad de la noche por aquella fascinadora... vampira de Drácula.

La sonrisa que Isabel Silva brindaba a la niña, en un plano medio con esta en escorzo, era incomparable. En la opinión de Arbó, objetivamente autorizada por su exhaustivo conocimiento de la filmografía vampírica, ninguna otra actriz la había igualado en el género, a lo largo de un siglo de cine en los cinco continentes. Aunaba con fina armonía lo inmaterial y lo físico; el ansia viciosa y la protección maternal; la belleza y el horror.

Bruscamente, Arbó se recogió sobre sí, apretando las piernas entre los brazos. Temblaba, jadeaba. La manta cayó al suelo, sobre el teléfono móvil y el lince de peluche.

Justo este era su plano preferido de la historia del género, de la historia del cine. Pero no terminaba aquí su sensibilidad al respecto. Había más. Mucho, muchísimo más. Pues aquella sonrisa femenina representaba un acontecimiento particularmente crucial en su vida íntima. Un punto sin retorno. Guardaba el instante precioso, específico e indeleble en que descubrió el amor, el deseo, la pasión... dentro del miedo. Un sentimiento singular, por añadidura, dado que siempre existió una pantalla interpuesta.

La primera vez que admiró esta escena, desde una de las incómodas y entrañables butacas del «Cine Madrid», había experimentado una erección repentina, casi dolorosa de puro fuerte e inesperada, al mismo tiempo que un pavor lacerante. Las cinco siguientes, una cada día durante el resto de la semana, habían prolongado tal efecto, si bien dulcificándolo progresivamente, con deliciosa y equívoca ternura, mediante una suerte de reconocimiento amoroso, incluso de intimidad conyugal entre ella y él.

En cambio, desde entonces, siempre que revisaba la película Arbó sufría. Con mayor o menor intensidad según la ocasión, en función del estado de ánimo inmediatamente anterior. Pero sufría, invariablemente. Pues Isabel Silva había desaparecido, literalmente, justo un año después de participar en *Las vampiras de Drácula*. Jamás había vuelto a saberse nada de ella.

Sin la menor duda, fue asesinada.

Arbó no necesitaba partes oficiales, leerlo en la prensa o soportarlo en la televisión. Menos todavía fotografías sórdidas y prosaicamente macabras, por favor. Él estaba convencido por completo. Lo sabía. Apenas percibió la desaparición, su corazón le indicó la causa, de modo respetuoso pero firme. Y desde entonces se lo recordaba noche tras noche, sin tregua a lo largo de los tres decenios transcurridos.

Isabel Silva fue asesinada, y el crimen sigue impune.

*Las vampiras de Drácula*, así, desde mucho tiempo atrás matizaba el primer efecto que surtiera en Arbó. Agregaba otro significado, desgarrador, a lo largo de sus revisiones videográficas. La perenne ratificación de la pérdida de la única mujer amada.

Por fin dejó de temblar, conforme ella abandonaba la pantalla y el personaje de Van Helsing, encarnado por Herbert Lom, irrumpía mediante la energía pertinente. Se serenó progresivamente mientras la película continuaba, distendiendo más y más los miembros del cuerpo. Pero sin recoger la manta del suelo, agradeciendo el frío. Desde muchos años atrás no había sufrido un ataque emocional tan fuerte durante el visionado de algún plano con Isabel Silva.

Pocos minutos después, relativamente recuperado, Arbó detuvo el video, abandonó el sofá y se acercó a la ventana. Apenas tardó un par de segundos en levantar la persiana y abrir el cristal por completo, tras quitarse las gafas. La noche era intensamente fría pero no soplaba el viento, y la belleza de la luna llena irradió sobre su rostro, todavía húmedo a causa de las lágrimas derramadas.

*¿Quién nos separó, Isabel, de una forma tan cruel e infame? ¿Por qué destruyeron nuestro amor antes de que brotase?*

## 2

«**Jacobo** Blanco ha vuelto. El lunes próximo empieza a rodar *Las noches del hombre lobo*».

Arbó todavía no podía creerse el mensaje que le había llegado al teléfono móvil la noche anterior, mientras revisaba *Las vampiras de Drácula*. Era incapaz de reaccionar, necesitaba tiempo.

«Jacobo Blanco ha vuelto». Jacobo Blanco, el director de *Las vampiras de Drácula*, el cineasta que más y mejor había filmado a Isabel Silva, volvía al cine, estaba a punto de rodar otra película. Arrastrando más de setenta años y tras un período de inactividad superior a una década... durante la cual bien poco se supo de su persona.

Con la mirada fija en la pantalla del aparato, leyendo las palabras una y otra vez, Arbó empezaba a mentalizarse, iba asimilando la noticia segundo a segundo.

Abandonó el sofá donde había dormido, peor que mejor, tras finalizar la película. A continuación, recogió del suelo la manta y el lince y, todavía abotargado y perplejo, con el teléfono móvil en la mano, encendió las dos barritas de su pequeña estufa.

El mensaje procedía de Javier Rubio, el redactor jefe de la revista especializada donde escribía Arbó, *Contraplano*. Rubio era un toledano de su misma generación, que siempre se había solidarizado por el interés de Arbó respecto al viejo cine español de terror, si bien más por nostalgia personal que por conformidad artística. Ignorando empero, como cualquier otra persona, fuera o no de la profesión, los profundos sentimientos amorosos de Arbó respecto a una de las actrices recurrentes del género nacional.

«El lunes empieza a rodar *Las noches del hombre lobo*». Jacobo Blanco volvía, efectivamente, y además lo hacía por sus fueros. El título implicaba una purísima declaración de principios, al evocar, con insultante orgullo, el género tal como se concebía cuarenta años atrás. Sobre todo porque era la traducción literal al español del que había recibido en Francia la producción Hammer *La maldición del hombre lobo*, dirigida por el gran Terence Fisher con Oliver Reed en el rol del licántropo. Blanco se había apropiado del título, y a buen seguro los incondicionales del género lo advertirían. Ahora bien, Blanco había plagiado tantas cosas durante sus años de febril actividad, que el hecho de que ahora volviera a hacerlo, de entrada en el propio título, bien mirado representaba una garantía de vuelta a los orígenes. De fidelidad a un mundo propio, aun configurado a costa de muchos ajenos. Puesto que en Blanco sus múltiples defectos, por lo menos la mayoría, paradójicamente generaban extrañas virtudes. Aquí radicaba gran parte del interés de su cine, por lo demás hartamente controvertido, cuando no directamente despreciado.

El anciano Jacobo Blanco iba a rodar una película titulada *Las noches del hombre lobo*. En el cine español del año 2005... Era increíble, alucinante... maravilloso.

Arbó arrastró la ya ardiente estufita hacia el cuarto de baño. El cable no permitía

que esta entrara realmente, pero al menos lograba que se quedara en la puerta. Acto seguido, tiró al suelo la ropa interior y el pijama, y entró en la ducha tras unos cuantos pasos pisando descalzo los sucios y fríos baldosines.

*Las noches del hombre lobo.* Arbó degustaba, paladeaba con progresiva satisfacción el título bajo el agua. Templada, casi fría. Había olvidado aplicarse jabón, o acaso le daba igual. El mítico Jacobo Blanco, el responsable de los mejores planos de Isabel Silva, volvía al cine. Era una noticia extraordinaria. Objetiva y subjetivamente. Por completo imprevisible y fuera de cualquier lógica pedestre, como todas las noticias de tal naturaleza fabulosa. Sin poder ni querer reprimirse, Arbó estalló en una risa histérica, entre los chorros de líquido que caían sobre su orondo y lechoso cuerpo.

Vestido con un pijama de seda verde de estilo oriental, Jacobo Blanco entró en la cocina, encendió la luz y se sirvió medio vaso de ginebra con hielo.

Sentándose en la única silla de la estancia, a continuación, infructuosamente, intentó encender un cigarro con unas cerillas húmedas, mientras bebía a pequeños sorbos.

Fuera, la luna llena reinaba en Madrid. Había llegado el momento, todo estaba dispuesto para el gran retorno.

Enfrente de él, creía ver, veía, una cama. Tanto las sábanas como el almohadón eran de un color amarillo intenso, purísimo. Removiéndose lenta y sensualmente en el centro, embellecida mediante un conjunto de lencería del mismo color, con el pelo recogido bajo una peluca asimismo rubia, Isabel Silva le sonreía con ánimo lascivo. Relamiéndose los labios, perfilados y anhelantes.

Blanco devolvió la sonrisa a su actriz, mientras por fin lograba encender el cigarro.

Los augurios se habían confirmado. *Las noches del hombre lobo.*

**Refortalecido** por la gran noticia, más que meramente animado, Eugenio Arbó abandonó su domicilio para pisar el frío invierno del madrileño enero del 2005.

Vivía en la calle General Ricardos, a la altura de Oporto, en un humilde piso que constituyó prácticamente la única herencia legada por sus padres, fallecidos ambos en 1994, con pocos meses de diferencia. Recién muerto, el padre llamó a la madre a su lado, pensó entonces Arbó. Ella, desbordante del sereno amor propio del otoño vital, respondió de inmediato, prefiriendo reunirse con su hombre antes que seguir cuidando del hijo común.

Arbó nunca logró superar esta explicación de los hechos. Por lo demás, no tenía otros familiares, aparte de una tía por parte de madre, la solterona Aurora. Tampoco contaba con amigos, fuera de algún colega puntual, sobre todo Rubio.

Nacido en la propia capital, en la primavera de 1954, Arbó nunca fue capaz de emanciparse, ni psicológica ni económicamente. Negado para los estudios, a causa de la carencia de una vocación definida, inútil en cualquier trabajo físico, por culpa de su proverbial torpeza, enfermizamente tímido, en todos los aspectos de la vida, en verdad sólo sabía escribir sobre cine. Por lo cual, hasta el fallecimiento de los resignados padres había vivido mantenido por estos. Desde entonces mediante sus escritos ganaba para poco más que cubrir elementales gastos de supervivencia.

Caminaba contento por su calle. Embutido en su ajado y confortable abrigo gris, sonriente, recreándose en un clima invernal de una dureza como no recordaba Madrid desde décadas atrás.

Alto y grueso, muy poco agraciado y con una calvicie galopante, sólo se sentía físicamente bien bajo el frío. El calor le afectaba negativamente más de lo habitual, provocándole problemas respiratorios y circulatorios, impidiéndole dormir... y haciéndole sudar de manera continua, desagradable, fétida.

Redujo el ritmo de sus pasos mientras cruzaba el puente de Toledo, con ánimo de disfrutar de los efectos sobre su cuerpo de un viento libre, fuerte, sin represión de edificio alguno. Cuidando empero, como siempre, de no abandonar el centro de la empedrada vía, a fin de evitar el vértigo, una de sus múltiples perturbaciones.

«Jacobó Blanco ha vuelto, y el lunes empieza a rodar *Las noches del hombre lobo*». Necesitaba saborear el acontecimiento fuera de sus estrechas paredes, al aire libre de la mañana, caminando sin rumbo. Y, por supuesto, a solas. Como siempre. Por la noche, sin prisas, ya agradecería a Rubio el mensaje. Acaso con un e-mail.

—Bueno, mi viejo, ¿te gusta o no el decorado?

Moviéndose de aquí a allá, Blanco observaba críticamente hasta los menores detalles. No quería arrepentirse demasiado tarde de haber emitido una respuesta precipitada a su productor.

El plató reconstruía la mazmorra de un castillo gótico, según la precisa y siniestra

imaginería que todo espectador conserva al respecto. Aparentemente, no faltaba ni sobraba nada. Si bien...

—No sé, yo añadiría una cruz entre los instrumentos de tortura.

—¿Cómo que una cruz?

—Sí, una cruz. Para atar de espaldas al reo, abierto de pies y manos... Lo habrás visto mil veces.

—Pero tú habías estudiado y aprobado los diseños, *Jack*. No me vengas con que quieres una cruz, a estas alturas...

—Es imprescindible, René. El aficionado la echaría de menos. Añádela y con eso rematamos este decorado. Tanto no subirá el presupuesto, ¿no?

El productor asintió, suspirando con una sonrisa a la par cómplice y paternal. Cercano a los cincuenta años, esbelto y sonriente, de voluminoso cabello negro y mirada seductora, René Orozco se había enriquecido en su México natal en el campo de las telenovelas, a lo largo de quince años de trabajo ininterrumpido. Con una salud espléndida y la confianza que le confería su previa andadura profesional, en el 2004 había creado una productora, *Tiacapán*, dispuesto a introducirse en el terreno del cine de género, siempre mediante acuerdos de coproducción, a ser posible con España. *Las noches del hombre lobo*, así, iba a suponer su primera película, y con ella pretendía satisfacer dos objetivos: rendir homenaje a la tradición del terror gótico que prosperó en su propia nación, a lo largo de los años cincuenta y sesenta, y resucitar la filmografía de un cineasta de culto, Jacobo Blanco, cuyas coproducciones europeas de los años setenta, bien mirado, no diferían tanto del estilo mexicano.

Ambos abandonaron el plató y, tácitamente, encaminaron sus pasos hacia la cafetería del estudio. Con delicadeza, Orozco adaptó su paso, por norma seguro y enérgico, al de Blanco, un tanto renqueante.

Una vez dentro del local, Blanco eligió la mesa más cercana, tomó asiento y, antes que nada, encendió un cigarrillo con sus manos arrugadas y temblorosas. Tras expirar la primera bocanada, dijo a su productor:

—Para mí ya sabes.

Orozco asintió y ganó la barra, atestada de gente de la profesión, conversando de modo estentóreo. Situándose entre el resto de los clientes, mientras esperaba que se despejase el ambiente, observó disimuladamente a Blanco.

Jacobo Blanco. El venerable y mítico Jacobo Blanco de la época dorada de la coproducción europea de género. El enigmático *Jack White* de las copias para explotar fuera de España, provistas de mayor o menor metraje con doble versión según el erótico caso. Ahí estaba, vivo y bien. A sus órdenes mediante un contrato bajísimo, por una remuneración, sumando guión y realización, que pocos directores más habrían aceptado.

Pero que Blanco no podía rechazar. Materialmente, sus reservas económicas eran escasas. Psíquicamente, necesitaba volver a filmar, si pretendía seguir reconociéndose cuando se mirara en el espejo. Y con tales términos lo confesó, ya en la primera

reunión que ambos celebraron, durante el otoño anterior.

—¿Señor?

Respondiendo a la pregunta del camarero, pero sin girar totalmente la vista, Orozco contestó:

—Dos cafés, por favor. Bien negros.

Mientras el productor volvía con las consumiciones, el director esperaba absorto en sus pensamientos.

Blanco ya sólo conservaba pelo en los extremos de la cabeza, y le caía largo, ralo, canoso, casi hasta los hombros. El rostro estaba surcado por arrugas de arriba a abajo, de derecha a izquierda, y los labios eran particularmente yermos. Su cuerpo pequeño y enteco estaba cubierto por ropas modestas, que le sobraban por todas partes y que seguramente habían conocido tiempos mejores. La expresión, sin embargo, apreciablemente oriental como efecto de los marcados pómulos, revelaba una patente vida interior, un altivo desafío a la decrepitud. No obstante, a ojos aprensivos bien podía interpretarse como perversidad.

Orozco llegó a la mesa, con los cafés humeando en sendas manos. ¿En qué podía estar pensando Blanco, realmente? ¿Acaso lamentaba que nadie en la cafetería le reconociera, le saludase? Como si su época, y la gente que la pobló, se hubiera extinguido... Apenas sentado el productor, y mientras abría el sobre del azúcar, el director preguntó:

—¿Ha llegado John Phillip Law?

—Claro, mano. Le han dejado en el hotel hace unas horas. Estará acomodándose, o habrá salido a dar una vuelta.

—¿Entonces?

—Pues lo hablado. Esta noche nos lo llevamos a cenar algo maravilloso, que sea muy español. Por ejemplo, un rabo de toro, bien jugosito. ¡Seguro que se chupa los dedos!

—Y tan seguro. Americano, pero no tonto.

—Aunque no podemos inflarle mucho. Mañana a las nueve está citado para las pruebas de ropa y maquillaje.

Blanco asintió, conforme. Tras unos segundos de silencio, comentó evocador:

—John Phillip Law. Le conocí en Roma, en el 67. Él estaba rodando *Diabolik*, dirigida por Mario Bava. Un director fenomenal, capaz de hacer virguerías con cuatro duros.

—Recuerdo la película, *Jack*. Muy divertida. Y la chamaca era fantástica.

—Marisa Mell, se llamaba. Una gran estrella. Trabajó conmigo, sólo cuatro años después.

—Marisa Mell, eso. ¡Para empiernarse con ella no más!

Ajeno al comentario de Orozco, Blanco suspiró y volvió a tomar la palabra:

—Aquella era una época maravillosa para el cine europeo de género, René. Imaginación, fantasía, erotismo. Presupuestos justos, pero suficientes. Miles de salas

esperando nuestras películas, reclamándolas. Cantidad de distribuidoras pequeñas e independientes, moviéndolas. Y un público que las admitía de puta madre, sin importarles para nada que no fueran americanas.

—¡Gustaban hasta en México!

El director bebió un buen sorbo, entre calada y calada del cigarro, y continuó rememorando.

—John Phillip Law era un tío guapísimo. Además, nada engreído, y muy cordial. Comimos juntos un día, solos él y yo. Me hablaba de sus inicios como figurante, de su padre, que era una especie de ayudante de sheriff, y de su madre, una actriz de teatro que no prosperó en el cine. Sus primeras películas, su amistad con Jane y Peter Fonda, lo déspota que era Otto Preminger, cuánto se divirtió rodando en Almería con Lee Van Cleef, cómo aprendió italiano...

Orozco escuchaba encantado, bebiendo a sorbos. Qué satisfecho estaba de recuperar a Jacobo Blanco. Su empresa *Tiacapán* no podía empezar con mejor pie. Estaba redondeando un acierto histórico.

—Por medio de John, conocí a la Mell, ellos habían entablado una gran relación gracias a *Diabolik*. Ya sabes... Y nunca le agradeceré bastante aquel detalle a John, porque gracias a conocerla personalmente, Marisa aceptó ser la protagonista de una película mía, como ya te dije. Porque entonces no era fácil contratarla, estaba muy cotizada, rodaba por todas partes. Pero protagonizó mi película, por la gran impresión que yo le causé. Notó que soy especial. Con ese instinto que tienen los grandes advirtió que le convenía trabajar para mí.

Conforme evocaba, Blanco iba animándose más y más. Encendió otro cigarrillo, con la colilla del anterior.

—¿Y qué película hiciste con ella?

—*Sexy Show*.

—No la conozco.

—Pues es de culto. Como casi todas las mías. Pero tuvo la desgracia de estar producida por un hijo puta, que al final resulta que debía dinero a medio mundo. Un judío alemán. Entonces, la peli medio la embargaron, medio yo qué sé... Pero quedó preciosa.

—No es de terror, ¿no?

—Es que yo no sólo hacía terror. Es otro de los tópicos sobre mí que me tocan los cojones. Es un thriller, duro y cínico, donde pasan muchas cosas. Tiene erotismo, claro, porque la historia lo pedía. Pero no es uno de esos bodrios que se hacían entonces y llamaban porno blando. Para nada.

—No lo dudo.

—La rodamos en Hamburgo, con un frío demencial. Pero que le daba a la película un ambiente muy bonito, con todo nevado. La acción gira alrededor de un club nocturno, y la Mell interpretaba una stripper. Ella era única haciendo strip-teases, los hizo en varias pelis. Pero en la mía los hizo como nunca, cuatro en total,

fabulosos. Aunque uno no era exactamente un strip-tease. Verás, lo pensé yo, era con una otra actriz, una italiana...

El sonido del teléfono móvil de Orozco interrumpió el entusiasta recuerdo de Blanco. Mientras el productor asentía en inglés, el director terminó su café.

—Era John. Que le recojamos esta noche a las ocho y media, en el vestíbulo del hotel.

—Verás cómo se acuerda de mí. Bueno, te lo dijo cuando le llamaste.

—Cierto. Pero ahora volvamos a la oficina.

Ambos se levantaron, dirigiendo sus pasos hacia la puerta. Blanco, con una sonrisa y fumando todavía.

Justo a punto de salir, toparon de bruces con un hombre de aproximadamente ochenta años, alto y con un aspecto señorial. Tras vencer unos segundos iniciales de asombro, el desconocido, sonriendo algo forzadamente y con la dicción propia del galán a la antigua usanza, comentó:

—Vaya, *Jack*. Oí que habías vuelto. Y para hacer una de las tuyas.

—Pues no te mintieron, Dardo. Ya lo ves.

El viejo actor amplió su sonrisa. No existía verdaderamente simpatía en su expresión, pero tampoco una diplomacia inocua. En realidad, aunque un tanto a su pesar, estaba delatando respeto, incluso admiración. Sin poderse reprimir más, le propinó a Blanco una franca palmada en la espalda, exclamando orgulloso:

—No nos echarán.

**Sentado** a la mesa del salón, Arbó bebía una humeante infusión de frutas del bosque, la preferida de su madre. Mientras, ojeaba el dossier para la prensa de *Las noches del hombre lobo*, que le había facilitado su colega Rubio. En el tocadiscos sonaba a un volumen considerable un viejo vinilo con una banda sonora de Bruno Nicolai. Prácticamente no escuchaba más música que la de cine.

¡Habían contratado para un rol de colaboración a John Phillip Law! El mítico John Phillip Law, cuya imagen, según las fotografías adjuntas, no difería gran cosa de la que popularizase durante su etapa estelar, cual nuevo *Dorian Gray*. ¡Fenomenal! El trotamundista y carismático John Phillip Law era un actor particularmente entrañable para él, desde la primera vez que lo viera, tanto tiempo atrás y llevado al cine por sus padres, en la comedia *¡Que vienen los rusos, que vienen los rusos!* Con una mención especial para su protagonismo en dos de sus películas de cabecera, la singular *Diabolik* y la soberbia *El viaje fantástico de Simbad*, uno de los hitos del genial Ray Harryhausen, rodado en España.

A continuación, Arbó advirtió, absolutamente encantado, que el actor que asumía el rol del hombre lobo era otro ídolo personal. Se trataba del alemán Dan van Husen, que había vivido en Madrid desde mediados de los años 60 hasta poco antes de finalizar la dictadura, trabajando abundantemente en películas de género de rodaje nacional, por lo común en roles de villano. Dan van Husen siempre le había impresionado, durante su juventud había mantenido una tipología particular, era como una especie de Klaus Kinski psicodélico. Incluso le había aterrado en algún papel puntual, sobre todo el de un fiero mercenario centroeuropeo, que encarnó en un episodio de la muy curiosa serie televisiva *Los paladines*, del esotérico Juan G. Atienza, a primeros de los 70.

Arbó abandonó el asiento y comenzó a dar vueltas por el salón, algo polvoriento y de dimensiones reducidas. ¡Qué actores tan estupendos! ¡Puro culto! Realmente, reunir a John Phillip Law y Dan van Husen era una idea tan especial que sólo se le podía haber ocurrido a Jacobo Blanco. Implicaba una elección brillante, por razones de entidad y significación.

Jubilosamente inquieto, dio la vuelta al disco de Nicolai. Desde que conoció la noticia del rodaje sólo era capaz de pensar en todo lo positivo que podía aportarle *Las noches del hombre lobo*. Y el hecho de que John Phillip Law y Dan van Husen estuvieran en la película magnificaba su ilusión.

Volvió a sentarse. La heroína, que se enamoraba del licántropo ignorando inicialmente su condición, tal como rezaba en la escueta sinopsis adjunta, estaba a cargo de una joven actriz mexicana, de nombre artístico Guadalupe del Río. Antes sólo había trabajado para la televisión, si bien desde la adolescencia y con cierta profusión. Las fotografías vendían una mujer ciertamente hermosa, pero sin nada de particular. Sin duda, estaba impuesta por su compatriota el productor mayoritario,

René Orozco. Por cierto que este hombre, debutante en el cine, en sus declaraciones dentro del dossier aireaba su orgullo de haber propiciado la recuperación cinematográfica de Jacobo Blanco, «relegado del medio cuando todavía está en plena forma profesional», según sus propias palabras.

Los padres de la heroína estaban personificados igualmente por profesionales mexicanos, asimismo desconocidos en Europa, y el resto de los intérpretes pertenecía ya a España. Los responsables de cubrir los contados personajes jóvenes eran para Arbó tan ignotos como los mexicanos. Por el contrario, para los roles maduros Blanco había revelado otro gran acierto de reparto: la recuperación de intérpretes representativos del terror español de otrora, algunos de los cuales ya habían trabajado con él. Así, Víctor Israel encarnaba un pútrido sepulturero, Rosanna Yanni y Lone Fleming dos aristócratas alemanas, y Helga Liné una hechicera de edad inmemorial.

Arbó cerró el dossier y terminó la infusión, mediante un último y prolongado trago. Saboreando la fabulosa impresión que le había causado el reparto de *Las noches del hombre lobo*, a los sonos del gran Nicolai.

Según las últimas noticias, Blanco había iniciado el rodaje en la fecha prevista. Por el momento filmaba en interiores de Madrid, algunos naturales y el resto en decorados. Finalizados estos, recuperarían para los exteriores dos de las localizaciones características del terror español de otrora, el castillo de Martín de Valdeiglesias y el monasterio del Cercón.

Abandonando el salón, Arbó se dirigió a su alcoba, que asimismo hacía las veces de estudio. Encaradas a derecha e izquierda de la puerta, dos estanterías de madera rozaban el techo, abarrotadas de libros y revistas, en general de temas cinematográficos. Relativamente centrada estaba la cama, algo revuelta; sobre ella, destacaba su entrañable lince de peluche, el número de la revista *Quatermass* dedicado al cine fantástico británico, varios cómics de *Delta 99*, algunos títulos de la italiana colección *Diva* y una antología de relatos de Jean Ray. Separada por pocos centímetros, había una silla de madera roja, prácticamente pegada a la mesa de trabajo, cuyas modestas dimensiones apenas sostenían el ordenador con la impresora. Las escasas superficies de pared que dejaban libres las estanterías estaban cubiertas por carteles de películas particularmente amadas en la adolescencia: *La muerte tenía un precio*, *Superargo el gigante*, *Puños de hierro*, *Los ojos muertos de Londres* y *Las vampiras de Drácula*. De menor tamaño, podía apreciarse un poster del personaje «El hombre enmascarado», dibujado por el español Esteban Maroto.

Tomó asiento frente al ordenador. Sobre la bandeja de la impresora, apoyada contra el chasis, Isabel Silva le sonreía, pero sólo con los ojos, desde una fotografía procedente de una entrevista concedida a la revista española *Cine en 7 días*, que Arbó recortara amorosamente treinta años atrás. Era una fotografía maravillosa, un primer plano a la par natural y estudiado, donde ella se recogía ligeramente hacia la boca la parte derecha de su bella y frondosa melena. En un contrastado blanco y negro, la imagen le impactaba especialmente por la profundidad de la mirada. Una mirada

cómplice y que no se agotaba nunca, abierta a tantas sugerencias e interpretaciones.

Sintió un escalofrío, repentino e imprevisto. Cuyo origen no estribaba simplemente en el frío reinante en la alcoba.

Uniendo su mirada con la que desprendía la foto, Arbó pronto substituyó el pasado escalofrío por un temblor sutil. Algo se removía en su interior. Algo que desde mucho, demasiado, tiempo atrás pugnaba por emerger, reivindicaba su derecho a existir.

Durante un momento, Arbó consideró arrojarse sobre la cama y abrazar su lince. Empero, venció la tentación, y lo hizo con una serenidad que le sorprendió gratamente. Estaba decidido a imponer su voluntad, a no desviar su mirada de la de ella. Se desprendió de las gafas con parsimonia, y serenó su cuerpo.

La vuelta al cine de Jacobo Blanco y el rodaje de *Las noches del hombre lobo* representaban la ocasión que siempre soñó, esa oportunidad que nunca había conseguido racionalizar. Una reconstrucción del pasado que implicaba, que indispensablemente tenía que implicar, la solución de su sempiterna tortura. De una vez y para siempre.

*Esta película la tenías que haber protagonizado tú, Isabel. Pero su realización me permitirá averiguar la verdad. Después, nuestro amor comenzará una nueva etapa.*

Recién salido de la bañera, Jacobo Blanco envolvió su cuerpo, todavía empapado, en un viejo albornoz.

Le ardían los músculos, la garganta, la cabeza. El plan de rodaje fijado entre Orozco y el joven director de producción era muy estricto, y había que respetarlo a rajatabla. En su día, no quiso objetar nada, pues, aunque apenas dejase margen para los imprevistos, estaba dispuesto razonablemente. Tampoco podía quejarse del equipo, ni el técnico ni el artístico, dado que por el momento todos revelaban una profesionalidad impecable, y nadie había cometido errores que implicasen pérdida de tiempo, o trastornos relevantes.

El único problema era él. Había conseguido engañarlos a todos durante los días iniciales, pero el embuste empezaba a desmoronarse, al vencer la primera semana de rodaje. No reunía las condiciones físicas necesarias, las había perdido. Palpablemente. Su cuerpo se fatigaba, su mente se confundía. Encima, los gritos y las bravuconadas que le caracterizaban tiempo atrás no encubrían sus precipitaciones y torpezas, como acaso sucediera otrora, por lo menos supuestamente. Ahora resultaban penosos, ridículos, patéticos. Ya no era más que un anciano, dando palos de ciego entre sus fantasmas.

Tosiendo, se tumbó en la cama sin desprenderse del albornoz, y giró la vista hacia la mesita de noche.

Illuminada tenuemente, la fotografía enmarcada de Isabel Silva le devolvió la mirada. Era un magnífico retrato de cuerpo entero, procedente de una escena de *Sexy Show*, en el cual la actriz sonreía con ánimo provocativo, sentada en una butaca negra

iluminada por varios focos rojos. Uniformada reglamentariamente de azafata de entonces, básicamente de azul, empero sus esbeltas piernas estaban enfundadas en unas medias negras con rejilla; la izquierda, cruzada sobre la derecha, dejaba ver la correspondiente cinta del ligero.

Blanco sonrió.

*Esta película la tenías que haber protagonizado tú, Isabel. Pero su realización ha resucitado nuestro arco iris lunar. Después, nuestro amor comenzará una nueva etapa.*

—*It's me, Heinz. Your Elfriede. You recognize me, don't you? You must recognize me!*

Guadalupe del Río guardó silencio durante varios segundos. Una lágrima empezó a humedecer su mejilla izquierda. Una lágrima real, que resbalaba lentamente sobre el maquillaje. Desgarrando aún más la expresión, la actriz continuó su diálogo:

—*I know you recognize me... and you won't attack me. You are Heinz, my dear Heinz. A man in love, not a monster!*

—*Cut!*

El silencio que reinaba en el set desapareció en un santiamén, sustituido por toda índole de indicaciones y comentarios. Sobre tal confusión, empero, de inmediato sobresalió la rota voz de Blanco, gritando mientras se sentaba:

—¡Las luces para los contraplanos de Dan!

Filmaban en un decorado que simulaba la alcoba de la heroína, Elfriede, heredera universal de una secular dinastía centroeuropea, a finales del siglo XIX. Suntuosa y ordenada, dentro de una cierta austeridad, la estancia envolvía el crucial enfrentamiento de ella contra el desdichado héroe, Heinz, horas antes convertido en hombre lobo y que ha irrumpido en el castillo tras asesinar brutalmente a dos cazadores furtivos, en una secuencia todavía por filmar. El sentido de la escena era que el licántropo advirtiera su básica naturaleza humana gracias a los sentimientos de amor expresados por la protagonista. Mediante los cuales, identificando a esta, debía reprimir su irracional furia homicida.

El joven segundo ayudante de dirección, con una cámara polaroid colgando sobre el pecho y su cabellera negra recogida por una coleta, preguntó:

—Entonces, ¿esta toma sí que ha valido?

Blanco le respondió con una hastiada mueca de desdén profesional, reclinó la cabeza y cerró los ojos. Era el primer rodaje en que se veía impelido a sentarse, además con frecuencia. Nunca lo había hecho. Jamás, bajo ninguna circunstancia, en ningún país. Ni en interiores ni en exteriores. Fuera como fuera la jornada, estuviera avanzado el rodaje o acabase de empezar, por sistema había resistido en pie a lo largo de las horas. Dinámico, operativo, incansable. Dominando cada situación, dando ejemplo. En cambio ahora...

Un afectuoso apretón de manos en un hombro le hizo reaccionar y abrir los ojos. Dan van Husen se inclinaba ligeramente sobre él, su cuerpo prieto y fuerte embutido en un albornoz policromado. Sonriendo con el rostro caracterizado de hombre lobo, inquirió:

—*Geht alles gut, Jack?*

—Iría mejor si pudiera fumar, Dan.

Ciertamente, Eugenio Arbó había conocido a Isabel Silva en la pantalla del «Cine

Madrid» en 1974. Sin embargo, no supo de su desaparición hasta 1975. Año en que descubrió que esta había ocurrido en 1972, gracias a una entrevista con Jacobo Blanco publicada en 1973.

Agitado desde dos días atrás, sin duchar ni afeitarse, Arbó repasaba el tristemente parco material que había logrado reunir sobre ella, a lo largo de los años. Dos entrevistas personales, únicamente. Con poco y superficial texto, encima, pero al menos ilustradas mediante el grato concepto «sexy» de la época. La primera fue concedida a *Diez Minutos*, en 1970. Y la segunda a *Cine en 7Días*, en 1971. Guardaba varios ejemplares de ambas, completos. Además de todas las fotografías, recortadas de otras copias. A este material se añadía una fotocopia de su breve reseña biográfico-profesional aparecida en el *Cine Guía* de 1972, comprado tiempo atrás.

Nada más. Era todo lo que había hallado en el curso de sus expurgos hemerográficos. Por lo visto, en su día ninguna otra publicación le concedió atención, ni las de información general ni las especializadas. Y después nadie había querido escribir sobre ella... Arbó todavía recordaba la honda decepción que sufrió al constatar la ausencia de Isabel Silva en el monumental libro de referencia *Las estrellas de nuestro cine*. Obviamente, los dos autores habían estimado que una carrera tan breve y discreta no justificaba la inclusión de esta actriz en su obra.

Podía entenderse. Isabel Silva únicamente había participado en diez películas, y por añadidura lo había hecho en cometidos secundarios. Incluso muy secundarios, a veces. Las dos últimas películas en que intervino, además, eran extranjeras.

Por consiguiente, ningún cinéfilo ni crítico había reparado en ella, desempeñando papeles tan breves en películas sin ambiciones. Salvo el periodista francés que entrevistara a Blanco... Una puntual excepción a la cual Arbó nunca prestó, más bien no quiso prestar, importancia. Puesto que justo aquí estribaba la virtud última de Isabel Silva para la sensibilidad de Arbó, aquí radicaba la cualidad que había perfilado tan extraordinario amor: nadie más la conocía. Isabel Silva únicamente existía para él. No tenía que compartirla. No en vano, en sus películas nunca había llegado a besarse con ningún hombre.

Tumbado en el suelo, vestido con un pantalón de pana comprado muchos años antes y un jersey de lana hecho por su tía Aurora, Arbó decidió desdeñar los papeles, y se quitó las gafas. Recordaba perfectamente lo poco que había descubierto, no necesitaba releerlo.

Reuniendo la información que brindaban las entrevistas y la resumida en el *Cine Guía*, sabía que Isabel Silva había nacido en la portuguesa ciudad de Coimbra en 1946, con el nombre de Isabel Sylveira. Hija única, de su padre meramente había declarado, en una de las entrevistas, que era, o había sido, un artista de circo, sin mayor precisión, así como que enviudó poco después de nacer ella. En 1958, padre e hija emigran a Almería, y el hombre encadena oficios modestos y diversos, sin especificar. En 1967 la joven debuta ante la cámara, encadenando varios cometidos de figuración en películas cuyo título se guardó, durante el apogeo del cine en

Almería desencadenado por el éxito internacional de *La muerte tenía un precio*. Un año más tarde, desempeña su primer papel propiamente dicho, una de las chicas del *saloon*, dentro de uno de los múltiples spaghetti westerns de la época, *Un millón de dólares para cinco profesionales*, dirigido por el prolífico León Klimovsky y protagonizado por Anthony Steffen, con una colaboración del excepcional Klaus Kinski, en un impagable papel de bandolero rijoso. En ese mismo 1968, personifica su segundo personaje, una especie de odalisca, en una película de aventuras realizada por Riccardo Freda y protagonizada por el aterrador Gordon Mitchell, *El titán del desierto*. Ambas películas se habían rodado en las localizaciones a la sazón más socorridas de la provincia, sobre todo las cárcavas de Tabernas, la rambla Indalecio, la planicie de la Sartenilla y la playa de Mónsul, aparte de, para el western de Klimovsky, el poblado «Fort Bravo», entonces denominado «Juan García» y después «Texas Hollywood». Acreditados ya como Isabel Silva, los roles desempeñados por ella eran muy menores, al igual que las propias películas. Sin embargo, para quien pudiera captarlo delataban que aquella jovencísima actriz encerraba algo muy especial. Prometía.

«León Klimovsky, gran persona y gran profesional, me convenció de vivir en Madrid, asegurándome que el trabajo no me faltaría. Y mira, apenas alquilé un apartamento en Antón Martín, él mismo me llamó para otra película suya, de terror. Es un señor». Había declarado en *Cine en 7Días*. Y esta segunda película suya a las órdenes de Klimovsky, efectivamente representó el debut de la joven actriz en el género de terror. Titulada *Las siervas de Belcebú*, se rodó en 1969 en interiores y exteriores madrileños. Pero, al contrario que en sus dos films anteriores, ella obtuvo un papel de cierta relevancia. Acreditada en el puesto duodécimo del reparto, encarnaba una joven incauta que caía en las redes de una secta siniestra. Sin embargo, al contrario de lo que ocurría con la protagonista, que finalmente reaccionaba en contra de la secta, ella abrazaba decidida la causa de la oscuridad. El cambio que experimentaba su personaje suponía la mayor virtud, y con mucha diferencia, de *Las siervas de Belcebú*, anunciando la sensualidad inquietante que muy poco después la Silva iba a brindar en el cine de Jacobo Blanco.

Ese mismo año retrocedió en categoría profesional, al aparecer de modo fugaz en una comedia de Pedro Lazaga típica de entonces, *Mini vestido, maxi abrigo*. Encarnaba una amiga de la frívola, pero decente, protagonista, vista y no vista en un par de escenas. En una de ellas, por lo menos, verificaba, al igual que las demás actrices, el prometedor título.

Arbó giró lentamente sobre sí mismo, y fue recogién dose hasta quedar en posición fetal sobre la alfombra. La noche se extendía, el frío aumentaba.

1970 acogió por fin el encuentro entre la desaparecida actriz y el peculiar director. Ni ella ni él se habían pronunciado acerca de cómo había tenido lugar, o si lo había propiciado alguien, posiblemente Klimovsky. En cualquier caso este encuentro se

había concretado en dos coproducciones hispano-alemanas, ambas de terror y con una doble versión allende España, firmada *Jack White*. Además, la reiteración de escenarios e intérpretes autorizaba a pensar que se habían rodado simultáneamente, o por lo menos seguidas, sospecha reforzada por el hecho de que el productor alemán, que no el español, era el mismo. En la historia del género, marcaban un punto de inflexión dentro de la filmografía del cineasta, pues establecían con decisión la mixtura de horror basto y sensualidad morbosa que anteriormente Blanco no había podido cuajar por culpa de la Censura, y que desde entonces definirá específicamente su contribución al género.

Los títulos eran *El barranco de los espectros* y *La orgía de las lobas*. Encabezando el reparto de ambas, el inolvidable actor suizo Howard Vernon desplegaba su imagen tétrica, expresionista. La primera encerraba palpables aciertos plásticos en la valoración del paisaje, en la captación de un terror telúrico participando entre los vicios humanos. La segunda proponía en el argumento una fusión de zoantropía y nigromancia, si bien, como la anterior, su desarrollo se sostenía esencialmente a base de erotismo perverso. En ambas, curiosamente, Isabel Silva personificaba personajes antagónicos, dentro de su categoría secundaria; la dulce hija de los palafreneros de un castillo, en la primera; una pérfida y lujuriosa mujer loba, en la segunda. Las versiones alemanas de ambas eran generosas con ella; en *El barranco de los espectros*, con dos momentos de desnudo integral, mientras es ávida e infructuosamente espiada por el anciano marqués protagonista, acaso sospechándolo; en *La orgía de las lobas*, acentuando de un modo fascinante la naturaleza lésbica de su personaje, integrante de una camada sobrenatural. Con todo, sus planos en las versiones españolas eran más que suficientes: Isabel Silva había introducido en el cine español de terror una personalidad singular, que reclamaba roles centrales.

«No tengo novio. En absoluto. ¡Estoy casada con la cámara!», contestaba en *Diez minutos* a la sempiterna pregunta sobre la vida sentimental. Y qué preciosa, excelsa, filosófica respuesta había brindado, más allá de la mera contestación espontánea... Respuesta que Arbó siempre había creído, aunque en cierta ocasión sospechó que Blanco y ella eran amantes. Significaba esta una posibilidad que, apenas planteada, Arbó descartó tajantemente, sin volver a considerarla.

Isabel Silva participó en otra película antes de vencer 1970, pero no era de Blanco. Se trataba de una coproducción con Italia, perteneciente a la moda del Giallo<sup>[1]</sup>: *Tres muñecas rosas manchadas de rojo*. El director era Duccio Tessari, y la protagonista Tina Aumont; en ella la Silva en cierto modo volvía a retroceder profesionalmente de posición, puesto que sólo aparecía en tres secuencias. Encarnaba una de las bellas víctimas del clásico maníaco con guantes negros del género, y era acuchillada en el ascensor de un lujoso rascacielos de oficinas; en su vestuario, sobresalían la pamea, las botas altas y el cinturón, todo en color naranja.

«Me encanta matar y me encanta que me maten», había contestado en *Cine en 7*

días a propósito de su encasillamiento en el género. Redondeando la respuesta con la siguiente afirmación: «Ser la chica que busca novio es muy aburrido. Yo quiero hacer cosas raras».

Al año siguiente, en primer lugar fue reclamada por tercera vez por Blanco, para un rol de vampira dentro de un proyecto relativamente caro y ambicioso, considerando la media industrial del director: *Las vampiras de Drácula*. Una película que representaba tanto para Arbó, tanto... y que, en contra de las previsiones, en España se había estrenado con tres años de retraso y en programa doble, con toda probabilidad porque no respondía al alto nivel que esperaban los productores y distribuidores. Con todo, ahora representaba casi un clásico.

Mucha peor suerte, sin embargo, corrió en el país la cuarta y última colaboración de Isabel Silva en la filmografía de Jacobo Blanco: *Sexy Show*. Planteada en principio como una coproducción hispano-italo-alemana, al igual que *Las vampiras de Drácula*, finalmente la censura franquista le negó la nacionalidad española, dado su pertinaz regodeo erótico. Dado que era imposible pergeñar una versión española mínimamente asumible para los parámetros de la época, pues en tal caso sería incomprensible y la duración no alcanzaría siquiera la hora, en la península quedó inédita a perpetuidad. Por añadidura, ni siquiera interesó a los distribuidores videográficos de los años 50, con tantos que florecieron volcados al cine de género europeo.

En Europa, aun así, *Sexy Show* alcanzó un éxito estimable, reforzando la reputación de Blanco como especialista en el morbo erótico, y magnificando, por extensión, el inefable mito de *Jack White* en España. A primeros de los años 90, Arbó consiguió comprar una copia en video por correo, en una distribuidora especializada de Milán. Era un thriller erótico con una conseguida atmósfera nocturna y un turbador tono amoral, cuyos papeles principales estaban a cargo de las estupendas Marisa Mell y Patrizia Adiutori. La Silva interpretaba una colega de estas, stripper en un club nocturno de Hamburgo, y era acribillada hacia la mitad del metraje por el protagonista, un detective corrupto; dos de sus pocas escenas se contaban entre las más memorables que interpretó: un strip-tease, que empezaba con ella uniformada de azafata de vuelo, y un encuentro lésbico, en los límites del *soft core*, con una aniñada actriz japonesa.

Tampoco llegó a España la siguiente, y última, interpretación de Isabel Silva. Tenía lugar en otro Giallo, hecho en coproducción italo-francesa, protagonizado por Pascale Petit, y realizado por Antonio Margheriti. El título era *E tu morirai nell mio stretto labirinto!*, y Arbó compró el video en un comercio de París especializado en cine de género, la única vez que había estado en la capital francesa. Isabel Silva nuevamente desempeñaba un rol breve, pero sustancioso: una joven aristócrata, maquiavélica y de insaciable bisexualidad, estrangulada en una lujosa floristería, por el siempre siniestro e inquietante Anton Diffring. Un film estereotipado de arriba a abajo, pero no por ello desdeñable.

Después, nada.

Turbado por las evocaciones, Arbó tragó saliva, procurando no pensar en nada durante varios segundos. A continuación, incorporó lentamente el cuerpo, volvió a calarse las gafas y empuñó el número de 1973 de la edición francesa de *Vampirella* que contenía la entrevista con Jacobo Blanco. Lo había comprado con febril entusiasmo, y por poco dinero, dos años más tarde, en la plaza del Campillo del Mundo Nuevo, durante una de sus habituales redadas dominicales en El Rastro. A lo largo de las seis páginas de entrevista, profusamente ilustradas, Isabel Silva aparecía en dos fotografías. En una, con Howard Vernon en *La orgía de las lobas*. En la otra, sola, en *Sexy Show*.

Cerró la revista y la dejó en el suelo, con el resto del material. Acto seguido, entró en la cocina y puso agua a hervir, a fin de prepararse una de sus entrañables infusiones de frutos rojos.

Necesariamente, debía relajarse. Mientras lo intentaba, repitió de memoria la pregunta y respuesta concernientes a Isabel Silva que aparecían en la entrevista:

«—*Vampirella*: ¿Por qué no trabajas ya con Isabel Silva? Hizo papeles pequeños pero formidables en cuatro de tus películas.

»—Blanco: Desapareció del mapa el año pasado, sin decirle nada a nadie. Qué sé yo, se echaría algún novio y se marcharían de España. Las actrices son muy raras, ya sabes. Fue una pena, tienes razón en que estaba formidable en mis películas. No tanto en las otras que hizo. Sólo yo supe valorarla.

Arbó extrajo una bolsita de infusión de la arrugada caja. Solamente se oía en la casa el agua rompiendo a hervir.

Diez películas en cuatro años. Casi todas actualmente de culto, en el contexto del cine europeo de género. En particular las dirigidas por Blanco.

Diez personajes que Arbó no podía dejar de revivir en el video. Unos estaban más conseguidos que otros, pero todos estaban encarnados por su amor, por su mujer.

Con un gran tazón entre las manos, repleto de humeante bebida, Eugenio Arbó volvió al salón. Tras depositar la infusión en el suelo, encendió una de las barras de la estufa y tomó asiento en el sofá. Apartando el lince de peluche hasta el otro extremo. Con decisión, pero sin faltar al respeto.

En silenciosa oscuridad, salvo la tenue luz que desprendía la estufa, Arbó empezó a beber. Y lo hizo lenta pero ininterrumpidamente. Abrasándose la lengua, los labios, el paladar.

*Descubriré lo ocurrido, Isabel. Encontraré a tu asesino.*

## 6

—¿**Cuatro** páginas sobre el rodaje de *Las noches del hombre lobo*? No desvaríes, *Genio*, eso no te lo puedo publicar.

—Es un evento, Javi. La vuelta al cine de un director de culto.

Meditando la afirmación de su colaborador y amigo, Rubio abandonó la butaca, portando consigo el auricular telefónico. Erguido, indeciso, miró hacia el exterior a través de la tupida ventana. Una lluvia espesa y oscura mortificaba Madrid, y le había obligado a encender la luz de la oficina en pleno mediodía. Tras unos segundos de silencio, respondió:

—Es un evento, pero para cuatro gatos. Los *freaks* que rinden culto a Blanco.

—Tiene su público, entonces. Y para mí esta película significa mucho a nivel personal. Lo sabes.

—Si me lo planteas así...

—Y hasta te lo pido como favor entre amigos, si hace falta. No me digas que no.

Rubio volvió a sentarse, y enmudeció otra vez. Avergonzado, en cierto modo, de su vacilación. ¿Por qué no satisfacer la propuesta de un amigo, si comportaba una ilusión especial?

—Mira, hagamos una cosa. Dos páginas sobre el rodaje, y otras dos con una entrevista a Blanco. ¿Qué te parece?

Al otro lado del hilo telefónico, ahora era Arbó quien guardaba silencio. Seria, la secretaria y maquetadora de la revista, Margarita Muñoz, observaba a Rubio. No había nadie más en la humilde pero muy bien organizada oficina de *Contraplano*, situada en un inmueble relativamente nuevo de la calle de San Bernardo. La modestia de la empresa editora impedía contratar a ninguna persona más con horario fijo.

—Fenomenal. Simplemente fenomenal.

—Mil doscientas palabras cada parte del reportaje. Mil trescientas, como mucho. Y que te den fotos, obviamente.

—Obviamente.

—Hazte tú alguna, también. Con Blanco, y con John Phillip Law.

—Ya sabes que a mí eso...

—Queda más periodístico, deja ya tu timidez. Además, es una ocasión única.

Margarita se levantó para abrir la pequeña nevera situada sobre uno de los archivadores, y sirvió zumo de naranja en dos vasitos de papel. Era una mujer alta y delgada, muy morena de tez y cabellos, con ademanes educados y una expresión excesivamente severa.

—Llamaré ahora mismo al tío de prensa, en el teléfono del dossier que me pasaste.

—Por cierto, *Genio*, ¿has terminado el artículo sobre Clouzot?

—Bueno... una primera versión.

—Ya sabes que va para el número que viene.

—Lo retoco y te lo envío. En un par de días, como mucho.

—Vale. Y suerte con el hombre lobo.

—Gracias, Javi. Gracias de verdad. Tú ya me entiendes.

Finalizada la conversación, Rubio empezó a beber el zumo. Satisfecho de la gran alegría que acababa de proporcionar.

Mientras, su compañera había vuelto a concentrarse en su trabajo, por el momento impermeable a lo que pudiera conllevar la conversación telefónica de cara a los próximos números de *Contraplano*. Estudiando una de las páginas de la revista en la pantalla de su ordenador, suspiró hondamente. Era incapaz de soportar a Arbó, se enfurecía hasta cuando telefoneaba sólo para charlar con Rubio. En los ineludibles encuentros profesionales que exigían su común pertenencia a la revista, además desde cerca de diez años atrás, le trataba correctamente. Por supuesto. Mas no se acostumbraba a la existencia de aquel hombre, no podía ni verlo.

Pero esta no suponía una hostilidad puntual, en absoluto. En las mujeres, Arbó generalmente suscitaba un desagrado instintivo, visceral, difícil de reprimir. Mientras que entre los hombres despertaba fastidio, o lástima, a menudo simple indiferencia. De un modo u otro, Arbó no le gustaba a nadie, a casi nadie. Empezando por su desastrada imagen de niño viejo, que no de eterno adolescente, dentro de un físico feo y voluminoso, torpe como pocos y donde sobresalía una mirada a la par fija y huera, tras unas gafas ridículas. Para colmo de males, apenas llegaba el buen tiempo, olía mal, apestaba a sudor reconcentrado.

Sin embargo, curiosamente Javier Rubio sentía bastante aprecio por él. Llevaban tratándose nada menos que veinticinco años, desde que les presentó un conocido común en el vestíbulo de la sala de proyección de la Filmoteca Española. Pertenecientes a la misma generación y con un área común de gustos cinematográficos, pronto entablaron amistad, si bien relativa, dadas las palpables dificultades para la comunicación de Arbó, así como su anómala dependencia de los padres. Pero ambos se encontraban con frecuencia en el cine, y cambiaban opiniones con una gran estima mutua; así, pocos meses después de conocerse Rubio le ofreció sumarse al equipo de colaboradores de la revista que regentaba desde su nacimiento: *Contraplano*.

Arbó aceptó con tal embarazo que no le salían las palabras. Incluso llegó a sonrojarse. Después, surgió un problema, bien previsible en un cinéfilo enfermizamente tímido. Había que estimularlo, convencerlo de que reunía las condiciones necesarias para escribir en una revista profesional. Cobrando.

Poco a poco, empero, fue alcanzándose el objetivo. Aunque tuvieran una edad aproximada, ya desde poco después de conocerlo Rubio se sentía un poco el hermano mayor que Arbó nunca tuvo y siempre había necesitado. En esta primera etapa de su relación, otras veces más bien se conducía como una especie de mentor, o acaso cual descubridor de un diamante en bruto.

Por desgracia, Rubio se había equivocado, en gran medida. Arbó bajo su sombra

en efecto adquirió progresivamente cierto sentido de la propia estima, en función del cual inició su labor de escritor cinematográfico. Pero no llegó a convertirse en un crítico brillante, en absoluto. Aunque era muy personal, cuando menos. En cualquier caso, sus textos, con sus virtudes e inconvenientes, no desmerecían tanto del nivel medio de la revista. Por consiguiente, cada número de *Contraplano* siempre contenía alguna colaboración suya.

Desafortunadamente, Arbó siempre cobraba muy poco dinero. Aunque en algún número sus textos habían cubierto cerca del treinta por ciento del sumario. El problema estribaba en que *Contraplano* era una revista especializada, minoritaria, braceando dentro de unos parámetros económicos muy ajustados. Su supervivencia a lo largo de los años encerraba algo de milagroso, incluso. Todos los colaboradores sufrían esta lacra sin distinciones, mas Rubio lo lamentaba especialmente por Arbó, dado que era el único que carecía de cualquier otra fuente de ingresos. Por lo cual, se veía impelido a recurrir con cierta frecuencia al auxilio económico de su único familiar con vida, la tía Aurora. Por fortuna, era un hombre que sabía sobrevivir con pocos recursos. Además, había heredado la casa donde vivía. Si bien, por desgracia, de unos padres que, a juzgar por las pocas veces que les viera Rubio, a buen seguro consideraron que su único hijo era el fruto de un inmerecido castigo divino.

Rubio acabó el zumo, y consideró si le apetecía otro vaso. La lluvia arreciaba, y la luz del día disminuía todavía más. Por su lado, Margarita había empezado a teclear.

Ahora que recordaba, Arbó físicamente no había cambiado gran cosa en tantos años de amistad. Hasta la ropa parecía la misma... Si bien ciertamente ya apenas conservaba pelo, y había ganado algunos kilos, añadidos además en su apreciable sobrepeso de otrora. Acaso este estancamiento físico era una suerte de manifestación de su falta de evolución mental, psicológica.

Por añadidura, existía en su vida una desgracia última. Y particularmente triste, enloquecedora, cual es el drama de estar siempre solo...

Desde que Rubio lo vio por primera vez en Filmoteca, Eugenio Arbó no había disfrutado de ninguna compañía femenina, jamás había tenido pareja. Y con anterioridad, sonaba improbable. Posiblemente, no había estado nunca con una mujer. Ni siquiera con una profesional.

Empero, este era un tema especialmente prohibido en cualquier conversación con Arbó. Se azoró o enfureció, las pocas ocasiones en que había surgido la cuestión.

Eso sí, alguna vez Rubio y su esposa, Sonia, habían comentado que quizá Arbó era feliz en un mundo propio. Con las vampiras.

La tormenta y el viento golpeaban el ventanal del patio sin piedad, a las órdenes de la luna llena. Sentado en su comfortable butacón, Jacobo Blanco disfrutaba escuchando la fuerza de los elementos en el exterior, cual banda sonora natural y espontánea del espectáculo que estaba escenificándose exclusivamente para él.

Su cámara íntima estaba decorada de verde. Únicamente verde, en todos los

detalles, al igual que en la cama ante sus ojos. Verde asimismo era el precioso y sensual conjunto de lencería de Isabel Silva, al igual que la pintura de sus uñas.

Un trueno sonó estrepitosamente, sobrecogiéndole. Mas sin inmutar mínimamente a su estrella. Nunca salía de su rol. Perfectamente maquillada, ronroneaba sobre la cama cual gata en celo, mientras acariciaba con suavidad todas las partes de un aparato genital masculino, de color negro y fabricado con un material durísimo.

Tiritando de frío y sofocado por la excitación, Blanco interpretó la mirada de ella. Había acercado el inerte falo, erecto y enorme, monstruoso, justo al borde de su preciosa boca, realzada por un perfilador oscuro. Y ahora por medio de sus ojos bellos y profundos le estaba pidiendo permiso para empezar.

Se lo estaba pidiendo por favor, mimosamente...

Maravillado, Blanco susurró:

—Cuánto necesitaba tu vuelta, Isabel.

**Cuando** Arbó llegó ante el castillo de San Martín de Valdeiglesias, el día empezaba a clarear. Sin embargo, el frío persistía, e incluso resultaba más agudo y cortante que en Madrid. Era un frío seco, el mítico frío castellano.

Vestía su entrañable y raído abrigo gris y calzaba unas botas que desde la temporada anterior disimulaban pequeñas grietas, por las cuales llegaba a filtrarse el agua de las lluvias. Las manos estaban protegidas por guantes negros de piel, una prenda que adoraba desde que la viera en el Robert Vaughn de *Los siete magníficos* y el Jack Palance de *Raíces profundas*, antes de su emblemática utilización en el *Giallo*.

Había almorzado poco tiempo antes, durante el trayecto en el autobús. Únicamente un par de manzanas verdes, bien ácidas, con arreglo a la dieta rigurosa que se había impuesto pocos días antes. Mientras comía la fruta, leyó con interés la información al respecto que le habían facilitado en la Dirección General de Patrimonio Histórico.

Estaba ilusionado, expectante. El responsable de prensa de la película, un andaluz apellidado Palmero, le había cerrado una cita con Blanco tras la comida con el equipo de rodaje. Un café juntos, antes de iniciarse la jornada de trabajo. Fijada a partir de las tres de la tarde, pues las previsiones de lluvia habían desaconsejado al director de producción organizarla filmación para las horas de mañana. El propósito era rodar numerosos planos, con y sin actores, de ciertas partes de la fachada del castillo. Los interiores correspondientes se filmaban en el estudio contratado en Madrid.

Arbó recordaba cuánto había admirado el castillo de San Martín de Valdeiglesias en muchas películas españolas de terror de los años 60 y 70, sobre todo de Jesús Franco y Amando de Ossorio. También en coproducciones del género con Italia y Francia. Lógicamente entonces ignoraba qué castillo era, dónde estaba construido... Significaba pues un espacio entrañable en su memoria cinéfila, en su archivo de imágenes mentales. Y por tal razón había llegado al pueblo una hora antes de su cita con Blanco. A fin de recorrer el castillo con sus propios ojos. De reconocerlo.

Según el folleto recién leído, su denominación genuina era la de Castillo de la Coracera, y el modelo de fortificación corresponde a los patrones al uso durante la primera mitad del siglo xv. Ahora bien, su origen se remonta hasta el siglo XIII, cuando se establece un núcleo de población en torno al Monasterio de San Pelayo, fundado por monjes benedictinos. Años después, con motivo de una revuelta campesina, los monjes pidieron ayuda a Don Álvaro de Luna, quien, a cambio de sus sangrientos servicios, se erigió en señor de la zona y ordenó construir el castillo con fines militares. Posteriormente, tras la ejecución de Luna, la fortaleza quedó en manos de su hija, y a partir de entonces había conocido destinos diversos, deteriorándose progresivamente a lo largo de los siglos. Hasta que hacia 1940 fue

primorosamente restaurado por un aristócrata, con objeto de convertirlo en una residencia señorial.

La información oficial concluía en esa década. Desde entonces, según rumores, el castillo había pertenecido a gente, cuando menos, peculiar.

Una vez embelesados sus ojos en la grandiosa «torre del homenaje», con sus impresionantes dovelas de granito en forma de arco de medio punto protegiendo la entrada al recinto principal, Arbó paseó alrededor de la fortaleza, a fin de ver el resto. Al contrario que la torre anterior, de planta pentagonal, las otras tres eran cilíndricas. Le impresionó particularmente la del ángulo suroeste, con su grave sobriedad, dado que suponía la que mayores recuerdos cinematográficos le aportaba. Pero también quedó encantado ante la vista del lateral occidental y de la parte del antemuro.

El teléfono móvil, sonando en el interior de su abrigo, interrumpió la contemplación del castillo. Empero, Arbó mantuvo la vista en las murallas, mientras respondía maquinalmente.

—¿Sí?

—¿Niño?

—Tía, ahora no puedo hablar. Estoy a punto de hacer una entrevista.

—¿Pero cuándo vienes a verme?

—Lo antes posible. Te llamo yo.

—¿Estás bien?

—Sí.

—¿Y dinero? ¿Tienes?

—No te preocupes.

—¿Seguro?

—Estoy en plena calle, tía. Muerto de frío y fuera de Madrid. Te repito que no puedo hablar.

—Llámame.

—Pues claro que te llamo, cómo no. Un beso.

Cortó antes de escuchar la despedida de ella. Debería llamarla, cierto. Pero sin prisa. Por primera vez en su vida tenía prioridades.

Mientras empezaba a beber un segundo carajillo, Jacobo Blanco interrogó su reloj de pulsera. Era justo la hora en que debía entrar en el local el escritor cinematográfico Eugenio Arbó. Un local discreto y tranquilo, en la calle San Carlos, no muy lejano del castillo.

Tras saborear la bebida, devolvió la taza al plato y encendió un cigarrillo. Había venido un poco antes. Bastante antes. Con objeto de alejarse del equipo, de dejar de preguntar y de responder. Para estar solo, relajarse, abstraerse. Bebiendo y fumando.

*Las noches del hombre lobo.* A punto de vencer la tercera semana de rodaje, ya se sentía extenuado. Y todavía quedaban otras cuatro, más la posproducción... Cerró los ojos.

—Perdón...

Abriendo lentamente sus escocidos ojos, Blanco clavó la mirada sobre el hombre que se había dirigido a él, con tanto respeto. Era alto, grueso, feo y lechoso. Su expresión era absurda, estaba quedándose calvo, usaba unas gafas horribles y se protegía del frío con un abrigo que parecía heredado de su abuelo. Eugenio Arbó, finalmente.

—Llámame *Jack*.

El escritor asintió sonriendo, y tomó asiento enfrente. Evidentemente nervioso, extrajo de un bolsillo una pequeña grabadora negra, que depositó sobre la mesa.

—No tengas tanta prisa, Arbó. Antes, me dejarás invitarte a algo.

—Eh... con mucho gusto.

—¿Entonces?

—Una infusión, de cualquier hierba un poco... especial.

—¿Te gusta beber eso?

—Mucho. Y además me trae unos recuerdos preciosos.

Blanco asintió con respeto y se levantó, dirigiéndose hacia la barra para encargarse de la nueva consumición. Aunque tuviera por delante toda una jornada de trabajo, le apetecía empezar ya a moverse un poco. Llevaba todo el día sentado. En el coche de producción, primero. En el restaurante, después.

De vuelta a la mesa, advirtió que la expresión de Arbó había cambiado bastante. Para mejor. Estaba relajado, pero también expectante.

—¿Dónde se publicará esta entrevista?

—En *Contraplano*.

—¿Es decir?

—No la conoce...

—Trátame de tú. No, no la conozco. Pero me gustará conocerla con mi entrevista dentro. ¿Y tú, conoces mi cine?

—Ya lo creo. De arriba a abajo. Perseguía tus películas por los cines de programa doble, cuando era pequeño. Lógicamente, iba sobre todo a los que quedaban cerca de la casa de mis padres.

Con una sonrisa de reconocimiento nostálgico, tras beber un poco más el director preguntó al escritor:

—¿Cuáles eran?

—«Florida», «Bécquer», «Salaberry», «Los Angeles», «Coimbra»...

—O sea que vivíais en Carabanchel.

—Entre Oporto y Vista Alegre, más bien.

—Simpática zona. Yo siempre he vivido en Juanelo.

—¿En Latina, no?

—Entre Latina y Tirso de Molina, para ser exactos. Ahí está mi casa. La compré por cuatro duros, en 1972. Ahora no sé yo cuánto podría costar... porque aparte del piso propiamente dicho soy propietario de un sótano. Acondicionado con... mis

cosas.

—Comprendo.

—¿Cuántos años tienes?

—Cincuenta y uno.

—Te gano por veintitrés.

El camarero dejó la taza con la infusión sobre la mesa, junto con la cuenta correspondiente. Arbó se acercó enseguida su bebida, y añadió el azúcar.

—¿Por qué te gustaban tanto mis películas?

—Me encanta el cine de terror, en general. Y nunca desprecié las aportaciones españolas. Al contrario. Tenían su personalidad, su encanto.

—Ojalá se hubiera dicho entonces... ¿Y cuál prefieres de las mías?

—Me gustan todas. Pero *Las vampiras de Drácula* es especialmente entrañable para mí. Por motivos personales.

—Que no te voy a preguntar, tranquilo.

—Eh... muchas gracias.

Arbó empezó a beber la infusión, y Blanco aprovechó su pausa para volver sobre su carajillo. Se miraron durante unos segundos en silencio, bebiendo.

—¿Cómo va el rodaje... *Jack*?

—Muy bien. He visto ya cosas, en el video. Y *Las noches del hombre lobo* va a ser una preciosidad. Palmero te pasará diapositivas, para tu reportaje. Ya verás qué maravilla de imágenes. Yo las fotos digitales no las puedo ni ver. ¡Literalmente!

El escritor rio de buena gana, y su risa se contagió al cineasta, creando complicidad. Finalizadas las risas, Blanco encendió otro cigarrillo.

—Bueno, y aparte de la revista, ¿qué haces? ¿Has escrito algún libro?

—Dos. Pero no me atrevía a traértelos... Por si lo interpretabas como petulancia, ya sabes...

—Para nada, hombre. ¿Quién te los ha publicado?

—La propia revista. Edita un libro al año.

—¿Y los tuyos, de qué tratan?

—El primero sobre Peckinpah. Es una monografía. Se titula *Sam Peckinpah. El último hombre muerto*.

—Cojonudo título y cojonudo cineasta. ¿Y el otro?

—Otra monografía. Es sobre «El Gordo y El Flaco», y se llama *Laurel & Hardy. 2 X 2*.

—Me encanta también. ¡Enhorabuena, escritor!

Arbó asintió, agradeciendo los comentarios con la mirada. Seguramente no podía hacerlo de otra manera, parecía realmente impresionado. Después de todo, qué menos podía hacer él que felicitar por sus obras a un gran admirador.

—¿Y la revista, cómo va?

—Bueno... como puede.

—Vaya. ¿Y tu mujer qué opina?

- Yo... no tengo... mujer, *Jack*. Nunca la he tenido.
- Pues ya somos dos. Y ahora enciende la grabadora y pregunta.
- ¿Ya?
- Se me está acabando el tiempo, compadre.

—**Mi** marido está jugando. ¿Quién le llama?

—Soy un historiador del cine. De aquí, de Madrid. Me llamo Eugenio Arbó.

—¿Un historiador qué?

—Un periodista, digamos. Estoy escribiendo un libro, un libro de cine. Y necesito hablar con su esposo. Para incluir declaraciones suyas.

—Entiendo. Pero mi esposo no está para grandes conversaciones.

—Es muy importante, señora. Imprescindible para mi trabajo.

—Ya... Espere que le consulte.

Arbó asintió mudamente. Estaba recogido en un extremo del sofá, con la edición del *Cine Guía* del año 1975 abierto por las páginas de los operadores, entre sus piernas cruzadas. La luz del salón estaba apagada, al igual que la estufa. Sobre todo porque apenas le quedaban reservas en su cuenta corriente para atender los gastos domiciliados del inminente mes de febrero.

Había encontrado muchos años atrás en el Rastro varios ejemplares saldados de las ediciones del *Cine Guía* de los primeros años setenta. Compró dos. Uno era el correspondiente a 1972, precisamente el único año donde llegó a aparecer una reseña profesional de Isabel Silva, justo en la época de su desaparición. La edición de tres años más tarde que manejaba ahora incluía todavía el teléfono de José Luis Mateos, el actualmente jubilado director de fotografía con quien entonces siempre trabajaba Jacobo Blanco.

—¿Oiga?

—Sí, sigo aquí.

—José Luis dice que puede usted venir cualquier tarde de esta semana.

—Estupendo, muchas gracias.

—¿Sabe la dirección?

—¿Sigue siendo la que indicaba el *Cine Guía* de la calle Carolina Coronado?

—¡Qué remedio!

—Entonces, no hay problema. Iré mañana mismo. A las cinco de la tarde.

—La hora de la verdad, señor Arbó.

Arbó colgó el teléfono despacio, serenamente satisfecho. Y continuó sentado, en el acogedor silencio de su hogar.

Conocer personalmente a Jacobo Blanco había representado una experiencia incomparable. Charlar con él antes, durante y después de la entrevista... había representado un auténtico impacto emocional para Arbó. Blanco desprendía fuerza psicológica, magnetismo personal. Aunque empezaba a resultar algo autoparódico, la sombra del que debió ser, del que sin duda fue durante los años sesenta y setenta. Con su rostro apergaminado, sus haces de pelo cano y sucio desplomándose a ambos lados del rostro, sus patéticas dificultades para caminar con normalidad... si bien la mirada todavía desprendía una rara energía.

Se levantó y fue hacia la cocina, extrayendo del frigorífico una botella de vino verde portugués, apenas empezada. Colmó de líquido un vaso ancho y de cristal tupido, de color azul, y con él en la mano se instaló en su escritorio. Sentándose frente a la foto de Isabel Silva. Mirándola.

*Finalmente he conocido al artista que nos presentó en el «Cine Madrid», Isabel. Es un hombre muy especial, lo reconozco. Fascinante... pero aterrador. Tiene algo de hipnotizador de feria. O de demiurgo de película expresionista.*

*La entrevista ha sido muy interesante. Pese a las secuelas de la edad, este hombre sabe hablar, sabe responder. Tiene una personalidad poderosa, y una enorme seguridad en sí mismo. A menudo cae en la petulancia y en el narcisismo, pero se le puede entender. Por lo menos, yo le entiendo.*

*Me interesa como persona y le admiro como cineasta. Nos hemos entendido, y vamos a volver a vernos. Bien pronto. Yo me he apuntado su teléfono, él se ha guardado mi tarjeta.*

Arbó empezó a beber. Lentamente, recreándose en el sabor del vino verde. Nunca le había gustado mucho el alcohol, jamás encajó demasiado bien sus efectos. Pero eso era antes.

*Sé que Jack y tú no fuisteis amantes, Isabel. Por supuesto. Pero he captado que había algo entre vosotros. Algo extraño, distinto de una relación común. La reacción de su mirada cuando le pregunté por ti os ha delatado.*

Siguió bebiendo. El vino estaba muy frío, casi helado. Al igual que la propia estancia.

*Jack sabe lo que sucedió contigo, Isabel. Él sabe quién te mató, y por qué lo hizo. Estoy seguro.*

*Pero no quiere ayudarme. Y yo tengo que seguir adelante.*

Cerrando los ojos, terminó el vino mediante un trago prolongado. El alcohol ya no le embotaba los sentidos, como siempre había ocurrido.

Apenas vuelto a Madrid, tras entrevistar a Blanco, Arbó estudió las fichas de las cuatro películas en que el director dirigió a Isabel Silva. *El barranco de los espectros, La orgía de las lobas, Las vampiras de Drácula y Sexy Show.* Cotejando los créditos. Rastreando los nombres de intérpretes y técnicos que todavía viviesen, con los cuales hablar, a quienes preguntar discretamente por la desaparecida actriz.

Habían transcurrido treinta y cinco años desde el rodaje de aquellas películas. Demasiados. Y sólo un nombre brilló como un posible, incluso ideal auxilio para la investigación: el director de fotografía José Luis Mateos. Los demás profesionales que participaron en tan remotos rodajes, y no habían sido tantos dada su modestia industrial, o bien habían fallecido o bien parecían ilocalizables.

Volvió a abrir los ojos, fijándolos de nuevo en la fotografía. Y haciendo caso omiso del teléfono móvil que sonaba en el salón, a su espalda.

*He localizado al técnico que tan maravillosamente te iluminaba en las películas*

que hiciste con Jack, Isabel. Y estoy convencido de que me va a ayudar. Totalmente convencido.

*Me siento tan nervioso... Estoy tan excitado por lo que voy a descubrir...*

*Y perdóname, amor mío. Sé que tenía que haber tomado esta decisión antes. Mucho antes. Pero no tenía cojones. En cambio, desde que Jack ha empezado a hacer Las noches del hombre lobo, soy otro hombre. Mejor dicho, soy un hombre.*

—Javi, acaba de llegar un e-mail de Arbó.

—¿El artículo de Clouzot?

—No, la entrevista con Jacobo Blanco.

—De verdad que es la hostia... Hace primero lo que menos prisa corre.

Rubio sacó del scanner la enciclopedia francesa de la que estaba reproduciendo una grandiosa foto de Vera Clouzot y Simone Signoret en *Las diabólicas*, y cerró el aparato. Caía la noche, y en la oficina de *Contraplano* estaba ultimándose el número correspondiente a marzo.

—¿Te imprimo la entrevista, de todos modos?

—Sí, que tengo curiosidad.

Mientras la impresora iba arrojando los folios escritos, la señora Muñoz comentó:

—No ha escrito el reportaje de la película, ni incluye la entradilla. Es sólo la entrevista.

Rubio asintió, mientras recogía las páginas impresas. Comentando:

—No hay problema. Para eso vamos bien de tiempo. Pero no para lo de Clouzot.

La secretaria guardó silencio. Prefería ahorrarse comentarios, por muy oportunos que fueran, a hacerlos si concernían a cualquier cosa relacionada con Eugenio Arbó.

Por su parte, Rubio regresó a su asiento. Acto seguido, mientras bebía té negro con mango de un vaso de plástico, se enfrascó en leer la entrevista.

«—Si no estoy mal informado, empiezas a trabajar en el cine a finales de los años cincuenta, como *script*.

»—No exactamente. Sí que empecé a finales de los años cincuenta, específicamente en el 59. Pero no de *script*, sino como meritorio de dirección para una película de Eduardo Manzanos. Fui ascendiendo poco a poco en el escalafón, hasta por fin dirigir. Lo típico de entonces.

»—¿Ya te gustaba el cine de terror, o te aficionaste después, a la sombra de su apogeo en los primeros años sesenta?

»—Lo primero. De niño me alimentaba de las películas en blanco y negro de la Universal. Las veía todas, un montón de veces. Desordenadas, porque unas se estrenaban antes, otras después, otras nunca... Boris Karloff y Bela Lugosi fueron mis profesores de verdad, no los cabrones del colegio. Pero también me encantaba el cine negro. Richard Widmark y Dan Duryea eran dos de mis ídolos.

»—¿Qué te gustaba especialmente de aquel cine?

»—El clima de pesadilla, el hecho de que no tuviera nada que ver con la vida normal. Aquellas iluminaciones forzadas, esos personajes que sólo viven para sus locuras... despertaban mi fantasía. Porque la fantasía lo significa todo para mí.

»—Empiezas a hacer películas de terror en el año 1969, tras tus dos primeras películas como director, sendas comedias que no funcionan.

»—Y cómo iban a funcionar, si eran más malas que el sebo.

»—Cuando empiezas con el terror, ya estaban encarriladas las aproximaciones de Jesús Franco, Paul Naschy y Amando de Ossorio, tres de los cineastas esenciales de la euforia industrial del género.

»—Cierto, yo empecé un poco después.

»—¿Qué te parecen ellos, cómo te comparas?

»—Mira, yo a micrófono abierto no opino de ningún colega. No me parece... ético. Somos compañeros, sobreviviendo en una profesión durísima.

»—Perdona que insista, pero me interesa mucho esta cuestión.

»—¿Y si también yo insisto en mi negativa? Está bien, te diré que tanto Franco como Ossorio y Naschy tienen cosas en sus películas que me gustan, y mucho, y otras que no me gustan, nada de nada. Al igual que yo, hicieron lo que pudieron y les permitieron, partiendo de su amor por el género. Porque hacíamos nuestras películas sin un puto duro. Sin ayudas oficiales ni respeto por parte de nadie. Y, encima, en un país gobernado por militares chusqueros y curas maricones.

»—Son condiciones inimaginables en el cine español de hoy.

»—¡Y tanto! Yo llegué a hacer una película, *Las novias del asesino*, en el 74, con sólo nueve mil metros de película virgen y doce días de rodaje. En estas condiciones, los directores actuales no podrían hacer ni un corto. Y yo hice aquella película. Y se distribuyó. Y se vendió fuera.

»—Los críticos solían ser feroces con vosotros.

»—Muchos siguen siéndolo. Hace poco apareció en una revista francesa una crítica de *La orgía de las lobas*, escrita por una mujer. Decía textualmente “Está hecha para niños que mientras la ven juegan con su pequeño pito”. ¿Y si es así, qué? También yo puedo decir que la mierda de *El piano* está hecha para mujeres que mientras la ven juegan con su gran chocho.

»—Efectivamente, pero volviendo a Franco, Ossorio y Naschy...

»—A Franco hay que respetarle especialmente porque abordó el género antes que nadie, en una época en que hacerlo en España implicaba que se descojonaran de ti. Y a Ossorio y Naschy porque crearon personajes que ya forman parte del panteón del género, como son los templarios y el hombre lobo Daninsky.

»—Puestos a buscar parangones, a mí tu cine me recuerda más al de Franco que al de Ossorio y Naschy.

»—¿Por qué?

»—No sé, por la mayor morbosidad del componente erótico, el hincapié en el voyeurismo...

»—Puede ser. El voyeurismo me encanta. Pero para disfrutar realmente mirando, hay que tener algo maravilloso para ver. ¿Me explico?

»—Claro. Y está también la cuestión de los actores...

»—Cierto, contraté algunos que antes habían trabajado con Franco, como Howard Vernon y Dennis Price. Pero él nunca tuvo ante su cámara a Marisa Mell y a Pascale Petit.

»—Contó con Christopher Lee.

»—Gracias a un productor inglés, con quien Lee ya había trabajado antes. Pero sí, el caso es que contó con él. Esto siempre se lo envidié a Franco, mira. Y también su descubrimiento de Soledad Miranda. La han sobrevalorado, pero es verdad que tenía algo especial.

»—Hablando de actrices, me encanta una que trabajó varias veces contigo, Isabel Silva.

»—Isabel Silva... ¿Sabes que eres la primera persona a la que oigo pronunciar su nombre, en treinta años? La anterior fue un crítico francés, de *Vampirella*.

»—Tenía una gran magia.

»—Yo supe extraerla de ella, que es distinto. Por fortuna, confió en mí y me obedeció a ciegas. Hizo bien.

»—Siendo tan sugestiva, ¿por qué siempre le diste papeles pequeños?

»—Rigores de las coproducciones, circunstancias diversas. No es tan fácil.

»—¿Y qué ha sido de ella?

»—Ni idea. Desapareció sin avisar a nadie.

»—¿Nunca has vuelto a saber nada de ella desde entonces?

»—Ni yo ni nadie.

»—¿Pero no tenía familia?

»—Vivía sola en un apartamento.

»—Yo siempre pensé que tenía un futuro espléndido en el cine...

»—No te equivocabas. Pero ya sabes, las cosas pasan. Yo me acuerdo mucho de ella, no creas. Como si la viera. Pero cuando los temas de conversación son tristes, es preferible cambiarlos. ¿Hablamos de *Las noches del hombre lobo* de una vez?

»—Claro. Pero antes dime qué has hecho desde tu película anterior, tan lejana ya en el tiempo...

»—Intentar levantar esta. Muerto de rabia, por no decir de asco.

»—¿No te llovió ninguna oferta?

»—Algunas, pero todas de comedia. Que rechacé tajantemente. Empecé en ese género y lo odio. No hay nada más patético que una comedia sin gracia. Y casi nunca la tienen.

»—¿Pero eran españolas o coproducciones?

»—Españolas. Tiré los guiones a la basura, hace tiempo. No se ha hecho ninguno, por fortuna. Uno era de ambiente mariquita, se titulaba *Ducha Champú*, algo inenarrable. Otro era medio porno, *Búlgara, enseña el búlgaro*.

»—Qué alucinante... ¿alguno más?

»—Dos o tres. Uno no estaba tan mal, era *Bragas efecto tanga*. Y otro era una especie de vodevil que también tenía su gracia, se llamaba *Me tocó la china*.

»—Según creo, logras levantar *Las noches del hombre lobo* gracias a México.

»—Correcto. Aquí no me hacían ni puto caso. Además, el productor mexicano me ha posibilitado rodar en película. Los viejos y cojonudos 35 milímetros, no la mierda del digital, que se ve como el culo.

»—¿Pero la participación mexicana ha modificado en algo tu idea inicial?

»—Hombre, he tenido que acentuar el aspecto melodramático. México es la patria del folletín, ya sabes... Pero tampoco me importa, no ha sido difícil.

»—Aunque te has dedicado preferentemente al terror fantástico, nunca habías abordado el personaje del hombre lobo.

»—Cierto, y me moría de las ganas, está lleno de posibilidades. Sobre todo por su dependencia de la luna llena, que es una de mis alegorías preferidas.

»—He leído en el dossier de prensa que aparecen elementos de brujería y de esoterismo. Muchos cineastas que han abordado el género fantástico reconocen creencias particulares, ajenas a las religiones al uso. ¿Tú eres uno de ellos?

»—Más bien no. Verás, odio el cristianismo, a tope. Lo he sufrido en carne viva, como todo españolito crecido a lo largo de la posguerra, en la autarquía. Las vírgenes, los mártires, los santos... todo eso me pone enfermo. Pero tampoco me apunto a ninguna disciplina que implique creer en un dios o dioses personalizados. Bueno, personalizados o sin personalizar. Porque ni me lo creo ni me divierte. En cuanto a lo que dices de la brujería y el esoterismo, me gustan, pero como espectáculo. Hacen soñar, que para eso está el cine fantástico. Pero lo que realmente me apasiona es el erotismo mágico.

»—¿Es decir?

»—Las posibilidades extraordinarias del sexo. Si me apuras, del erotismo más que del sexo. Esto me encanta. Todo lo que sea sexo pero esté más allá del folleteo normal, del triste polvo nocturno.

»—Interesante... En cuanto a los intérpretes, ¿los has escogido tú?

»—Los mexicanos no, los ha captado el productor de allí, Orozco. Pero son buenos, cumplen como necesito. En cuanto a John Phillip Law y Dan van Husen, han sido cosa mía, por supuesto.

»—Es una gran elección, muy elocuente.

»—Esta es la palabra.

—¿Qué papeles hacen?

«—John es un aristócrata elegante y maravilloso, pero esto no es más que fachada. En realidad, es un tipo enigmático, turbio, que domina tanto la ciencia como la magia, y que quiere aprovecharse del hombre lobo. En cuanto a Dan, hace precisamente este papel, y lo interpreta incluso cuando está caracterizado.

»—Dan ha trabajado con Jesús Franco.

»—Bueno. Y con Eugenio Martín. Y con Julio Buchs. Y con Joaquín Romero Marchent. ¿Y qué?

»—No, si me parece fenomenal. Me encanta tu idea de recuperar entrañables actores de las coproducciones españolas de género.

»—Me parecía indispensable. Y tenía otro previsto: *Jack Taylor*. Pero fue imposible, en estas mismas fechas tenía firmada una película en Alemania. Es una pena, yo nunca había trabajado con él... Ah, ya que estamos con el tema, se ha agregado al reparto Aldo Sambrell.

»—Es verdad, no viene en la ficha del dossier de prensa.

»—Porque sustituye a un mexicano que cayó enfermo. Me había llamado varias veces, en cuanto se enteró de que se hacía la película... Hace del hermano mayor de Dan, guardabosques analfabeto como él. Viven en una cabaña, y siempre están solos, sin mujer ni nada. Unos personajes preciosos.

»—Supongo que sabes que últimamente se han producido varias películas de tema más o menos licantrópico, incluso en España.

»—Sí que lo sé. Pero no he querido ver ninguna, para no liarme. Mi idea es muy precisa, no admite influencias.

»—¿Definirías *Las noches del hombre lobo* como un homenaje nostálgico o como una prolongación real de tus películas de los años 70?

»—Buena pregunta. Respóndela tú cuando la veas.

Rubio dejó los papeles sobre la mesa, y terminó su bebida. Mientras continuaba escribiendo, la señora Muñoz preguntó:

—¿Qué tal?

—Muy bien. Es interesante y tiene ritmo. Pero se le ha ido la mano.

—¿En la extensión?

—No exactamente. Podría publicarse así, sin problemas. Me refiero a Isabel Silva.

—¿Y quién es esa?

—Una actriz de los años 70, que le encanta. No era nadie, nadie la conoce, a nadie le importa, no trabajó más que dos o tres años y encima haciendo papelines... y va este y le dedica casi media página.

—Pues eso se lo cortas.

—Exacto. Me duele, pero tendrá que entenderlo. La Silva no pinta nada.

El coche de producción había aparcado en la calle Juanelo, justo ante el domicilio de Blanco. Tras despedirse del chófer, el director se apeó torpemente, en el frío nocturno. Volvía de cenar en compañía de los intérpretes principales y los jefes de departamento.

Una gran paella de marisco y pescado, regada con delicioso vino blanco, había representado el plato principal, maravillando a todos los comensales, sobre todo los

extranjeros, a lo largo de una velada chispeante, al abrigo del restaurante especializado que les acogió, «La barraca». Como siempre desde que empezó el rodaje, Blanco había presidido la conversación, encadenando múltiples anécdotas de su abultada y pintoresca trayectoria profesional.

Aterido por el frío y abotargado por el alcohol, Blanco abrió el portal y penetró en el vestíbulo, de reducidas dimensiones y atmósfera vetusta, con sus techos altos y blancos, y centenarios azulejos combinando los colores amarillo y azul.

Empero, antes de empezar a subir la escalera, detuvo la mirada en la puerta del sótano. Su sótano.

*Bueno, Isabel, tienes un admirador. Esto no lo sabíamos. O, por lo menos, no lo sabía yo.*

—¿La señora Mateos?

—Pase, pase. ¡Qué puntual es usted!

Arbó aceptó la invitación con una sonrisa, y, siguiendo a su anfitriona, enseguida se encontró en la pequeña sala de estar. Con las manos en los bolsillos del abrigo, observó por doquier, reprimiendo su perplejidad. Verdaderamente, el tiempo parecía haberse detenido por lo menos treinta años antes. La característica imaginería del hogar tardofranquista reinaba en toda su pureza, presidida por el papel de flores decorando las paredes, los objetos de plata en el aparador y una mesa-camilla ante la televisión.

—Pero quítese el abrigo.

El visitante obedeció y entregó la prenda a la señora Mateos, mientras continuaba curioseando a su alrededor, con educado disimulo. La imagen de la mujer, oronda y otoñal, arreglada mediante modesta pulcritud y con su teñido pelo atusado bajo la laca, casaba a la perfección con la atmósfera de la casa. El característico perfume de los ambientadores baratos y el mareante calor de las viejas calefacciones españolas redondeaban tan rancio ambiente.

—¿Un cafetito?

—Lo que usted quiera. Lo tomaré con mucho gusto.

—Con este invierno tan perro...

—Y que lo diga.

En la televisión, gente de apestosa vulgaridad ladraba a propósito de la nueva relación amorosa de una fémina por lo visto célebre, pero a la cual Arbó desconocía y quería seguir desconociendo. «Prensa del corazón», lo llamaban.

—Enseguida vuelvo con el café. Usted pase ya con José Luis. Es allí al fondo, la habitación después del baño.

—Muchas gracias, señora.

Sin más dilación, Arbó se encaminó en la dirección indicada, a lo largo de un pasillo largo y acorde con la anacrónica estética del salón. Entreabriendo la puerta, advirtió extrañado que la estancia no estaba iluminada normalmente, y a continuación solicitó:

—¿Se puede?

No hubo respuesta, si bien la habitación no estaba en silencio. Por el contrario, se oía una voz masculina, enronquecida por la edad, murmurando palabras ininteligibles. El visitante repitió la pregunta, elevando ligeramente el volumen de su voz.

Tampoco recibió mayor respuesta. Empero, el sonido que ahora llegaba hasta él ya no se limitaba a murmullos absurdos. Incluía ruido de objetos, entre exclamaciones y onomatopeyas. Impaciente, Arbó abrió un poco más la puerta, preguntando todavía más alto:

—¿Señor Mateos?

Se hizo el silencio. El morador por fin había oído al intruso.

—Adelante.

El visitante obedeció, para encontrarse con su anfitrión tumbado boca abajo sobre la alfombra, con los codos apoyados. Vestía un raído pijama de algodón, combinando los colores negro y gris, más unos gruesos calcetines de lana. Era un anciano rechoncho y de estatura media, con el pelo canoso y ondulado.

En su mano derecha sostenía la máquina de un tren en miniatura, y en la izquierda portaba un vagón de mercancías, en la misma escala. A su alrededor, estaba dispuesto con todo primor un complicado sistema de vías y espacios anexos, cubriendo gran parte de la sala. Tras un túnel profundo, se distinguía una coqueta estación, especialmente bien reproducida, hasta el menor detalle. Detrás podía admirarse el pueblo correspondiente, con sus calles largas y anchas, repletas de zonas verdes.

—Encantado de conocerle. Soy Eugenio Arbó.

—Siéntate donde puedas, acabo de evitar un accidente tremendo.

—¿Ah, sí?

—Como suena. Cuatro segundos más, y la máquina de un tren de pasajeros habría embestido la cola de un convoy de mercancías. Casi nada. Pero he llegado a tiempo, y apenas se han rozado.

Arbó se sentó en el suelo junto a Mateos y asintió con interés, mientras admiraba maravillado todas las maquetas. Esta reconstrucción significaba un micromundo precioso. Sin duda realista, pero salpicado aquí y allá de detalles delicadamente pintorescos, de cariñosa fantasía. Las luces, por añadidura, reforzaban esta impresión con muy cualificada destreza. Emanaban de tres pequeñas lámparas, estratégicamente coordinadas en las zonas a cubrir, mediante filtros y visores entreabiertos diferenciando los tonos e intensidades. El resto de la habitación quedaba en la oscuridad.

—Tiene usted una maravilla de...

—Trátame de tú. Y claro que es una maravilla. Compro un material de primera. Marca *Marklin*, la mejor. Y luego lo hago yo todo, despacito... Pero mira de cerca y toca, hombre. No seas tímido.

Justo cuando Arbó tomaba entre sus manos la negra máquina del tren principal, la esposa de Mateos irrumpió, sosteniendo por el asa una humeante taza de café. Depositó esta en la alfombra, entre los dos hombres, a la vez que rogaba al visitante toda su complicidad, mediante una expresión inequívoca. A la cual Arbó respondió con idénticos y silentes términos. Acto seguido, la mujer dio la vuelta y se marchó rumbo a la detestable algarabía que a lo lejos vomitaba el televisor.

—¿Prefieres las máquinas a los vagones?

—Pues no lo sé, todo es tan bonito...

—Hay vagones muy distintos, fíjate bien. No te dejes cegar porque la máquina parezca única.

Arbó asintió, conforme devolvía la máquina a su lugar y empezaba a beber. Nunca le había gustado demasiado el café, pero habría sido incorrecto rechazar la invitación.

Mateos aprovechó el momento para sentarse imitando la postura de Arbó, con las piernas estiradas hacia delante y la vista fija en los trenes, y preguntó:

—¿Jugamos un poco o tienes prisa?

—Eh... lo segundo. Y bien que lo lamento. ¡Esto es fantástico!

—Y yo sé que lo dices en serio. A ver ¿de qué va tu libro y cómo puedo ayudarte?

—Pues va de los profesionales que hicieron posible el apogeo del cine español de terror, en los años sesenta y setenta.

Mateos recogió sus piernas, plantando cara al visitante. Su rostro, escasa e indirectamente iluminado por las luces enfiladas hacia los trenes, acababa de cambiar de expresión. Ahora resultaba antipático, casi hostil.

—En cambio, ahora no hablas en serio.

Arbó agachó ligeramente la cabeza, avergonzado. ¿Cómo había captado su mentira aquel anciano chiflado?

—¿Qué quieres realmente de mí, Eugenio Arbó?

Incapaz de responder, el visitante se quitó las gafas, y extrajo de un bolsillo del pantalón el paquetito de *kleenex* que llevaba allí normalmente. Empezó a limpiar las lentes a la vez que volvía a elevar la mirada, y así se encontró cara a cara con Mateos.

Advirtió entonces, en aquellos ojos glaucos, que el viejo técnico de cine había perdido prácticamente el sentido de la vista.

—¿Qué quieres de mí? Pregúntalo directamente o márchate. Como ves, tengo más que hacer.

Súbitamente, Arbó empezó a acusar con mayor intensidad el calor que sofocaba la casa de Mateos. Era excesivo, casi tóxico. Probablemente pronto empezaría a sudar... Bebió más café.

—Tu última oportunidad, periodista.

—¿Qué sucedió con Isabel Silva?

Apenas formulada la pregunta, Mateos apretó los dientes y frunció los ojos. Mientras la asimilaba, Arbó volvió a calzarse las gafas.

—Desapareció.

—Esa explicación no me basta. Ya no.

Mateos, con inesperada agilidad, mediante un movimiento repentino del cuerpo volvió a tumbarse boca abajo. Después, cambió de vía la máquina del tren que había examinado Arbó. Segundos más tarde, preguntó:

—¿Vive todavía Jacobo Blanco?

—Está haciendo una película, *Las noches del hombre lobo*.

—O sea que ese cabrón ha conseguido volver.

—Lleva tres semanas rodando. En coproducción con México.

El anciano asintió, mientras seguía jugando. Estaba encadenando vagón tras

vagón, rehaciendo un tren en otra vía, la enfilada hacia el túnel.

—*Jack* siempre fue único levantando proyectos. Liaba a su propia sombra.

—Sí, claro... ha hecho muchas películas.

—Pero pocas buenas.

—A mí me gustan. No todas, claro, pero en general...

Mateos le interrumpió, preguntándole:

—¿Por qué te interesa Isabel?

—Pues... estoy escribiendo un artículo sobre ella, para una revista que se llama *Contraplano*. Quiero que todo el mundo la conozca, que sepa que pudo haber llegado a lo más alto del cine español, incluso europeo.

Mateos sonrió. Posiblemente esta vez sí le había creído, aunque su expresión ahora era inaccesible, al quedar fuera de la zona iluminada. ¿Pero por qué aumentaba el calor?

—¿Lo piensas de verdad?

—Por eso estoy aquí. No sé de nadie más que pueda hablarme de ella, y necesito testimonios de gente con la que trabajó.

—Pues ahí tienes al gran Jacobo Blanco.

—Ya hablé con él. Y me dijo que no sabe nada, que no puede ayudarme.

El viejo técnico volvió a guardar silencio, tras emitir el sonido de una sonrisa escéptica, seguramente burlona. Mientras, Arbó empezaba a sudar.

—*El barranco de los espectros. La orgía de las lobas. Las vampiras de Drácula. Sexy Show*. Estas son las cuatro películas que hiciste con Isabel. Todas dirigidas por Blanco.

Mateos tardó en hablar. Cuando lo hizo, su voz había adquirido una suavidad con la que Arbó no contaba. Estaba evocando, y lo hacía con dulzura. Desde la oscuridad, desde su oscuridad.

—Me gustaba iluminarla. En serio. Representaba una gran satisfacción profesional. Porque era bonita y fotogénica. Sin duda. Pero necesitaba el auxilio de la técnica, ciertos trucos. Había que magnificarla artificialmente. De lo contrario en pantalla quedaría... poca cosa.

Arbó asintió, consciente de que su sudor aumentaba, de arriba a abajo. Nervioso, acariciaba la vacía taza de café. El hombre que iluminó los mejores roles de Isabel Silva estaba hablándole... En penumbra y mientras jugaba con sus trenes.

—Aquellas películas se hicieron de mala manera. Deprisa, corriendo de acá para allá, sin un duro. Pero *Jack* tenía mucha energía. No paraba nunca, gritaba, resolvía. Era el típico director cabrón de antes. Un tirano de tercera. Un reyzeuelo feliz en su pequeño mundo.

Arbó escuchaba fascinado, mientras el sudor humedecía su frente.

—Me gusta la luz de esas películas. Creo que hice un buen trabajo, considerando las muchas prisas y los pocos medios. Sabes, estos géneros extremos del terror y la fantasía encierran grandes posibilidades para un operador. Estimulan. Aunque *Jack*

me marcaba mucho. Quería la fotografía justo como la quería. Para los actores, los ambientes... pero al final nos entendíamos. Con nuestras broncas, pero nos entendíamos.

—Isabel, ¿cómo era?

—De las que hacen poco pero sugieren mucho. Y sabía caer bien, sin darse importancia ni salir de su sitio.

—¿Y su trato con *Jack*?

—A *Jack* le fascinaba, no te puedes imaginar hasta qué punto. Sobre todo cuando estaba caracterizada, porque se transformaba por completo.

—Hasta ese punto...

—Sí. Isabel parecía otra mujer cuando tenía la cámara delante. Y parecía otra mujer porque realmente se convertía en otra mujer. Entraba en situación en cuestión de segundos.

—Supongo que es de lo que se trataba...

—Exacto. Eso es una actriz. Te cuento un detalle muy fuerte: *Jack* pretendía rodar personalmente los planos donde ella aparecía. Figúrate, el colmo, *Jack* manejando la cámara ¡Si no tenía pulso! Yo me negaba, claro. Habría sido la perdición para las películas, quedaría fatal. Sabes, yo trabajé mucho con los italianos. Y, con muy buen juicio, su lema era *A ciascuno il suo*.

El escritor se levantó y comenzó a caminar por la estancia, nervioso. Pendiente de su labor, el técnico jubilado terminaba de reubicar el tren.

—Háblame más de Isabel, por favor.

—Era coqueta, pero de modo sutil. En fino. Y aunque le faltaba cultura, sabía hablar. En cambio el novio era un imbécil.

Aún no había concluido Mateos esta última frase, cuando Arbó quedó inmovilizado. Como si le hubieran golpeado en la cabeza con un martillo pilón.

—Tenía novio, claro...

—Bueno, novio o lo que fuera... ya me entiendes.

—¿Cómo se llamaba?

—Para ella Curro.

Íntimamente irritado, conteniendo la furia a duras penas, ahogándose en su propio sudor, Arbó abrió un poco la ventana de la estancia y miró al exterior. La luz del día empezaba a desaparecer... y él necesitaba angustiosamente aire frío.

—¿Estaba con Isabel en los rodajes?

—A veces. Cuando rodábamos en Madrid, siempre. O casi, no me acuerdo bien.

—Entonces, ¿no era un profesional del cine?

—Qué va. Tenía pinta de chulo. De chulo barato, encima. Las patillas, los musculines... Cierra la ventana, por favor.

—Perdón.

—Entra frío.

Arbó obedeció de mala gana, pero permaneció de pie en la oscuridad, inmóvil tras

una de las pequeñas lámparas. Viendo jugar a su anfitrión. Intentando no pensar, no sentir.

—Mira, ahora este tren va a dirigirse hacia el pueblecito de verde. Hay mucha gente esperando en la estación, a que lleguen sus seres queridos. Que todavía tengo que ponerlos, ahora que caigo.

—¿Hay... queda alguien más que hubiera trabajado con vosotros? Alguien significativo, quiero decir.

Mateos calló y se levantó, a fin de corregir un visor lateral de una de las lamparitas, para modificar la luz sobre la estación tras el túnel. Tras volver a su postura en el suelo, respondió:

—Quizá Juan Rizal. Era el decorador. Además, tenía una relación estrecha con *Jack*.

—Juan Rizal. Ese nombre no aparece en los créditos de ninguna de las películas.

—¿Y qué? No toda la gente que trabajó allí aparece acreditada. Ni toda la gente que aparece acreditada trabajó allí.

—Yo no podía saberlo...

—Juan Rizal era un gran decorador, un profesional de primera. Era filipino. Los americanos le llamaban Johnny, y los españoles «el chino». Una lástima, le perdió el alcohol. Bueno, el alcohol, la soberbia, los vicios, y qué sé yo cuántas locuras más... Ganó mucho dinero en sus tiempos de gloria, durante los años sesenta. Pero se confió, cruzó la línea, y cayó en picado.

—Uno de esos casos...

—Si sigue vivo, estará en la miseria más negra. Su última dirección era un hostelucho de Tirso de Molina, justo en la calle de las sastrerías de cine que tanto había frecuentado como profesional, para más inri. Mi mujer seguramente tiene por ahí el teléfono, si lo quieres que te lo busque.

—Muchas gracias. Y te voy dejando.

Aparentemente sereno pero íntimamente crispado, Arbó se dirigió a la puerta de la estancia. Era incapaz de despedirse, carecía de valor para volver a plantar cara ante aquellos ojos. Unos ojos que tanto habían trabajado, y que se resistían a claudicar. Mientras empuñaba el picaporte, escuchó nuevamente a Mateos:

—*Jack* disfrutaba dirigiendo a Isabel. En esos momentos, nunca tenía prisa. Disfrutaba realmente... transformándola en personajes imaginarios.

—¿Pero qué sucedió con ella? Tengo que saberlo.

Mateos guardó silencio. Y respondió justo cuando su tren empezaba a penetrar en el túnel.

—Era una niña, y se la comió el lobo.

Jacobo Blanco desvió durante unos segundos la vista hacia la luna llena, con ánimo de asimilar su mágica luz, exultante tras el ventanal. Refortalecido, devolvió la mirada hacia el lecho.

Isabel Silva se besaba y acariciaba con otra mujer no menos bella, en silencio y con melosa ternura. Su cabellera negra contrastaba con el pelo de la desconocida, igualmente largo pero teñido de rubio. La silueta y estatura de ambas, en cambio, eran similares.

Únicamente vestían unas medias de seda, de color azul. Como azules eran las sábanas del lecho y los cortinajes que envolvían la cámara.

Los besos que las unían eran largos y húmedos, las caricias recorrían amorosamente todas las zonas de cada cuerpo. Recreándose sobre todo en las respectivas entrepiernas, depiladas y pegajosas.

Gradualmente, la pasión crecía al unísono en ambas. Y el silencio que guardaban al principio empezó a romperse, a base de gemidos, suspiros, runruneos.

*Sigue, Isabel. Yo voy a cerrar los ojos, para verte de verdad.*

—¿**Hasta** cuándo vamos a seguir así, *Genio*?

—No lo sé, tía Aurora. Pero como no haga un ingreso ya, me cortan la luz, el agua y el teléfono.

—¿Y *Contraplano*?

—Me pagan lo que pueden, cuando pueden.

—¡Pues escribe en más sitios!

La tía Aurora apenas podía contener su irritación. Alta y recia, con su esquelético cuerpo recubierto bajo una desvaída bata gris, se balanceaba enérgica y sonoramente en su arcaica mecedora. Su pelo blanquecino estaba recogido en un moño, y la expresión ardía.

—No es tan simple... cada revista tiene su plantilla.

El salón del humilde piso donde habitaba la anciana reunía un dechado de antigüedades extravagantes y cachivaches pintorescos, preferentemente de latón. Empero, todo estaba dispuesto con cierto gusto y relativa armonía, en un espacio donde resaltaba, con desembozado orgullo, la bandera de la república española, desplegada en el ancho de una de las paredes.

—*Genio*... te he dado dinero hace sólo dos meses.

—Tres.

—Los que sean. Pero no podemos estar toda la vida con esta cantinela.

—No es normal. Ya lo sé.

—Encima, sigo viéndote con la misma ropa gastada, las mismas botas rotas, las mismas gafas horribles...

—Uso tu dinero para pagar los recibos y llenar la nevera. Apenas salgo y no tengo vicios.

Impactada por estas últimas palabras, la tía Aurora lentificó el vaivén de la mecedora hasta detenerla casi por completo. Quería disculparse por haber sido tan hosca e injusta, pero rápidamente venció la tentación. Prefería, antes bien, descubrir cómo su hasta entonces pusilánime sobrino había reunido valor para responderla de una forma tan tajante. En los límites de la insolencia, incluso.

Con firmeza, Arbó se levantó del butacón, posicionándose frente a su tía.

—¿Qué te ha pasado, *Genio*?

—¿A mí, cuándo?

—Tú sabrás cuándo. Pero te veo... un poco distinto.

—Últimamente he conocido gente... muy especial.

—¿Alguna mujer?

—También.

La anciana tardó en asimilar estas palabras. Pero cuando finalmente lo consiguió, estuvo a punto de saltar y gritar de alegría. Levantándose de la mecedora, se arrojó en brazos de su sobrino.

—*Genio, Genio...* por fin. ¡Una mujer contigo!

—Bueno, no te entusiasmes.

—Pero cómo no voy a entusiasmarme...

—Es que la relación... apenas ha comenzado... tiene que consolidarse, ya sabes cómo son estas cosas.

Saliendo del abrazo, pero sujetando a Arbó por los hombros, Aurora preguntó:

—¿De dónde es ella?

—Española. Aunque de origen portugués.

—Se llama...

—Isabel. No preguntes más.

—Y se dedica...

—He dicho que no más preguntas. En serio.

Ella asintió, con deferencia y una gran sonrisa. Exultaba felicidad, las lágrimas empezaban a resbalar por sus pómulos, secos y marcados por culpa de la soledad, la preocupación, las privaciones.

—Ahora mismo vamos a compartir un licorcito. ¡Esto hay que mojarlo en familia!

—Con mucho gusto. Pero siéntate, que lo sirvo yo.

—Ah, ya bebes. Cuánto te está cambiando Isabel. Es natural.

Mientras su sobrino se dirigía a la cocina, Aurora se enjugó las lágrimas como pudo en los faldones de su vestido. Emocionada en lo más profundo de su sensibilidad, inevitablemente de inmediato pensó en cuán feliz habría sido su difunta hermana escuchando esta noticia, cuánto... Pero era preferible no comentarlo ahora, el chico podría conmovirse. Ya llegaría el momento.

—¡Aquí están las bebidas!

Se sentaron cara a cara, en la rectangular mesa del salón, recubierta por un mantel de hule. A la vera de la bandera republicana. Y brindaron:

—Por vosotros, *Genio*. De un trago.

—De un trago.

Acabaron al unísono la bebida, licor del madroño. Mirándose con gran cariño, espontáneamente se cogieron la mano derecha.

—Niño, tú eres mi única familia. Y yo soy tu única familia. Entonces, debemos ayudarnos en todo. Además de hacernos compañía.

El hombre asintió, sonriendo con dulzura.

—Sabes, *Genio*, un hombre no puede estar sin mujer. Es antinatural. Hace falta amor y hace falta sexo, a ser posible unidos.

Asintiendo, Arbó prolongó su sonrisa.

—La soledad enloquece y destruye, niño. Por dentro y por fuera. Tú todavía eres... relativamente joven. Por eso no puedes comprenderlo. Pero no hay nada más patético que un viejo solo. Es lo peor, te lo aseguro. Es una tristeza que no puede endulzarse con nada. No la cubre ni todo el oro del mundo.

Aurora guardó silencio durante unos segundos. Conmovidamente, y acaso arrepentida, de haber pronunciado unas palabras tan duras a un hombre hasta el momento claramente inmaduro. Sobreponiéndose, añadió:

—Cuando vuestra relación se haya... consolidado, como tú dices, te la traes a comer. Estoy deseando conocer a tu Isabel.

Arbó amplió su sonrisa, de un modo que únicamente podía significar franca aceptación.

—Y en cuanto nos ventilemos un segundo licor, voy a darte quinientos euros. Para que la invites a una cena de lujo... y te pongas al día en el banco.

Ahora fue Arbó quien rompió a llorar, mediante un ataque súbito. Y sus lágrimas caían en tal medida que debió quitarse las gafas, porque los cristales estaban empañándose.

Y llorando le dejó la anciana, mientras se encaminaba hacia la cocina con los vasos vacíos. Esta vez iba a ser ella quien sirviese la bebida.

Tras abrir la nevera y empuñar la botella, suspiró de felicidad.

*Nuestro niño por fin ya no es un niño.*

El director de fotografía, un mexicano llamado Gabriel Avelar, acababa de ultimar la iluminación del decorado. Después de arduos esfuerzos por parte de los equipos correspondientes, por fin todo estaba dispuesto para rodar la crucial escena del ritual satánico.

El productor Orozco sonrió ante el resultado, satisfecho por completo. Entusiasmado, incluso. Le encantaba trabajar con compatriotas de confianza. Con grandes cuates.

A su lado, Jacobo Blanco y John Phillip Law también contemplaban la escenografía. El admirativo silencio de todos fue roto finalmente por el actor, al exclamar:

—*First Class!*

A lo cual Orozco comentó riendo:

—*You are with the best, gringo!*

Blanco acompañó de buen grado la risa del productor, pero a continuación prefirió retirarse a su silla de director. Una vez acomodado, abrió la carpeta donde siempre guardaba el guión y sus múltiples apuntes de planificación, y se enfrascó en los papeles.

Orozco apartó la mirada de la diminuta figura del director en la silla, para devolverla hacia el decorado. Qué estupenda labor de dirección artística, adecuadamente magnificada por la iluminación. Se respiraba una atmósfera siniestra y barroca, sugestiva e irreal, a medida de la secuencia.

El altar del sacrificio era grande y resistente, previsto en buena lógica para el peso que debía soportar. De color negro y forma trapezoidal, estaba situado sobre un pentagrama repleto de alegorías esotéricas. Una gran escultura de Baphomet,

construida por los decoradores a partir de bellos grabados de época, presidía el espacio ritual. Las paredes que circundaban el altar, conformando un semicírculo, simulaban un tipo de ladrillo ennegrecido a causa del paso del tiempo y los efectos del humo, e incluían motivos y signos diabólicos, derivados de culturas diversas pero adscritas al marco de la Europa medieval. Entre ellos, sobresalían la cruz invertida y la gema con la palabra mágica Abraxas.

Los objetos que se precisaban para las correspondientes fases del rito mostraban un idéntico color argentado, y estaban adecuadamente trucados a fin de que resultaran ligeros de peso para los actores. Una gran espada mágica, indispensable para que el oficiante dirigiera la ceremonia. Una campanilla, que debía sonar indicando el inicio y el final del rito. Dagas especiales, para perpetrar el sacrificio de sangre. Un cáliz, rebosante de una bebida espesa y supuestamente alucinógena. Un pebetero, donde quemar una clase particular de incienso. Y un gong, que sería golpeado para subrayar el inicio y el final de las letanías del oficiante. Asimismo estaban preparadas las velas, gruesas y rugosas, todas negras salvo una, de un blanco purísimo. Por último, el pergamino suponía una pequeña maravilla de mimesis, dada su inspiración en auténticos grimorios.

Orozco suspiró de satisfacción. *Las noches del hombre lobo* estaba adquiriendo, día tras día, el tono pertinente. Nunca traicionaba el espíritu tan concreto que la concibió. Terror español años setenta, con un toque mexicano años sesenta. No podía decepcionar, de ningún modo, a los numerosos admiradores mundiales de Jacobo Blanco.

El ruido de la puerta del plató abriéndose ruidosamente de par en par le distrajo de sus pensamientos. El más joven de los dos ayudantes traía ya la figuración, caracterizada a conveniencia. Los hombres, mediante gruesas túnicas negras, con la capucha caída sobre los ojos; las mujeres, con el rostro descubierto y sensualmente maquillado, ataviadas a base de volátiles togas rojas, abiertas por los lados para evidenciar la falta de ropa interior. Siete, ellos. Tres, ellas.

Perfecto. En un rincón, John Phillip Law, igualmente caracterizado para la secuencia, con sus egregios ropajes de oficiante, estaba absorto en el guión. A buen seguro, repasaba el denso y retórico diálogo de la invocación. En otra esquina, la muchacha que iba a desempeñar el rol de adolescente sacrificada escribía un mensaje en su teléfono móvil. Maquillada desde un rato antes, envolvía su desnudez en un albornoz largo y grueso.

Las vías del *travelling* cubrían el decorado de parte a parte, guardando la distancia necesaria. Los maquinistas ya estaban instalando la cámara sobre el trípode, a las órdenes del segundo operador, sempiterno hombre de confianza del director de fotografía, y asimismo mexicano. El resto de los técnicos trabajaba ya igualmente, en las labores respectivas.

Repentinamente, la característica voz ejecutiva de Blanco se elevó sobre el fragor generalizado.

—¿Dónde está Dan?

Apenas formulada la pregunta, Dan van Husen entró en el plató cual exhalación. Caracterizado de licántropo por todas las partes del cuerpo que quedaban fuera de su vestuario, rústico y desgarrado a consecuencia de la sobrenatural metamorfosis. Tensando el cuerpo como si estuviera a punto de saltar sobre una presa, vociferó espectacularmente con su marcado acento alemán:

—¡Os voy a comer a todos!

La broma fue recibida a base de carcajadas y aplausos por todos los presentes, hombres y mujeres. Salvo Blanco, quien a duras penas sonrió, hundido en su silla. Temblando.

Al contrario que el resto del personal, Orozco había reparado en ello. Algo intranquilo, se acercó a él y le preguntó:

—¿Estás bien?

—Estoy... preocupado por la responsabilidad de esta escena. Eso es lo que estoy.

—Es complicada. Y muy importante.

—Es un momento álgido en la historia, René. Un clímax. Aquí nos la jugamos.

—Bueno, tienes todo lo que has pedido.

—Y voy a estar a la altura.

Orozco sonrió, animándole mudamente. En respuesta, Blanco abandonó la silla y se dirigió hacia la cámara, mediante sus pasos débiles e irregulares. El productor permaneció atrás, inmóvil. Observándole.

Abriéndose paso entre los maquinistas y el segundo operador, Blanco se sentó tras la cámara, ajustando la vista al objetivo. Acto seguido, procedió con la máquina como si describiera una panorámica imaginaria, desde un extremo al otro del tenebroso decorado, para apreciar el efecto que podía surtir la escenografía debidamente encuadrada. Sin moverse del sitio ni dejar de mirar por la lente, gritó:

—¡Todo el mundo en cuadro! Vamos a hacer un ensayo.

Los dos ayudantes comenzaron a poner en práctica la orden, con la pertinente celeridad, y Orozco apagó su sofisticado teléfono móvil.

La misa negra dispuesta para rodar comprendía dos fases. La primera estribaba en el sacrificio de una virgen, joven y hermosa. Desnuda sobre el altar, atada de pies y manos con los miembros abiertos, en primer lugar debía ser lúbricamente acariciada por las tres mujeres vestidas de rojo, y a continuación brutalmente asesinada por los siete hombres vestidos de negro, esgrimiendo por persona un cuchillo mágico, con nueve cruces drúidicas y nueve media lunas. La segunda parte de la ceremonia consistía en el hombre lobo encadenado en el propio altar ensangrentado, mientras el oficiante, mediante una invocación, alegaba el sacrificio previo, a fin de que Baphomet le concediera sin condiciones la voluntad del monstruo.

—¿OK, maestro?

Blanco asintió con un movimiento de cabeza a la pregunta del director de fotografía. Cediéndole su puesto tras la cámara, gritando a Orozco:

—¿La gente de efectos?

—Estamos todos, *Jack*.

El director guardó silencio durante unos segundos. Sin duda, era consciente de que todos los intérpretes y técnicos ya sólo aguardaban su voz ejecutiva.

Fijándose bien, Orozco intentaba profundizar, asimilar a fondo lo que estaba advirtiendo en Blanco. Evidentemente, estaba desmejorado respecto a la primera semana de rodaje. Se le veía más tembloroso, más flaco, más pálido. En verdad parecía que el trabajo de realizar *Las noches del hombre lobo* le estaba consumiendo. Con voracidad y sin compasión, un día tras otro, de una manera particular, incluso sobrenatural.

Con todo, ahí estaba. Bien que seguía. Por norma, llegaba el primero y marchaba el último. Y su palpable ancianidad no había malogrado ni una sola jornada de rodaje, ni tampoco producido el menor retraso en el plan de trabajo.

Podía gustar o no, pero Jacobo Blanco era un director de cine. Genuino, de raza. Perteneciente a una gloriosa generación a punto de extinguirse, a una específica e irremplazable «vieja guardia».

Haciendo un esfuerzo evidente, Blanco rompió el silencio:

—¡Empezamos el ensayo! *From now on, everything in English!*

**Poco** antes de que Eugenio Arbó pisara la plaza de Latina, comenzó a llover. Molesto, el escritor entró a toda prisa en un vasto y destartalado bazar regentado por chinos, dispuesto a adquirir el paraguas de bolsillo menos costoso. Una vez satisfecho su propósito, salió y abrió el objeto comprado, orientando sus pasos hacia la calle Duque de Alba.

Caminaba absorto, decidido, impaciente. Abriéndose paso bajo una lluvia tupida y sonora, entre la gélida oscuridad del febrero madrileño a media tarde.

—¡Mira por dónde vas, gafotas!

Ignoró el comentario del irritado conductor, tampoco procuraba que su paraguas no fuera un engorro para los demás transeúntes. Andaba con prisa, embestía.

Mientras cruzaba la plaza de Tirso de Molina, el viento arreció, hasta el punto de romper dos varillas del paraguas nuevo. Luchando ridículamente a fin de salvar alguna utilidad en el recién comprado objeto, empapándose por diferentes partes del abrigo, Arbó ganó como pudo la calle Magdalena. En cerca de cinco minutos, seguramente habría encontrado el bar donde la noche anterior, a lo largo de una conversación telefónica algo tensa, le citó Juan Rizal.

Juan Rizal, el mítico Johnny de los rodajes americanos en España, tantos años atrás. Alcoholizado y en la miseria, según las informaciones del virtualmente ciego operador José Luis Mateos.

Rizal iba a enriquecer el testimonio de Mateos respecto a Isabel Silva. Iba a enriquecerlo, e intensamente.

Arbó estaba convencido. Rizal sabía. Sin duda sabía. Sólo hacía falta soltarle la lengua con la habilidad necesaria. Esa lengua gastada por la edad y estropajosa por el alcohol.

Por fin aparecía la calle Cañizares. Justo cuando los pies del escritor empezaban a mojarse dentro de sus agrietadas botas.

Sin haberle visto todavía, únicamente oído, Arbó odiaba a Rizal.

Mirando como podía debajo de su paraguas informe, Arbó no localizaba el bar de la cita, mientras la lluvia arreciaba. Furioso, detuvo sus pasos.

Los días anteriores habían sido terribles. No había podido escribir. Nada, ni una línea, ninguno de sus diversos textos pendientes. Y para mayor angustia las noches habían sido crispadas, interminables. Apenas durmió. Y cuando lo había logrado, no descansaba.

Los celos suscitados por las palabras de Mateos respecto al novio de Isabel le torturaban. Deprimiéndole, por dentro. Mareándole, por fuera.

Puesto que la más íntima e inconfesable de sus fantasías era que Isabel Silva hubiera muerto virgen.

—Yo soy Rizal.

Sorprendido, Arbó descartó abruptamente sus reflexiones. Advirtiendo así al

hombre que acaba de hablarle, desde la estrecha y mal iluminada puerta de un bar.

—¿Cómo me has recono...?

—Entra, y tira por ahí esa mierda de paraguas.

El escritor se adelantó con dos zancadas y entró en el local, haciendo varios risibles esfuerzos para plegar el goteante paraguas roto. Logró su propósito a la postre, aunque de modo poco ortodoxo.

—Has llegado antes.

—Los de cine siempre llegamos antes, Eugenio Arbó.

El bar era pequeño, poco limpio y casi sórdido. La clientela, escasa y enteramente masculina, por lo común superaba los cincuenta años y bebía cerveza o vino, sin demasiado alboroto.

Orientando en su dirección al recién llegado, Rizal se acomodó tras una mesa arrinconada. En ella le esperaba un cenicero con un cigarrillo por la mitad y la colilla de otro, junto a un vaso alto y delgado, lleno hasta la mitad de un vino tinto oscuro y maloliente.

—Pide lo que quieras en la barra y te lo traes tú mismo.

Arbó obedeció mientras se quitaba los guantes, y pronto se sentó ante Rizal con un vaso de vino del mismo tamaño. Pero el suyo era blanco.

—Quítate el abrigo, o pillarás una pulmonía.

El escritor volvió a obedecer, mientras el decorador bebía un poco de su vino y retomaba el cigarrillo.

—¿Qué tal está Mateos?

—Regular. Apenas ve.

—La enfermedad típica de los operadores cuando envejecen. No se salva ni uno.

—Ahora que lo dices...

—Mateos era bueno. Un técnico rápido y seguro. Un profesional. No nos encontramos desde hace muchos años, pero celebro que conservara mi número. Eso significa respeto.

—Sin duda.

—Bueno, ¿y de mí qué quieres?

A fin de disimular su nerviosismo, como siempre en tales casos Arbó se quitó las gafas, y empezó a limpiarlas con una servilleta del local.

De estatura media y torso flácido, sin apenas pelo y con pocos dientes ya, Rizal se parapetaba bajo un grueso y desvaído anorak, y debajo vestía una especie de chándal, en cuyo bolsillo frontal sobresalían un montón de rotuladores, todos de distinto color y marca. Los rasgos orientales del rostro eran evidentes, sobre todo en los pómulos y ojos, entre tantas y hondas arrugas. Pero la dependencia del alcohol sobresalía en su imagen. Resultaba obvia, irrefutable. Lo delataba la mirada vidriosa, el aliento pesado, el característico olor de sus raídas ropas y de su apergaminada piel.

Rizal era poco más que una piltrafa, a la par inquietante y deprimente.

—Verás, busco información sobre una actriz... que trabajaba con Jacobo Blanco.

Al escuchar el nombre, el viejo filipino crispó su expresión. Originando a continuación un silencio embarazoso. Arbó aprovechó para volver a calzarse las gafas y beber un poco de su vino.

—Jacobó Blanco... ¿Qué se ha hecho de él?

—Ha vuelto a rodar.

—No puede ser...

—Una de terror, en su línea. John Phillip Law y Dan van Husen son los protagonistas.

—John Phillip Law y Dan van Husen. *Nice people*. La de veces que he trabajado con ellos. Hace tanto tiempo...

—Como treinta años...

—Y más.

Rizal volvió a callarse. Para después beber farfullando:

—Obviamente, mi amigo *Jack* no me ha llamado para volver con él.

—Lo siento.

—Qué hijo de puta. Pero qué hijos de puta son todos... ¿Por qué no me llaman?

—Yo... como comprenderás...

—Nadie me llama. Nunca, para nada. Estoy solo, viejo y asqueado. Sin un puto duro, encima. Ni para una triste cerveza. Aunque aún no vivo en la calle, durmiendo entre cartones. Pero ya queda menos.

El escritor bebió un sorbo más. Bajando la mirada, incómodo.

—Sabes, tu llamada ha sido una novedad. Como llovida del cielo. *God oye me!*

Arbó sonrió, intentando resultar cariñoso. Pero Rizal había confirmado su presentimiento. Le resultaba repulsivo, por completo. Parecía un demente, desagradable y áspero, cuya existencia ya no guardaba ningún sentido.

—Johnny, necesito que tú...

El decorador lo interrumpió, mostrándole las manos. Grandes, pero agrietadas y trémulas, a buen seguro ya inútiles.

—Mira estas manos, escritor. Han vestido a Sofia Loren. Elizabeth Taylor. Ava Gardner. Rita Hayworth. Claudia Cardinale. Brigitte Bardot. Raquel Welch. Faye Dunaway, Gina Lollobrigida, Katharine Hepburn. Y te cito sólo mujeres.

—Es... fabuloso.

—¿Fabuloso? Pues estas mismas manos ahora no hacen más que dibujos para decorar baruchos. A cambio de un menú infecto, que malcomo entre gentuza. ¿¡Cómo lo ves!?

Los clientes no hicieron ningún caso del grito de Rizal. Posiblemente estaban habituados.

—Si supieras el dinero que he ganado... cómo he vivido... dónde me vestía... Cuánta gente he tenido a mis pies... ¡literalmente!

Rizal acabó el vaso de un trago, y se limpió la boca con el dorso de la mano. A continuación, encendió otro cigarro con la colilla del anterior.

—He sido el mejor. En decoración y vestuario. El *number one*. No había película importante rodada en España que no me reclamara. Ni estrella internacional que no me exigiera nada más aterrizar en Barajas.

—Comprendo, y lamento...

—¿Pero sabes qué es lo peor?

—No.

—Por más que bebo, no olvido.

El teléfono móvil de Arbó sonó a su espalda. En el bolsillo de su abrigo, goteando detrás, en el respaldo del asiento.

—Perdón...

—¿No contestas?

—No, por supuesto. Estamos reunidos.

—Qué gentil... Oye, escritor ¿tú ganas dinero?

—Qué va. Lo que hago no se cotiza.

—Pero vives bien, seguro.

—Me defiendo.

—En cambio, yo debo más de un año de alquiler en el hostel. La patrona no me echa... no sé por qué. Ella dice que por lástima. Pero en el fondo es porque me debe favores. Grandes favores. De antes... Escucha, ¿tú puedes ayudarme?

—Pues yo... dinero apenas tengo.

—Bueno, ya hablaremos de eso. ¿Qué querías saber de Blanco?

—Verás, más que de Blanco busco información sobre una de sus actrices.

Inquieto, Rizal se removió en el asiento, mientras fumaba.

—¿Cuál?

—Isabel Silva.

El anciano empuñó su vaso de vino y lo llevó a la boca. Al sentirlo vacío, lo arrojó furioso contra la otra esquina del local, con el consiguiente estrépito de cristales rotos.

De inmediato, un tenso silencio cayó sobre el bar. Hasta que segundos después el hombre tras la barra gritó:

—¡Ya está bien, Johnny! ¡A la siguiente, te saco a hostias!

Una mujer, gruesa y basta, agregó desde el ventanuco de la cocina:

—¡Otra así y no vuelves a pisar mi bar, mierda de chino!

Rizal miró a ambos con los dientes apretados y los ojos ardientes. Sin poder reprimir su ira, su odio, su desprecio social. Empero, la mano de Arbó, apretándole el antebrazo derecho, llegó a tiempo de frenarle cuando estaba a punto de levantarse con violencia. Justo entonces, algo cayó de uno de sus bolsillos.

—Déjalo estar. Y cálmate.

Rizal asintió, serenándose mientras bebía ávidamente del vaso de Arbó. Una vez apaciguado, recogió el objeto, que era una diminuta figura del niño Jesús. Tras guardarlo de nuevo, relató con tono nostálgico:

—Nací en una gran villa de Manila, algunos años antes de la invasión japonesa. Y crecí en medio de un lujo que no puedes figurarte. Pero no sólo en casa. Todo lo que veía afuera también era un paraíso. Sabes, recuerdo de niño dos criadas guapísimas, sólo para mí. Siempre pendientes de mi personita. Para bañarme, jugar, darme todos los caprichos... Y después una profesora de español, porque mi educación en la escuela era bilingüe, pero inglés y tagalo.

Arbó escuchaba en silencio, mientras superaba poco a poco el previo estallido de violencia. Era la primera vez que había asistido a una situación del género. Y ahora, recién superada, paradójicamente sus efectos empezaban a fortalecerle.

—En cambio ahora vivo en una pocilga asquerosa, y cuando salgo a la calle no veo más que mierda y chusma. ¿Pero sabes lo que te digo?

—Pues... no.

—Que te acostumbras. Esta es la vida, Eugenio. Te haces a cada cambio, o te vuelves loco.

Arbó trató de beber un poco de su vino, pero Rizal le arrebató el vaso sin mayor recato, diciendo:

—Si quieres beber, tráete otro. Y también para mí.

El escritor se levantó, cumpliendo sin rechistar. Fuera la lluvia no sonaba tan fuerte como antes, había remitido en gran medida.

—¿Por qué te interesa Isabel Silva?

Conforme bebía el basto vino blanco de la casa, Arbó afirmó:

—Eso es cosa mía. Tú cuenta.

—¿Y por qué debería hacerlo?

—Por alcohol, Johnny. Te compraré todo el que quieras.

Automáticamente, los ojos rasgados de Rizal brillaron con un fulgor significativo y enfermizo. Era un caso perdido, y Arbó estaba convencido de que iba a obtener de su memoria todo lo que le interesaba.

—Tráeme otro vino, Eugenio.

Mientras Arbó volvió con el nuevo vaso, Rizal terminó el anterior. A continuación, relativamente calmado, contó:

—Yo hice varias películas con Blanco donde estaba la Silva. Me ocupaba de la decoración y el vestuario.

—*El barranco delos espectros, La orgía delas lobas, Las vampiras de Drácula y Sexy Show.*

—No fue un trabajo fácil, porque yo estaba acostumbrado a los presupuestos de los americanos. Y aquí no había un puto duro, nada. No podía permitirme ayudantes, ni sastras. Pero salvé mi parte. Como el profesional que soy.

—A la vista está.

—*Come on...* Esas películas son bazofia.

—Dejemos eso. ¿Qué sucedía con la Silva y Blanco?

Rizal sonrió, con una expresión a la par maliciosa y despreciativa, mientras Arbó

disimulaba a duras penas su alteración emocional.

—¿En pocas palabras?

—En las que quieras.

—Blanco estaba enchochado con Isabel, pero no podía hacer nada con ella.

—¿Por qué no?

—Porque no es un hombre de verdad. Es... basura.

—¿Y el novio de Isabel, Curro?

—Un macarrilla andaluz, torero fracasado. Basura también. Pero de otro tipo.

—¿E Isabel, según tú también era basura?

—No. Era... una mujer. Y yo de mujeres no opino.

—¿Por qué no?

—Porque no las respeto.

—Explícate. Por favor.

Rizal acabó medio vaso de un trago. Visiblemente, empezaba a marearse, por muy acostumbrado que estuviera al alcohol barato. Con torpeza, encendió otro cigarrillo y farfulló:

—Yo no respeto a la mujer, sino que adoro a la madre. Porque la mujer mientras no tiene hijos es egoísta, envidiosa y puta. En cambio, desde que tiene hijos se convierte en un ser glorioso. La maternidad limpia toda la suciedad de la mujer. La redime, hasta siempre.

Perplejo ante el criterio de Rizal, Arbó enmudeció por completo. Nunca había escuchado nada similar... bebió un poco mientras volvía a preguntar:

—¿Qué pasó con Isabel?

—¿Tú qué crees?

—Que fue asesinada.

Rizal acabó el resto de su vaso de otro trago. Su expresión ahora no podía ser más pétrea.

—¿De dónde sacas eso?

—Llámalo intuición.

—Ya hemos hablado demasiado.

—Pero aún no me has dicho nada. Habla, Johnny. Te repito que tendrás todo el alcohol que quieras.

—¿Whisky?

—Whisky.

En silencio, tembloroso en su silla, Rizal empezó a beber nuevamente del vaso de Arbó. A pequeños sorbos, sin parar, no se detuvo hasta ingerir todo el líquido. Y después se recogió en su anorak, mientras seguía temblando.

—Ya sabes mi dirección. Pásate un día por el hostel y te cuento. No tengo nada que perder ni debo favores a nadie. Pero no abriré el pico hasta que me hayas dado las botellas. Muchas botellas. Y dinero.

—Te he dicho que no tengo.

—Es tu problema. Pero tráeme. Quiero volver a tener dinero, dinero en mis bolsillos.

Rizal estaba comenzando a sollozar, además de sus temblores. Como si fuera a sufrir un ataque de histerismo, o incluso de epilepsia... Tenso y agitado a la vez, pero satisfecho del encuentro, Arbó se levantó y plantó cara a Rizal, bajando el volumen de su voz hasta el susurro:

—Te llamaré. Pero antes dime si tengo razón. Necesito confirmar mi convicción de que Isabel fue asesinada, y si Blanco sabe algo.

—*Finished for today*, Eugenio.

Tras enfundarse el abrigo y recuperar el paraguas, Arbó pagó las consumiciones. A continuación, volvió junto a Rizal y habló una vez más. Al tiempo que se ponía los guantes, conteniendo a duras penas su ansiedad.

—Dame una pista, por lo menos.

Recuperándose poco a poco, Rizal se hizo esperar en la contestación. Inmóvil en su butaca, con el rostro enrojecido, tomó su cigarrillo e inspiró una calada profunda. Su mirada era sarcástica, su sonrisa cruel.

—Te doy dos. *Los colores y la luna*.

Perplejo, más que irritado, Arbó insistió, suplicante:

—Sé más explícito. Te lo pido por lo que más quieras...

—*Los nueve colores principales, y la luna llena*. En lo primero, yo pinté bastante. En lo segundo, ni arte ni parte.

—Johnny...

—*Stop*. Quiero whisky y dinero. Y da gracias que no te pida también dos golfitas.

**Tumbado** en el tresillo, envuelto en su entrañable manta verde, Arbó repasaba la entrevista con Blanco que enviara a *Contraplano* tiempo antes. Enfrente, junto al aparato de video, su lince de peluche le observaba con fijeza. A buen seguro, no estaba conforme con la marginación que sufría últimamente.

Bebiendo chocolate con canela, espeso y ardiente, enseguida encontró la declaración que buscaba. Uniendo dos oraciones, la frase quedaba en «La luna llena es una de mis alegorías preferidas».

Arbó suspiró, entornando los ojos. A fin de saborear en la penumbra el inapreciable silencio que normalmente presidía su hogar.

Desde que hablara con Rizal, no dejaba de reflexionar e indagar sobre las dos pistas facilitadas. *Los nueve colores principales y la luna llena*. Pero no lograba desentrañar el significado de ninguna por separado, y menos todavía casarlas.

En el primer aspecto había intervenido el propio Rizal. Por lo cual, había que pensar en algún trabajo de escenografía, o en el diseño de un vestuario particular. ¿Combinando colores, uniéndolos, diferenciándolos?

En la segunda cuestión, Rizal no tuvo nada que ver. Lógico, puesto que se trataba de un fenómeno de la naturaleza. Al cual era bien sensible Blanco, según propia confesión.

¿Entonces?

Bebió un poco más de chocolate, todavía caliente.

Primeros años setenta. Un cineasta especializado en el género fantástico y fascinado por el plenilunio, que no puede abordar a una actriz de la que está enamorado. Ella desaparece, entre los colores principales. Treinta y cinco años después, él hace por primera vez una película sobre un licántropo. ¿Homenaje póstumo, catarsis artístico-personal?

Manejando las claves aportadas por Rizal, por más que forzaba la imaginación Arbó se sentía incapaz de avanzar. No eran pistas despreciables, en absoluto. Pero ni esclarecían nada por sí mismas, ni abrían mayores vías de investigación.

Por el momento, debía conformarse con las sugerencias implícitas en los diversos textos consultados, que continuaban en su cama.

*Tengo que volver a ver a Blanco. Aunque negara la existencia de Curro y rechazase hablar de Isabel, de un modo u otro alguna información le sacaré. Una información que, por insignificante que sea, me ayudará.*

*Y no me queda más remedio que aceptar las condiciones de Rizal. No hay otra llave tan válida.*

Acabó la bebida despacio, degustando golosamente el sabor. Acto seguido, se dirigió al teléfono. Primero Blanco. Probablemente estaba rodando, pero podía dejarle un mensaje grabado en el contestador automático.

Y así lo hizo: «Hola, *Jack*. Soy Eugenio Arbó, confío que te acuerdes de mí. El

crítico al que le gustan tus películas, y que te entrevistó en San Martín de Valdeiglesias. Quisiera volver a verte, por un tema de *Las noches del hombre lobo*. Llámame cuanto antes, por favor. A ser posible al móvil, viene en mi tarjeta. Un abrazo, y muchas gracias».

Después, marcó el número del hostel donde vivía Rizal. Pero no respondió nadie. Y tampoco saltaba ningún contestador.

Contrariado, se dirigió a su estudio. Venciendo la tentación de poner alguna buena banda sonora en su viejo tocadiscos.

Se tumbó en la cama, pensativo. Parecía un momento idóneo para releer los textos más interesantes y reveladores que había encontrado en su apreciable biblioteca en mayor o menor relación con las crípticas palabras de Rizal.

A propósito de los colores, había encontrado apasionantes sugerencias en el libro de Goethe *Máximas y reflexiones*; concretamente en su soberbia afirmación «Aquellos que componen con luces de colores la luz única y esencialmente blanca, he aquí los verdaderos oscurantistas». Empero, los textos correspondientes a la luna sin duda sugerían mayores indicios, no poco turbadores. «Ese eterno retorno a sus formas iniciales, esa periodicidad sin fin, hacen de la luna el astro por excelencia de los ritmos de la vida. Por eso no es de extrañar que controle todos los planos cósmicos sujetos a la ley del devenir cíclico: aguas, lluvia, vegetación, fecundidad. Las fases de la luna revelaron al hombre el tiempo concreto, distinto del tiempo astronómico, que probablemente no se descubrió hasta mucho más adelante. Ya en época glacial se conocían las virtudes y el sentido mágico de la luna», había escrito Mircea Eliade. Por su parte, Antonio Santos, curiosamente comentando una de las películas mayores de Kenji Mizoguchi, *Cuentos de la luna pálida*, sostenía que «La luna ofrece una puerta doble: es el umbral de la vida y de la muerte; de la salvación y de la perdición». Empero, resultaban inquietantes en especial las afirmaciones de Federico Revilla en su *Diccionario de iconografía*: «La luna es símbolo femenino, mortuorio y cíclico (...) La fase de luna nueva hace pensar en la muerte: la luna ha muerto. Pero su periódica desaparición es temporal, por lo que la muerte humana, su equivalente, es concebida también como algo transitorio: esta es la vía de acceso experimental a las nociones de inmortalidad. Muchos pueblos han creído que los muertos van a la luna, para regenerarse o prepararse ante una nueva existencia».

Apartando los libros, Arbó relajó los ojos, y estiró la totalidad de su cuerpo. Boca arriba, vestido con su pijama de franela, en el frío de una estancia progresivamente oscura.

¿Qué papel han desempeñado los colores y la luna en la muerte de Isabel? ¿Cómo lo han hecho? ¿En el móvil, en la forma? ¿Ha sido un crimen ritual? ¿El cineasta Blanco ha sacrificado a la actriz Silva a la luna con la complicidad del decorador Rizal?

El sonido del teléfono interrumpió bruscamente la conjetura. A toda prisa, Arbó se levantó para responder. Pero no era Blanco.

—¿Señor Arbó?

—Dígame.

—Soy la señora Mateos, ¿se acuerda?

—Cómo no, ¿qué tal está usted?

—Tirando, gracias.

—¿Y José Luis?

—José Luis... asustado.

—¿Y eso?

—Lo he convencido para que se opere los ojos.

—Bien hecho.

—En teoría. La operación le da mucho miedo. Ya lo vio usted, es cómo si hubiera vuelto a la infancia. Y a los niños les horrorizan los médicos.

—Pero usted tiene que animarle.

—Lo hago continuamente. Pero él quiere seguir con sus trenes. En fin... yo le llamo por otra cosa.

—Escucho.

—Aquello que comentó con José Luis de Isabel Silva.

—Sí, diga.

—Conozco otra persona que podría ayudarle.

—¿Quién?

—Una actriz, que era amiga nuestra. Mi marido no se acordó. Su nombre artístico era Lona Sherman.

—Me suena.

—Una maciza, que hacía papelitos. Coincidió con la Silva un par de veces.

—Sí, ya caigo.

—Yo creo que hicieron cierta amistad. Aunque entre las actrices de la misma edad, ya sabe...

—Las rivalidades.

—Exacto. Pero era una chica muy cariñosa, se lo juro. Se llama de verdad María de los Remedios Gutiérrez, y es andaluza. Dejó el cine, hace mucho tiempo. Y está casada con un señor que tiene un negocio de compra-venta de coches usados. Apunte el teléfono.

Arbó obedeció, estimulado por la noticia. Iba a obtener un testimonio más sobre Isabel. Y por primera vez de una colega.

—Muchas gracias por acordarse, señora.

—De nada, por favor.

—Y suerte con la operación de José Luis.

—Está hecho un flan... Por cierto, ¿consiguió hablar con Rizal?

—Sí, lo logré.

—¿Cómo estaba? ¿Piripi, no?

—Bastante, sí.

—Qué lástima de hombre... Le recuerdo muy bien. *El famoso chino*. Lo que él bebía de whisky yo no lo podría beber ni de agua.

—Buenas tardes, señora. Y gracias de nuevo.

Arbó colgó despacio, y volvió lentamente al dormitorio. Lona Sherman. Una morena sensual y curvilínea, que durante el apogeo de las coproducciones en España cubría papeles similares a los de Isabel. Era atractiva y fotogénica, sin duda. Pero carecía del encanto peculiar que Isabel brindaba para ojos especiales.

Se sentó en la mesa de trabajo y encendió el ordenador. A continuación, retiró con delicadeza la bella fotografía de Isabel que sistemáticamente presidía la impresora. Justo ahora, debía apartarla del pensamiento. A fin de escribir cuanto antes el artículo sobre Blanco y la entradilla de su entrevista. Y, si la inspiración le sonreía, podía empezar también el ensayo sobre Clouzot.

Lona Sherman aparte, necesitaba dinero para sobornar a Juan Rizal.

El ventanal estaba entreabierto, de modo que la tibieza de la primavera aliviase la estancia.

En la cama, Isabel Silva gemía de gusto. Radiante en su purísima desnudez ritual, con la negra cabellera desparramada sobre el almohadón.

Inclinadas a sendos lados, dos mujeres la acariciaban, besaban y lamían, sabiamente coordinadas y con progresiva obscenidad. Dos mujeres hermosas y de rasgos muy similares, evidentemente entusiastas conocedoras de todas las claves eróticas del cuerpo femenino. Dos mujeres altas y silentes, coronadas por idénticas pelucas pelirrojas y vestidas con idénticos bikinis de fortísimo color naranja.

Mirando, Blanco intentaba contenerse. Debía resistir hasta el final de la ceremonia. Tenía que estar a la altura de tan admirable despliegue de profesionalidad.

Confortado por el único color presente en la cámara, el naranja. Autorizado por la luna llena.

Llegado el momento, las dos mujeres abrieron la húmeda entrepierna de Isabel y acoplaron dentro sus bocas ansiosas. Justo entonces, ella incorporó el rostro. El director necesariamente debía captar todas sus expresiones de gozo, tenía que celebrar y aprobar su placer.

*Fuiste única, Isabel.*

—¿**Seguro** que no estorbo?

—Seguro, Eugenio. Pero por si acaso no te muevas de mi lado.

Hundiendo una silla de director idéntica a la de Blanco, Arbó asintió y empezó a escrutar atentamente el decorado que tenía un poco más adelante. Del primero al último de los detalles, constituía una impecable reproducción de la mazmorra de torturas que todo aficionado al género gótico guarda en su particular archivo mental, a base de celebrarla reiteradamente, con ligeras variantes, en múltiples películas y cómics.

—Es increíble, *Jack*.

—Sí. El equipo de dirección artística es de primera. Siempre tengo ante la cámara justo lo que necesito. Y te digo una cosa: es la primera vez que me sucede. Y tiene que ocurrirme precisamente ahora, cuando estoy hecho polvo.

Arbó sonrió, solidarizándose con el comentario. Pues estaba realmente justificado, en sus dos partes.

En efecto, ninguna de las ambientaciones a cargo de Juan Rizal en las películas anteriores de Jacobo Blanco había desplegado una escenografía tan sustanciosa y elaborada, de tan turgente textura tridimensional. Ni siquiera *Las vampiras de Drácula*, que hasta la fecha suponía la de superior nivel de producción. Puesto que el decorado de la mazmorra era realmente admirable. Asumía la iconografía propia del terror sobrenatural de los años evocados en el planteamiento de la película, y al mismo tiempo la sofisticaba. Era tétrica a la par que onírica, naturalista y delirante, dentro de una cierta sobriedad.

Por otro lado, ciertamente Blanco ofrecía un aspecto lastimoso, casi alarmante, y era lógico que él mismo lo reconociera. Desde cuando Arbó le conoció, semanas antes en San Martín de Valdeiglesias, diríase que había envejecido diez años.

El productor mexicano sin duda había reparado igualmente en la involución de Blanco. Las fugaces miradas de soslayo que le dirigía, de vez en cuando, delataban su bien comprensible preocupación.

—René...

—Relax, cuate. Enseguida te colocamos los actores.

Quieto en la silla, el director agradeció sin palabras la deferencia del productor. Acumulando energía en silencio, con toda probabilidad. Arbó le forzó a salir de su mudez, preguntándole:

—¿Qué sucede en esta escena?

—El personaje de John Phillip Law... Por cierto, ¿te he contado ya de quién hace?

—En la entrevista, por encima. Un aristócrata a la vez mago y científico, que se apodera de la voluntad del hombre lobo.

—Bueno, sí, a grandes rasgos. Pero en realidad es la reencarnación de Meister

Krabat. O por lo menos eso piensa él, porque la película nunca aclara si es cierto o una locura suya.

—Pero ¿quién es Meister Krabat?

—Hombre, una figura importantísima en el folklore sobrenatural alemán, de mediados del siglo XIX, más o menos. Era un terrateniente de Gross-Sárchen, antes coronel de caballería. Los campesinos murmuraban que había aprendido magia negra de labios del propio Diablo, a quien ofrecía un sacrificio una vez al año, en agradecimiento por sus lecciones. Las leyendas populares más fantasiosas afirman que surcaba el cielo de sus propiedades al mando de una carroza mágica. Y encabezando su propio ejército, compuesto de demonios y espíritus.

Mientras el director relataba la leyenda al escritor, entre los ayudantes de producción y los de dirección habían amarrado a la actriz mexicana en el centro de un arco del lóbrego decorado, un arco que simulaba estar hecho de madera astrosa y carcomida. Con los brazos alzados y abiertos en cruz, firmemente sujetos por medio de grilletes y cadenas, y los pies libres, descalzos y un poco elevados sobre el piso. Su única vestimenta era una túnica violeta, abierta por los brazos y escotada, sobre la cual caía la voluminosa cabellera.

Arbó se revolvió en la silla, nervioso. Aquella imagen era soberbia.

—¿Qué te parece, Eugenio?

—Eh... ¿La leyenda de Meister Krabat? Muy bonita.

Sonriendo, Blanco dejó el asiento y se aproximó al decorado para dar diversas indicaciones a los técnicos. Mostrándose dinámico y taxativo entre todos ellos, el más bajo de los cuales le sobrepasaba una cabeza en estatura.

Era apasionante verle trabajar. Verificaba que conocía a fondo su oficio, en todos y cada uno de los aspectos de la realización. Y, especialmente, que sabía lo que quería.

Pero Arbó todavía no había podido introducir a Blanco la cuestión que le preocupaba íntimamente. Apenas llegar al estudio, cumpliendo puntualmente la cita telefónica, se había sentado a su vera y centrado en admirar el decorado. Nada más. Mientras se preparaba la filmación de una escena de tortura.

Filmación que estaba autorizado a presenciar. Un privilegio inesperado, que comportaba una emoción fantástica para su sensibilidad.

Mirando solapadamente, advirtió sentado en su asiento a John Phillip Law. Aguardando que le llamaran, vestido ya como el regio Meister Krabat. Altísimo, irradiaba estilo, carisma. Arbó le había admirado tantas veces en la pantalla... y ahora quien fuera «Diabolik» y «Simbad» estaba a pocos metros, trabajando a las órdenes de Jacobo Blanco. El cineasta que le presentó a su amada Isabel Silva, y que algo sabía, algo tenía que saber de su desaparición. De su asesinato.

Tembloroso, cojeando un poco también, Blanco por fin regresó a su asiento. Al sentarse, respiró profundamente. Arbó, inquieto y expectante al unísono, no sabía qué decir.

Justo entonces, pasó delante de ellos Dan van Husen caracterizado de hombre lobo. Arbó acusó un ligero escalofrío, idéntica sensación que experimentara respecto a Law... El actor que tanto le impactara años atrás, con aquella imagen entre vikingo e hippie, ahora caminaba enfrente de él, vestido a base de jirones, irreconocible bajo su magnífico maquillaje de licántropo.

Empuñaba en una de sus zarpas un látigo con numerosas tiras. Una especie de gato con nueve colas.

—Perdona, *Jack*... ¿De qué va esta escena?

—Ah, es un momento glorioso, Eugenio. Uno de los clímax de la historia... ¡Gaby, René. Ensayo!

Mientras el director de fotografía y el productor empezaban a preparar el ensayo, Blanco recuperó su conversación con Arbó:

—Verás, Meister Krabat ha capturado al hombre lobo, que es uno de los guardas de su castillo, Heinz. Rústico, analfabeto... bueno, ya sabes. Lo tiene encerrado en una de las mazmorras, y en las noches de luna llena, cuando se transforma en hombre lobo, lo convierte en su esclavo, su monstruo personal. Este es un poder especial que obtuvo de Baphomet, gracias a sacrificarle una linda virgen, que era una campesina llamada Hannelore.

El ensayo prosperaba. La escena iba a filmarse con dos cámaras. La una en movimiento, emplazada en la plataforma correspondiente, sobre la vía del travelling. Y la otra fija en la actriz, Guadalupe del Río.

—Comprendo.

—Entonces, tras raptar a la heroína, una bella heredera llamada Elfriede, Krabat en un plenilunio especial dispone que la vistan ritualmente y la encadenen en un arco simbólico. Después, libera al hombre lobo de su celda. Y le ordena que flagele a Elfriede, que es justo la mujer que ama en su personalidad humana. Que la flagele sin piedad, brutalmente. Para que ella aprenda que el gran Krabat es el amo. Y padezca en su corazón de mujer, pues es su propio amado quien está torturándola. Porque una vez transformado en monstruo el pobre Heinz ya ignora el hombre que es normalmente. Pero goza de sus actos horribles, como el monstruo cruento que es.

—Entonces, el hombre lobo disfruta bestialmente latigando, la heroína sufre en cuerpo y alma, y Krabat disfruta morbosamente viéndolo.

—Exacto. Debes ser un buen escritor, porque tienes capacidad de síntesis.

Sonriendo, Arbó agradeció con la mirada el gracioso elogio de Blanco, y a continuación limpió lo mejor posible los cristales de sus gafas. Hasta que materialmente no pudo conseguir mayor nitidez. Por su parte, el director gritó:

—¡Ahora el ensayo en serio!

Todos los intérpretes se situaron en sus marcas, esperando la nueva voz ejecutiva. Por su parte, los técnicos se retiraron hacia los extremos, para despejar el campo visual de Blanco y Arbó.

—¡Acción!

Guadalupe del Río empezó a revolver todo su cuerpo y agitar las cadenas, aterrada. Pero no conseguía librarse de las oxidadas ataduras, sino lastimar todavía más sus aristocráticas muñecas. Súbitamente, paralizó su expresión, abriendo los ojos a más no poder. ¿Qué había visto entrando en la mazmorra? A continuación gritó:

—*Heinz!*

Justo entonces entraba en cuadro el hombre lobo, caminando lenta y toscamente. Con los hombros hundidos, la boca babeando, recreándose en su condición animal. Le seguía Krabat, por el contrario estilizado y elegante.

La heroína se agitaba más y más, doliente, desesperada. Y suplicó:

—*No, no... What do you want?*

A lo cual el satánico aristócrata respondió con tono de viciosa crueldad, dejando que las palabras quemaran:

—*Your pain, slut.*

Tenso en su asiento, Blanco interrumpió su silencio para preguntar en susurros a Arbó:

—¿Te gusta?

—Mucho.

Arbó se perdió los siguientes y parcos diálogos, igualmente en inglés. Porque estaba concentrado en las imágenes, pendiente a más no poder de lo que veía. Alterado. Excitándose.

Precisamente esta excitación le proporcionó el valor necesario para comentar a Blanco:

—Me estoy imaginando a Isabel Silva en el papel de la chica.

Al escuchar aquello, Blanco instantáneamente empalideció. Parecía petrificado. O colapsado, incapaz de superar un golpe bajo tan inesperado... Empero, unos segundos después logró hablar. Mientras restallaban los primeros latigazos.

—El látigo está trucado, no vayas a creer...

—En serio, *Jack*. Veo a Isabel en ese personaje.

Cerrando los ojos, el director calló durante unos minutos. Y acto seguido gritó:

—¡Cojonudo! ¡Volvemos a empezar, y ahora rodando!

Los intérpretes interrumpieron sus actos, y se desperezaron entre risas y comentarios de todo tipo. Pero Blanco enseguida rompió la distensión gritando al director de fotografía:

—¡Ándale, Gaby! Te dejo las voces. Y ya sabes, primero un master.

Avelar respondió al director con el gesto de *OK*, y empezó a redistribuirlo todo, ayudado principalmente por el jovencísimo segundo ayudante de dirección y el propio productor, que colaboraba como cualquier otro técnico.

Para facilitar el trabajo, Blanco y Arbó se retiraron con sus asientos un poco atrás. Apenas vueltos a sentar, sin nadie alrededor, el director giró el rostro hacia el escritor. En voz queda y revelando un inesperado tono de complicidad, le confesó:

—Isabel sería perfecta.

Mirándole igualmente, hablando con el mismo volumen y tono, Arbó respondió:

—Esta escena la habría bordado.

—Bordado. Esa es la palabra.

—Latigada por un monstruo ante la mirada de un sádico. Una situación preciosa. Parece pensada específicamente para ella. Con aquella expresión que tenía, su figurita...

Blanco saboreó la apreciación, despacio y adecuadamente. Una vez digerida, susurró:

—Realmente entiendes mi cine y mis gustos, Eugenio.

—Tus imágenes han sido muy importantes para mí. Decisivas, en algún caso.

—Ya. Pero la chamaquita esta funciona.

—De maravilla. Pero no es Isabel.

La voz del primer ayudante de dirección sesgó la hermandad que estaba avanzando entre ambos.

—*Is Every body ready?!*

La respuesta fue un silencio, tácitamente afirmativo. La filmación estaba a punto de empezar, y la mayor parte del equipo se había desparramado hacia los extremos del plató. Blanco y Arbó devolvieron la mirada hacia el decorado.

El segundo ayudante de dirección hizo sonar la claqueta, gritando el número de escena y toma. Acto seguido, Avelar gritó:

—*Action!*

Todos y cada uno de los componentes de la secuencia recomenzaron. Volvieron a manifestarse. Vibraban, existían, vivían. Mediante los mismos ritmos, con idénticas palabras y actividades. La única diferencia estribaba en el sutil runruno de las dos cámaras filmando.

Los gritos y súplicas de la entregada actriz mexicana retumbaban en el religioso silencio del plató. En la medida correspondiente, sonaban asimismo las cadenas de la víctima agitándose y los latigazos azotando su grácil cuerpo.

Blanco y Arbó mantenían la mirada fija en el eje de la acción. Abstraídos por completo, a cuál más maravillado.

Y tardaron varios segundos en reaccionar cuando Avelar gritó:

—*Cut!*

Turbado, Arbó se removió en el asiento. Aunque estaba recubierto bajo el abrigo, le espantaba la posibilidad de que alguien advirtiera su erección.

—Toma dos, Gaby. Luego pasaremos a los cortos.

—*OK, maestro.*

John Phillip Law y Dan van Husen salieron del campo de la cámara. Se cruzaron con ellos dos mujeres, que portaban algo largo y grande envuelto en un plástico. Madura la una, casi una adolescente la otra, al llegar junto al arco de la tortura desvelaron su carga. Se trataba de una túnica idéntica a la anterior, desgarrada esta por la furia de los latigazos. Asimismo, la peluquera y la maquilladora empezaron a

retocar la faz de la actriz, para devolverla a su estado previo de la flagelación.

Emocionalmente impelido a retomar su contacto con la realidad, Arbó comentó a Blanco:

—Esa actriz es un hallazgo.

—¿Qué te ha parecido la escena?

—Genial. Horror, fantasía y morbo. Lo mejor.

—Pues eso digo yo. Pero ya verás. Seguro que alguna crítica sostiene que el hombre lobo simboliza el inconsciente del público masculino reprimido. Bueno, o el subconsciente.

—Seguro.

—Y que el aristócrata es un trasunto del director. Porque organiza la acción, y después la ofrece y la disfruta.

—Ya, pero tú tienes que ser...

—¿Indiferente a eso? Pues claro. Lo soy, y no puedes imaginarte hasta qué punto. A quienes piensen así, que les den por su puto culo. Y por tiempos.

Satisfecho, Blanco volvió a guardar silencio. Seguramente, estaba supervisando la organización de la segunda toma. Sin apartar la vista del decorado, hablando casi para sí mismo, susurró:

—El espectáculo de la feminidad.

—¿Perdón?

—La feminidad como espectáculo. Es lo que más me gusta. Lo que más me ha gustado siempre, y más me gustará hasta que muera. ¿A ti no, Eugenio?

—Pues... creo...

—Y una mujer recibiendo latigazos, con la ropa que se va desgarrando, más y más... sin duda es una de las mejores encarnaciones posibles de la idea. Sin duda.

Arbó escuchaba. Todavía más turbado de lo que estaba dispuesto a reconocer ante sí mismo. Identificado hasta un extremo que nunca hubiera previsto.

—La mujer castigada. ¡Qué magnífica alegoría! Es castigada por ser atractiva, por seducir, por calentar. Es castigada por gustarnos. Es castigada por ser mujer, en suma. El eternamente merecido castigo de la feminidad. ¿Conoces una ficción más interesante, más viril?

—No lo sé, *Jack*. Te sigo.

La segunda toma parecía en ciernes de poder filmarse, con la actriz nuevamente vestida y caracterizada. Empero, Blanco acababa de cerrar los ojos. Apagado su tenso entusiasmo de las confesiones anteriores, su expresión cobró una tristeza enorme. Preocupado, Arbó con su mano derecha le apretó ligeramente un hombro. A lo cual él reaccionó sin abrir los ojos, susurrando:

—En cuanto a feminidad fascinante, nunca he visto nada que pudiera compararse con Isabel.

—Te comprendo, *Jack*.

—Pero Isabel ya no está. Aunque para mí... está.

La voz de Orozco sobrevoló la barahúnda generalizada, notificando:

—Listo, maestro, ¿toma dos?

Con los ojos todavía cerrados, en un volumen de voz apenas audible, notablemente compungido, Blanco respondió:

—Toma dos.

Por su lado, tras volver a limpiar las gafas, Arbó volvió a centrar la vista en la hermosa y encadenada actriz mexicana. Su imagen era exactamente la misma que antes de filmarse la toma anterior.

Removiéndose en su silla de director, se envolvió cuanto pudo bajo su holgado y viejo abrigo. Expectante, impaciente.

El espectáculo de la feminidad volvía a comenzar.

*Jack, sé que también tú ahora admirarás a Isabel como Elfriede.*

*Sin verla, nosotros la vemos. Sólo nosotros.*

**Cuando** abrió el correo electrónico de la revista, poco después de entrar en la oficina, Javier Rubio no encontró más mensaje que uno de Eugenio Arbó. Carecía de texto alguno, se trataba de un documento adjunto. Compuesto de dos partes, según prometía el renglón del asunto: el artículo sobre el regreso al cine de Jacobo Blanco con *Las noches del hombre lobo*, y la entrada de la ya enviada entrevista que le hizo junto al castillo de San Martín de Valdeiglesias.

Fastidiado, grabó el documento en la carpeta correspondiente al número de abril de *Contraplano*. Tras lo cual, procedió a imprimir sendas copias de ambos trabajos.

La señora Muñoz, conforme terminaba de beber su segundo café, interrogó circunspecta:

—¿Qué ha llegado?

—Dos colaboraciones de Arbó.

—Una la de Clouzot, supongo.

—Pues te equivocas. Son las cosas que faltaban para el bloque Jacobo Blanco.

—Me callo, Javi. Me callo, por no hablar.

Rubio asintió, y prudentemente calló también. Mientras recogía y ordenaba los folios recién impresos.

A continuación, examinó ambos trabajos. Pero sin otra intención que comprobar si el autor había respetado los contenidos y caracteres pactados en su momento. Y así era, como siempre en Arbó.

Sin embargo, el trabajo que urgía era el ensayo sobre Henri-Georges Clouzot, tal como Margarita le recordaba a la menor oportunidad. Un ensayo, por añadidura, propuesto por el propio Arbó tiempo atrás, dado que Clouzot desde siempre suponía uno de sus cineastas predilectos.

Dispuesto a llamar a su colaborador y amigo para reclamarle el texto, Rubio empuñó el teléfono móvil. Empero, antes de pulsarlo reconsideró la decisión.

Arbó era una persona tremendamente tímida y de psicología muy poco común. Era preferible no atosigarle, no avergonzarle. Por respeto a su personalidad delicada, a su triste, por no decir inexistente, vida personal.

Arrepentido, volvió a guardar el móvil, así como los papeles sobre Jacobo Blanco y su película. Y se puso a mirar el material gráfico del cine de Clouzot que tenía sobre la mesa, captado en diversas fuentes.

Pero no podía concentrarse en las ilustraciones. Estaba preocupado.

Arbó jamás había incumplido un compromiso. Posiblemente no tanto debido a un ánimo de rigor profesional cuanto por timidez, por pánico a defraudar a la persona que había confiado en su cualificación.

En cualquier caso, siempre respondió, nunca había provocado el menor problema. Ni en la revista, a lo largo de los años, ni mediante sus libros sobre Peckinpah y Laurel & Hardy.

Nervioso, se levantó del asiento y se dirigió a la ventana. Gente, coches, luces artificiales, oscuridad natural.

El problema que estaba creándose le preocupaba relativamente en un sentido profesional, en cuanto a tener paralizado un número de *Contraplano* por culpa de un único artículo. Pero le alarmaba en el plano personal. Puesto que implicaba un cambio relevante en una persona a la que conocía y estimaba a lo largo de veinticinco años.

Se aflojó el nudo de la corbata, por culpa de la calefacción.

*¿Qué sucede, Genio? ¿Qué te pasa, amigo?*

—¿Johnny? Estar sí que está, pero hecho polvo.

—Es que lo he llamado algunas veces, y no contesta nadie.

—Mire, aquí el teléfono lo atiendo sólo yo. Y salgo cuando me parece. Además, lo normal es que los inquilinos estén fuera, currando. Salvo Johnny, claro.

—¿Pero qué le ha ocurrido?

—Hace unos días le dio uno de esos ataques de los alcohólicos. En plena calle. Y no es el primero. Ni el segundo.

—Vaya...

—Los municipales se lo llevaron a una casa de socorro, o como se llamen ahora.

—Entonces Johnny...

—Se le fue la mano con el vino. No entiendo cómo, porque no tiene un duro ni quedan bares en el barrio que le fíen. Pero se le fue, y a base de bien.

—Es que tengo que hablar con él.

—Llame alguna noche, por si hay suerte. Hace un rato me asomé por su cuarto, y estaba en la cama, medio dormido. Tiritando, y oliendo a mierda.

—Qué pena de hombre.

—No, señor, no es un hombre. Es un lastre, que una arrastra como Cristo la cruz. Pero encima yo lo hago desde hace un montón de años. Y le digo una cosa: toda paciencia tiene un límite. Incluso la de una santa como yo.

—En fin, señora...

—No paga nunca. Ha sufrido varios ataques del delirio tremendo ese. Hace unos meses incluso intentó suicidarse, y lo salvaron por los pelos en la ambulancia... ¡Ya está bien, el puto chino este!

Arbó colgó despacio, sin despedirse.

Sentado junto al teléfono, apartó de la cabeza la conversación con la patrona del hostel, y consideró aprovechar la ocasión para devolver las llamadas acumuladas por la tía Aurora, en el fijo y en el móvil. Pero no se sentía con fuerzas para hablar con ella. Por el momento, no.

También tenía otro mensaje en el contestador, de la secretaria de un festival de cine fantástico previsto para celebrarse en no recordaba qué ciudad levantina. A buen seguro, pretendían alguna breve colaboración suya para el catálogo, pagada poco,

poquísimo o nada. Tampoco respondió.

En verdad, lo que debía hacer, y urgentemente, era escribir el artículo sobre Clouzot. Tanto con el fin de honrar su vieja amistad con Javier Rubio, cuanto para no verse en la necesidad de pedir más dinero a la tía Aurora.

Se levantó del asiento junto al teléfono, guiado por tal propósito. Sin embargo, en lugar de dirigirse a su estudio-alcoba, sucumbió a una tentación. Una tentación recién aflorada, interna y perentoriamente.

Pero ante todo encendió una de las dos barritas de su pequeña estufa. A partir de entonces, el salón contó con algo de calor y un estrecho haz de luz. Después, lentamente llenó un vaso bajo y ancho de vino verde muy frío. Por último, introdujo en el aparato de video su tesoro máspreciado.

Sin prisas, se tumbó en el tresillo, bajándose los pantalones del pijama y los calzoncillos bajo la manta recurrente. Cuando por fin estuvo a gusto, inició la sesión mediante el mando a distancia.

Era una cinta que le había dispuesto precisamente Rubio, años atrás, gracias al hecho de disponer de dos magnetoscopios, mediante todos los videos que él le había dejado a propósito. Consistía en la yuxtaposición cronológica de todas las escenas interpretadas por Isabel Silva.

Empezaba mediante la primera de las dos secuencias en que intervenía en el western de León Klimovsky *Un millón de dólares para cinco profesionales*. Transcurría en el típico *saloon* del género, abarrotado de gente, sofocado por el humo y bullicioso a más no poder. Isabel encarnaba una de las chicas del local, y primero aparecía en un extremo, en un plano general, riendo junto a varias compañeras, todas peinadas y vestidas con idéntico estilo. En un momento determinado se destacaba de las otras, caminando con descaro hacia la mesa donde acababan de acomodarse un manojo de cochambrosos y embrutecidos bandidos mexicanos. El líder era Fernando Sancho, desbordando con sus orondas carnes una casaca descolorida, repleta de medallas de todos los tamaños y colores; entre los secuaces se reconocía a Roberto Camardiel, Cris Huerta, Tito García y Aldo Sambrell, a cual más mugriento. Preciosa, con un lunar pintado en un pómulo y una peluca pelirroja, desplegando el punto idóneo de sensualidad, Isabel subía una pierna a la mesa de los bandoleros, ante la muda perplejidad de estos, y suavemente depositaba en el centro un pie, calzado con un coqueto botín de tacón alto. A continuación, comenzaba a elevar el vestido de bailarina y las enaguas. Con sabia y sugestiva lentitud, mostrando progresivamente una pierna muy bien torneada y embellecida por una media negra. Sonriendo a todos los mexicanos, tan insinuante y procaz para el primero como para el último. Se hacía automáticamente el silencio en el *saloon*. Un silencio tenso, anormal. Atónitos y excitados, con la sucia boca babeando, los bandidos asimilaban a duras penas lo que estaban viendo, se contenían malamente. Entonces, por fin se veía la liga. Roja, pero con coquetos adornos rosas. En consecuencia, la sonrisa de Isabel acentuaba el ánimo provocativo. Los bandidos, sin excepción, se soliviantaban

estrepitosamente, intentando abalanzarse sobre ella. Deteniéndose, empero, en el acto. Desde otra mesa del *saloon*, Anthony Steffen acababa de ordenar «¡Las zarpas quietas, piojosos!». La acción violenta se precipitaba acto seguido, mientras Isabel se ponía a salvo, aprisa y despavorida.

Como solía ocurrirle habitualmente, la escena le provocó una erección.

*Bueno, Isabel. El corazón me aseguró que te habían asesinado, y ya me falta poco tiempo para confirmarlo. Pero piadosamente me ocultó que me engañabas. Por lo menos, con un fornido andaluz, Curro.*

La siguiente y última de sus escenas en *Un millón de dólares para cinco profesionales* transcurría en una de las alcobas del piso superior del *saloon*. Steffen estaba tumbado en la cama, boca arriba con las piernas cruzadas, vestido igual que en la otra secuencia, y, tal como acostumbraba en sus películas, con el sombrero exageradamente calado sobre los ojos. Miraba, sonriendo. Pero con cierta indolencia, acremente. En el contraplano, Isabel respondía ciertamente a su sonrisa. Mas lo hacía en modo bien distinto. Con una gran sensualidad, evidenciando entusiasmo, deseo. En pie ante el lecho, vestía únicamente un ajustado corpiño negro con adornos rojos, más una gargantilla haciendo juego, además de las ya vistas medias negras con ligas rojas y femeninas botitas de tacón. El vestido de bailarina, caído sobre el piso, formaba un bulto sin importancia, y ella contoneaba el cuerpo de modo irresistible. Se exhibía, prometía. Y brindaba un exquisito mohín al oír en *off* al protagonista aclarando «Te he dicho que no me debes nada». Qué plano tan fabuloso. Sin duda, representaba uno de los mejores de la actriz antes de trabajar con Jacobo Blanco. En el plano siguiente ella entraba en cuadro arrodillándose en la cama, erguida y con las piernas entreabiertas, respondiendo lascivamente «Tampoco tú me lo vas a deber a mí»; a continuación se inclinaba poco a poco hacia el actor. En ese instante, Steffen desenfundaba a toda velocidad, y sin mover el cuerpo disparaba varias veces hacia atrás, hacia la ventana. Prácticamente al unísono se oían las detonaciones de otra pistola, el cristal roto en pedazos, el cuerpo del enemigo al acecho cayendo sobre la calle. Y cuando el héroe devolvía la vista hacia la sensual chica del *saloon*, refugiada en su pecho, advertía que ella había recibido en un costado los disparos previstos para él. O acaso para los dos.

Apagó el video, antes de que llegaran las escenas de la siguiente película, *El titán del desierto*, filmada asimismo en Almería. Y, sin poder aguantar más, procedió a masturbarse.

*Qué joven eras aquí, Isabel. Sólo veintidós años. Aunque consiguieron que representaras algunos más, por medio de la peluca, el vestuario y el maquillaje.*

*Posiblemente conociste a Curro en esta época, en el mundillo de los rodajes en Almería. Quizá incluso cuando rodaste estas escenas western que tanto me excitan Curro ya era tu hombre.*

*Lo descubriré pronto.*

*Juan Rizal y Jacobo Blanco me van a ayudar. El primero, por whisky y dinero. El*

*segundo, porque ya somos amigos.*

Sentado a la mesa de su hogar, con un batín sobre el pijama oriental de seda verde, Jacobo Blanco fumaba un cigarro, mientras sorbía lentamente una taza de café con ron.

El salón era espacioso, y estaba decorado mediante un personal gusto ecléctico: máscaras venecianas en las paredes, jarrones orientales en las esquinas, artesanía popular española y latinoamericana sobre los enseres. Los muebles y los asientos eran de bambú y mimbre, sin excepción alguna, y las paredes estaban recubiertas de corcho combinando tonos negros y verdes, al igual que el suelo y el techo.

A la izquierda de la mesa, en cierto sentido presidiéndola, aparecía una fotografía publicitaria de *Diabolik*, sujeta en sus cuatro esquinas mediante tiras de grueso celofán, en diferentes colores: rojo, negro, azul y verde. Junto a un reluciente «jaguar» blanco, la pareja protagonista, sublime y escultural, posaba en sus caracterizaciones correspondientes: John Phillip Law, embutido en su ajustado disfraz negro y esgrimiendo una pequeña ametralladora; Marisa Mell, amparada entre sus brazos, luciendo un minivestido naranja abierto por todas partes, bajo el cual llevaba un panty negro de rejilla y botas altas del mismo color. A sendos extremos de la fotografía, podían leerse aún las respectivas y cariñosas dedicatorias de ambos intérpretes, escritas para *Jack* en inglés. La fecha era «Roma, 1967».

Pese al frío ambiente, Blanco mantenía la ventana entreabierta. Apenas llegaban ruidos de la calle a tan altas horas de la noche; algún coche atravesándola velozmente, una pareja discutiendo, un loco que aullaba a las estrellas.

El rodaje de *Las noches del hombre lobo* avanzaba, sin retrasos de ningún tipo ni problemas particulares. Todo lo contrario, verdaderamente Orozco se había volcado en el proyecto, y además trabajaba a lo largo de las jornadas como el que más. Y el resto del equipo no revelaba menos entusiasmo, tanto los intérpretes como los técnicos.

Iba a ser una gran película. Debía ser una obra maestra. Tenía que suponer un bofetón en la engréida jeta del moderno cine español, un bofetón gritando a los cuatro vientos que el anciano Jacobo Blanco, el cosmopolita *Jack White* de las viejas dobles versiones, no estaba fuera de lugar. Por el contrario, significaba un auténtico mito en vida para miles de espectadores del mundo, implicaba un singular estilo de terror fantástico mediterráneo, que tantísimos aficionados querían reencontrar.

*Soy Jacobo Blanco. Soy yo, he vuelto. Y muy pronto celebraréis hasta qué punto sigo en forma y he permanecido fiel al universo que tanto habéis disfrutado. Vais a reconocerme en todos y cada uno de los planos de mi nueva obra. Del primero al último.*

*Pero, lo siento mucho, no os acostumbréis mal. Las noches del hombre lobo supondrá mi regreso, pero también la muerte definitiva de este tipo de cine. Porque únicamente yo puedo abordarlo. Y yo no haré más películas, no tengo por qué hacer*

*ninguna tras Las noches del hombre lobo. Además, aunque quisiera, tampoco podría.*

Tosió un poco, e intentó mitigar la tos mediante la bebida. Logró justo lo contrario. Sin embargo, continuó fumando, en la silente penumbra de su hogar.

Se alzó pesadamente del asiento, cuando terminó de beber. Y encendió otro cigarro, mientras encaminaba sus pasos hacia el dormitorio.

Andaba despacio, e incluso así un par de veces debió apoyarse en la pared del pasillo. Toda su materia protestaba, gemía. Cada paso, hasta el más leve de los movimientos, implicaba padecimiento corporal.

Entró por fin en la alcoba. Pero lo hizo evitando ver su alarmante estado reflejándose en el espejo que colgaba a la izquierda de la puerta. Se dejó caer sobre la cama, aliviado, con el cigarro agonizando entre los secos y agrietados labios.

En la mesita de noche, entre sombras, la azafata Isabel Silva mantenía su sempiterna pose enmarcada. *Sexy Show.*

Reprimiendo difícilmente otro ataque de tos, Blanco arrojó la colilla cuan lejos pudo y se metió en la cama, con el batín puesto.

*Esta película me la debía a mí mismo, Isabel. Mejor dicho, me la debía a mí porque te la debía a ti. En cuanto esté dispuesta para el estreno, podremos descansar. Podrás descansar tú, podré descansar yo. De una vez, y para siempre.*

*Pero vamos a ver lo que sucede a partir de entonces con mi rival, el amigo Eugenio Arbó. Sabes, cariño, le menosprecié al principio, cuando nos conocimos. Me precipité al catalogarlo, me equivoqué. Es un hombre que vale, tiene cabeza.*

Recogiéndose todavía más dentro del batín, abrigado por dos gruesas mantas, Blanco cerró los ojos. Deseando que no tardaran mucho en superar el escozor.

*Eugenio está cerca de mí. Me comprende, se identifica. Pertenece a nuestro mundo, Isabel, es lo que quiero decir.*

*Sabe mirar. Te lo aseguro, créeme. Me lo reveló el otro día, cuando rodamos con la zorra mexicana la fabulosa escena de la flagelación. No le importó delatarse. O acaso prefirió hacerlo, en confianza.*

Finalmente, una oscuridad cerrada envolvió la alcoba. Pero su propietario, temblando, rechazaba el sueño.

*Cuánto disfrutaría Eugenio viéndote como te veo yo, Isabel. Qué dichoso sería estando a mi lado, compartiendo mis visiones, ciertas noches de luna llena unificadas por un solo color. Lo sé.*

*Sabes, empiezo a sospechar que también le gustaría hacerte lo que te hice yo al final. Durante la última sesión, en negro.*

**Mientras** la tía Aurora terminaba de retocarse mediante un espejo de bolsillo, Eugenio Arbó entró en la sala del restaurante «Los arrieros». Contenta, apenas verle guardó a toda prisa los enseres de belleza personal, empezando a incorporarse.

—No seas tan formal, no te levantes.

Besándole sonora y cariñosamente en ambas mejillas, la anciana respondió:

—Lo hago encantada. Además, aún no tengo la edad en que te pesa el cuerpo.

Arbó sonrió con simpatía, colgó su abrigo en el respaldo de la silla, con los guantes recogidos en los bolsillos respectivos, y se sentó igualmente.

—Me ha dicho el maître que encargaste la comida justo para esta hora.

—Exacto. De un momento a otro, tendremos delante un gran cocido maragato.

Sonriendo, la tía Aurora empezó a observarle. Con atención y meticulosidad, sin ningún disimulo. Indudablemente, su sobrino estaba cambiado. Había cambiado.

—¿Por qué me miras así?

—Quiero saber cómo está mi familia.

—A la vista está.

Superficialmente, se apreciaba que el escritor había perdido peso. Del mismo modo, la tez resultaba menos lechosa, denotaba mayor definición.

Justo entonces, el maître apareció y se enfrascó en la proverbial conversación profesional con el hombre de la mesa. La mujer se mostró ausente, asistiendo de modo mecánico a las corteses sugerencias del otro comensal respecto al tipo de agua y de vino.

Desde que pisó el salón, su atención estaba concentrada en la nueva personalidad de su sobrino. Irrefutablemente, tal como apreció la última vez que lo viera, ya era un hombre. Pero ahora había algo más. Algo relevante, que interesaba averiguar lo antes posible.

—Bueno, tía, todo te parecía bien...

—No pretenderás que discuta la comida, encima que me sacas.

—Tampoco es eso.

—¿Cómo que no? No te costaba nada venir a casa, como siempre. Y en cambio, has preferido que nos viéramos aquí. Para que esta vieja salga un poco. ¿No es un detalle precioso?

—Pienso que sí. Aunque también es verdad que invitas tú.

—Eso es lo de menos. Lo que cuenta es el detalle, insisto.

El escritor respondió por medio de una sonrisa dulce. Apretando con la mano derecha la diestra de la anciana. Su expresión era tierna, sin duda. Pero asimismo delataba que escondía pensamientos extraños, ideas poco fáciles de comprender.

—¿Cómo van las cosas, *Genio*?

—No tan mal. He entregado un artículo y una entrevista. Y dentro de un par de días tengo que mandar también un ensayo, largo y ambicioso.

—¿Y no hay otras cosas... en perspectiva?

—¿Por ejemplo?

—No sé... buscar trabajo en más revistas. O en festivales, tantos como hay. También podrías escribir otro libro.

Una camarera interrumpió la conversación, depositando sobre la mesa varias bandejas humeantes. Verduras, carnes, legumbres. Mientras las repartía armoniosamente en el centro, llegó otra camarera, trayendo una botella de vino rosado y otra de agua mineral sin gas.

—Qué buena pinta tiene todo.

—Pues ataca, *Genio*. Que has adelgazado.

—Lo sé.

—¿Y por qué? ¿Es que no comes?

—No digas tonterías.

—Entonces, es *la* Isabel.

Arbó asintió en silencio, mientras iba sirviéndose diferentes porciones de las bandejas, que después combinaba en su plato.

—*Genio*, ¿qué ocurre? La relación... ¿no cuaja?

—Sí pero no. O no pero sí. Realmente lo ignoro.

La tía Aurora colmó de líquido los vasos, tanto los de agua como los de vino. Acto seguido, entrechocó el suyo de vino con el de su sobrino, y ambos brindaron y bebieron mudamente.

—¿Qué sucede, exactamente?

—Son cosas... un poco raras.

—A mí puedes contármelas. He vivido un poco.

—No, si en realidad... quizá no sea nada del otro mundo. Es que hay... hombres de su pasado, que no terminan de desaparecer.

La anciana alteró un poco la expresión. En parte por perplejidad, en parte por indignación. Antes de hablar, se sirvió comida a imitación de su sobrino, y bebió un buen trago de vino.

—*Genio*, no me vengas con esas niñerías. Hombres del pasado. Tú la has conocido cuando la has conocido, y punto.

—Eso es muy fácil de decir, pero muy difícil de superar. Por lo menos para mí, que no tengo... tanta experiencia.

—No le des importancia a eso. En vez de sufrir por cosas que no pueden solucionarse, piensa en lo bonita que puede ser tu vida desde ahora. Con ella.

—Sí, ya. Pero es que estos hombres... ya te digo, no terminan de desaparecer.

—Pero ¿hasta qué punto siguen en su vida?

—Hasta qué punto exactamente... lo ignoro.

—Comprendo. Y... ¿cuántos son?

—Dos. Uno se llama Curro, y es andaluz. Y otro Jacobo, de Madrid.

La tía Aurora volvió a callarse, y se concentró en comer los garbanzos, pequeños

y deliciosos. Sin dejar de estudiar la expresión de Eugenio, de intentar penetrar en el interior de sus cavilaciones. ¿Su cambio personal se había intensificado sólo por culpa de los celos?

—*Genio*, déjame decirte una cosa.

—Hazlo.

—Cuando una mujer se enamora, automáticamente supera su pasado.

—Ya.

—E Isabel no puede ser distinta. Todas somos iguales. Te lo digo yo.

Arbó llenó por segunda vez su vaso de vino, e hizo lo propio con el de su tía, aunque a ella todavía le quedaba líquido. Empero, el sonido del teléfono móvil detuvo su mano justo cuando estaba a punto de beber.

—Perdona un momento, tía.

—Claro.

Extrajo el aparato de uno de los bolsillos exteriores del abrigo, y miró la pantallita. Jacobo Blanco.

—Es de la revista. Ya les llamaré yo más tarde.

La mujer sonrió en señal de acuerdo, y se sirvió más comida, siguiendo el mismo principio de la vez anterior. Un poco de cada bandeja, revuelto en el plato.

—Está riquísimo, todo. Y todavía queda la sopa, para el final.

—Es verdad. ¿Por qué lo hacen así?

—Es una costumbre maragata, tía. Tradiciones.

—Perdona, *Genio*, pero la relación actual de Isabel con esos dos hombres... ¿cómo es?

—No tengo ni idea. Ella nunca quiere hablar de eso.

—Pero contigo... ¿Isabel está bien?

—A nuestra especial manera. Pero sí, está bien.

Siguiendo una muda señal de Arbó, las camareras retiraron las bandejas parcialmente vacías, al igual que los platos con comida a medio terminar. En su lugar, trajeron la sopera y platos hondos. El hombre asimismo solicitó otra botella de vino, idéntica a la previa, la cual había bebido él en gran parte.

Ambos empezaron al mismo tiempo a comer la sopa. Caliente, densa, sabrosísima. Habían vuelto a guardar silencio, roto cuando Arbó agradeció a la camarera la segunda botella de vino rosado.

—No bebas tanto, niño. No estás acostumbrado.

—Tú tranquila.

La anciana asintió, no muy convencida, y también ella bebió un poco más. Aprovechando que el silencio había vuelto a imponerse, persistió en la tenaz e interesada observación de su sobrino.

Cuando el hombre estaba terminando su plato de sopa, y había bebido dos vasos más de vino, Aurora alcanzó su conclusión.

No dudaba en el diagnóstico. Eugenio estaba obsesionado. Enfermiza y

alarmantemente obsesionado. Con toda probabilidad, por Isabel y sus hombres.

—¿Postre, tía?

—No, gracias. Un cafetito.

—Vale. Yo tomaré un té.

Apenas acordar esto, volvió a aparecer la camarera, y apuntó los pedidos. Su marcha con el fin de encargar el café y el té prácticamente coincidió con la vuelta de la otra camarera, dispuesta a retirar el servicio anterior.

—Te has quedado muy callada.

—Es que me tienes preocupada, *Genio*.

—¿Por?

—Estás cambiando.

—Eso habéis querido siempre.

—Sí, pero...

—¿Pero, qué? Especifica.

—Te has vuelto... más decidido, más masculino. Y eso está bien.

—¿Y qué está mal?

—Que te veo también un poco... psicópata.

La primera camarera depositó sobre la mesa limpia ambas bebidas humeantes, junto con los complementos habituales. Apenas se daba la vuelta, Arbó sonrió. Pero era una sonrisa especial, a la par viciosa y desesperada, que ella jamás había visto en su rostro. Y que nunca hubiera concebido en su boca.

—¿Qué llevas en ese bulto, tía?

—Un regalo, que creo que necesitas.

—A ver.

La mujer respondió abriendo la bolsa comercial. Intranquila por el descubrimiento psicológico que había hecho, y casi en mayor medida por la muda pero elocuente reacción de su sobrino. Esa fugaz e inolvidable sonrisa extraña.

El regalo consistía en una chaqueta-anorak, combinando los colores negro y gris, con un forro interior de lana. En cuanto desplegó y admiró la prenda, Arbó agradeció vivamente el regalo, gesticulando mucho, contento como un niño.

—¿Qué cosas tienes, tía...

—Pensé que en tu nueva etapa ya no pinta nada el triste abrigazo de siempre. Ahora necesitas algo más deportivo, más moderno.

—¡Muchas gracias!

Aurora asimiló los besos de agradecimiento, reprimiendo las lágrimas de emoción. Su preocupación anterior se disipaba rápidamente, en el seno de la dicha familiar.

Psicópata o no, su sobrino había mejorado su personalidad. Cruzada la barrera de los cincuenta años, se había superado a sí mismo. Esto era lo único importante.

Aunque Isabel y Curro se habían retrasado varios minutos respecto al horario de

inicio, la espera era disculpable.

Enseguida se situaron en el espacio justo, brindando la perspectiva correcta para Blanco. Habían recibido las instrucciones con la necesaria antelación, y sin duda las seguirían, por lo menos en la primera parte. Después eran libres de improvisar, pero hasta cierto punto y siempre que no olvidaran determinados ingredientes cardinales. Por supuesto bajo la muda autorización del director, a quien ella debía mirar con frecuencia, pero sin desvirtuar las situaciones.

El vestido de novia que Isabel lucía en verdad era fascinante. Respetaba los patrones usuales, pero diversos toques de imaginación fetichista lo singularizaban. Sin duda, era una obra maestra de diseño de vestuario, que sustituía el color blanco tradicional por un rojo fortísimo, estallante. El único color que podía verse ahora en la cámara, en cualquiera de las partes y complementos.

Sentada en el borde del lecho, Isabel cruzó las piernas con su gracia proverbial y de forma que pudieran apreciarse las medias de red bajo el vestido, asimismo rojas, como los zapatos.

Enfrente suyo, erguido y desnudo, fuerte y veloso, Curro se mantenía a la espera, cual escultura confiando cobrar vida. Ella debía empezar la acción, en cuanto se lo indicara su director.

Con el rostro reconfortado bajo la luz del plenilunio penetrando por el ventanal, hirviendo de expectante lujuria, Blanco aflojó el kimono rojo que llevaba como única vestimenta.

En respuesta, Isabel removi6 sensualmente las caderas. Su cuerpo apetecible y curvilíneo crujía de impaciencia.

Blanco respondió mediante un leve asentimiento de cabeza. Y ella se lo agradeció calurosamente, con su sonrisa especial.

*Mi querida Isabel, nuestro arco iris íntimo destapa un nuevo color.*

*Y bordarás tu parte con la misma brillantez que en los cuatro anteriores. Tal como me aseguraste, tu sexualidad disfruta con todo.*

*Para mí. Más allá del tiempo.*

**Fumando** sin entusiasmo un cigarrillo a base de ginseng mentolado, la señora Gutiérrez ojeaba, más que leía, una cara revista enfocada al mercado femenino.

Siempre las mismas imágenes, siempre los mismos temas, siempre el mismo enfoque. Cómo parecer más inteligente, cómo resultar más ingenua. Cómo impedir que te toquen en el trabajo, cómo conseguir que no te toquen en el trabajo. Cómo tener más culo, cómo tener menos culo.

Se removió en el asiento, molesta. Los cigarrillos que con tantas esperanzas adquiriera en un herbolario cercano apenas aliviaban su adicción al tabaco. Casi se arrepentía de la compra.

Repentinamente, sus ojos se detuvieron en el reportaje fotográfico de dos jovencísimas y atractivas modelos, luciendo sucintos bikinis floreados en unos ambientes paradisíacos. Sonrió con melancolía. Ambas se parecían mucho, muchísimo, a ella misma... treinta y cinco años antes. Es decir, cuando actuaba en coproducciones de aventuras y terror, con el nombre artístico de Lona Sherman.

Fascinada, se reconocía incapaz de apartar los ojos de aquellas dos modelos, y se recreó en sus diversas poses, todas de inocente sensualidad publicitaria. Además, cualquier distracción resultaba preferible antes que seguir repasando la desoladora contabilidad del negocio conyugal, ese taller de compra-venta de coches de ocasión tan próspero tiempo antes, pero que había ido decayendo progresivamente desde la implantación del euro. La gran estafa del siglo XXI, en todos los órdenes y sentidos, desde el puramente económico al ideológico y hasta moral.

Harta del cigarrillo sin nicotina, lo mató en el cenicero cercano y se frotó con fuerza las manos enrojecidas por el frío. Su despachito para la administración, encristalado en el primer y único piso del taller, no tenía más calefacción que una estufa eléctrica, de tamaño aparatoso pero eficacia limitada y olor molesto.

Lona Sherman. Pocos días antes, el escritor a quien esperaba le había recordado a Lona Sherman. Qué bella, qué temperamental era Lona Sherman. Muy latina, verificando su etnia andaluza. Pero con un estupendo toque exótico en los ojos, lo cual permitía fácilmente que encarnase personajes de ambientes fantasiosos y novelescos.

Durante los pocos años que abarcó su carrera, trabajó invariablemente en roles de reparto, pero sin apenas intervalos. Cuatro días en esta película, seis en aquella. Haciendo de vampira, espía, bailarina, amante, prostituta, lesbiana. Con doble versión, sin doble versión. Viajando de continuo, despertándose a media noche sin recordar en qué ciudad estaba durmiendo. Barcelona, Almería, Lisboa, Roma, Milán, Marsella, Berlín.

Pero murió aquel tipo de cine, en un santiamén. Y como consecuencia también desapareció el doblaje de los intérpretes españoles con un acento ajeno al castellano,

inviabile para los personajes cuya índole no lo justificase.

Ciertamente, debía agradecer, y en grandísima medida, su boda pocos años después con un honesto comerciante del ramo del automóvil, así como tenía que celebrar su destreza para aprender en poco tiempo los rudimentos de una modesta administración empresarial. De este modo, el matrimonio había conseguido vivir más que holgadamente a lo largo de los decenios, tras el fin de la relación entre la mujer y las cámaras. Justo hasta que la crisis del euro se desplomó sobre ellos, cual inesperada maldición, injusta y terrible. Provocando, para empezar, que se vieran forzados a despedir tres de los cuatro mecánicos, a cual más competente, y a la secretaria, que virtualmente había significado la hija que nunca tuvieron.

Sin apenas percatarse, empezó a acariciar lentamente el cuerpo de las dos modelos en bikini, mediante sus dedos gruesos, rugosos y ateridos por el frío. Eran preciosas. Rebosaban hermosura y vitalidad, coquetería y juventud.

Pero el rostro, pelo, tipo, porte, estilo... de Lona Sherman habían sido comparables a los de las chicas que ahora estaba acariciando, en frío y lujoso papel satinado. Comparables, e incluso mejores. Más expresivos, sensuales, rotundos.

Lona Sherman. Siempre quiso ser Lona Sherman, nunca quiso dejar de ser Lona Sherman.

Cerró la revista despacio, con los ojos enrojecidos. De rabia, de envidia, de nostalgia.

Un crítico de cine, culto y preparado según se desprendía de su firme manera de hablar, le había recordado pocos días antes que esta mujer otoñal y deformada, administrando un negocio en vías de quebrar, fue la radiante Lona Sherman.

Un par de golpecitos en la puerta de cristal la obligaron a reaccionar. Eugenio Arbó, seguramente. Abstraída en sus recuerdos, herméticamente encerrada en su cubil, no le había oído subir por la escalera metálica.

—Adelante, está abierto.

El visitante obedeció, saludando sonriente con la cabeza. Era un hombre alto y grueso, nada guapo y que apenas conservaba cabellos. Vestía un bonito anorak de medio cuerpo, y tras sus feas gafas vibraba una expresión poco común, entre patética e inquietante.

—Buenos días, señora Gutiérrez.

—No, por favor. Llámame Lona.

—También yo lo prefiero así.

—Y siéntate.

Arbó lo hizo, y a continuación se desabrochó el anorak. Sonriendo, su anfitriona comentó:

—Yo de ti no me lo quitaría.

—Prefiero hacerlo, gracias.

—Allá tú, pero ya ves el frío que hace aquí dentro.

—Yo antes era friolero. Pero ya no lo soy. Ni siquiera en este mes.

—Han dicho en la tele que este es el invierno más frío de Madrid en no sé cuántos años. Y que cuajará la nieve en la capital, un día de estos.

—Pues me encantaría. Ya ni me acuerdo de la última vez que vi nieve en Madrid.

La mujer asintió en silencio, mientras se atusaba discretamente el voluminoso pelo, teñido de negro intenso y asfixiado bajo la capa de laca.

—Perdona, Eugenio, pero ¿cómo obtuviste mi teléfono?

—Me lo facilitó la esposa de José Luis Mateos. El operador, ya sabes.

—Cómo no lo voy a saber. José Luis. Qué gran técnico y qué gran persona era.

—¿Era?

—Claro. Murió hace unos días.

—¿Qué?!

—Sí, me llamó su esposa, Tere, para comunicármelo. Estaba destrozada. También ella es muy buena persona.

—Yo estuve con él hace tan poco tiempo...

—Iban a operarle los ojos.

—Lo sé, me lo contó Tere.

—Pero pocos minutos antes de la operación, se le paró el corazón. De miedo.

Arbó quedó sin palabras, asimilando la trágica noticia mientras colgaba el anorak del respaldo del asiento. Parecía lamentarlo verdaderamente.

—Más que tú lo siento yo, Eugenio. Pero dejemos eso. ¿En qué puede ayudarte Lona Sherman?

—Sabes, a mí me gustaban mucho el tipo de películas que hacíais. Crecí viendo esa clase de cine español.

—Gracias, corazón. Muchas gracias. ¿Pero por qué te gustaban tanto?

—Crecí odiando España. Me espantaba todo lo que fuera directamente español, orgullosamente español. En cambio, vuestras películas siendo españolas procuraban no parecerlo. Y esto para mí ya era admirable, de entrada.

Sin la menor duda, el escritor hablaba con sinceridad y conocimiento de causa. Sus palabras y entusiasmo removían positivamente su pasado bajo los focos, despertaban una emoción creciente en su interior.

—¿Qué bien lo has resumido!

—Y yo te vi en muchas películas.

—¿Dónde te gusté más?

—En un western hecho en Almería, *Si te vuelvo a ver, te mato*.

—Ah, sí. Muy bueno. Yo hacía de una golfa mexicana, que se acuesta tanto con el bueno como con el malo.

—Justo. ¡Estabas fantástica!

La exactriz agradeció el elogio con una gran sonrisa, conmovida. Nunca había imaginado que tuviera un admirador ferviente desde tanto tiempo atrás, en pocos años menor que ella. Reconfortada por la calidez de tan gratos recuerdos, ya no sentía el frío invernal ni el hedor de la estufa.

—Dime más películas más que te gustaran.

—Otra coproducción con Italia, *Tres muñecas rosas manchadas de rojo*.

—¡Es verdad! Me acuerdo como si fuera ayer. Yo era una bailarina lesbiana, que estrangulan en un museo de Florencia.

—Exacto. Uno de los mejores crímenes de la película.

—Tú lo has dicho.

Arbó continuó recordándole películas y papeles durante un buen rato más, que resultó tan divertido como entrañable. Ignorando su teléfono móvil, que sonó un par de veces en un bolsillo interior del anorak.

No obstante, tiempo después el espejismo comenzó a disiparse. Aquel extraño y feo escritor no había contactado con ella por interés respecto a Lona Sherman. En absoluto. Cierta brillo en su mirada, cierto temblor en su cuerpo, le delataban. Empezaba a impacientarse.

Con todo, estaba igualmente claro que siempre le había gustado la fabulosa Lona Sherman. Por supuesto.

—Te agradezco mucho tus palabras, Eugenio. Sé que son sinceras, y me han traído recuerdos bonitos. Pero ahora al grano, ¿qué quieres de mí?

Impactado por una pregunta con cuya rotundidad no contaba, Arbó quedó en silencio durante unos segundos. Se ajustó las gafas y cambió de postura en el asiento antes de responder.

—Verás, la esposa de Mateos, bueno, Tere, me dijo que podías ayudarme en averiguar lo que pasó con una actriz amiga tuya.

—¿Cuál?

—Isabel Silva.

Aún no había empezado Arbó a pronunciar el apellido cuando la mujer frunció el ceño. Tomó su tiempo antes de responder:

—La portuguesa.

—Exacto. Trabajó contigo en dos películas. La primera es *Mini vestido, maxi abrigo*, donde hacía de una compañera tuya de la oficina.

—Cierto.

—Y la segunda la que decíamos de las muñecas. Era otra víctima, a la que mataban en un ascensor.

—Cierto también. Pero Isabel y yo no fuimos tan amigas, Tere exageró. O se ha confundido, con lo que ha llovido desde entonces.

—Lona, a finales del 71, o primeros del 72, ella desapareció sin dejar rastro. ¿Sabes tú algo de esto?

—¿Y a ti qué te importa?

—Necesito saberlo. Será una parte importante en un libro que estoy preparando sobre Jacobo Blanco.

—Toma ya. El famoso *Jack White*. Menudo elemento. Me llamó para una de sus pelis de terror con los alemanes, donde supongo que estaba Isabel. Yo le dije

educadamente que tenía otra firmada justo para las mismas fechas. Que lo sentía mucho, pero no podía ser. Y le sentó fatal, poco le faltó para mandarme a la mierda. No volvió a llamarme para nada, por supuesto.

—Lo siento, no sabía que él...

—¿En serio vas a escribir un libro sobre esa hiena?

—Pues sí. A mí me gusta. Y no soy el único. Ahora es de culto.

—¿De culto? Nunca había oído eso.

—Y ya sabes, Isabel trabajó varias veces para él.

—Sí que lo sé. Por supuesto. Pero al tema. ¿Qué quieres que te diga de ella?

—Lo que puedas. No sé casi nada. Eres mi gran esperanza, Lona.

La mujer sonrió, saboreando la importancia que encerraba para el escritor. Pero antes de hablar, abrió el primer cajón de su escritorio y con parsimonia extrajo un cigarrillo de la cajetilla que allí guardaba. Un cigarrillo auténtico.

—Verás, Isabel era una chica... a ver cómo te lo explicaré. En los rodajes, amiga de todos y de nadie. En la vida, bastante encanto, poca cultura.

—¿Un diamante en bruto?

—No te pases. Vestida y pintada adecuadamente, daba el pego durante el tiempo necesario. Pero hasta ahí llegaba el invento.

—Ya... ¿y su vida personal?

—Vivía en un apartamento, con un novio que se trajo de Andalucía.

—¿Curro?

—Digo.

—¿Cómo era?

—Alto, fuerte, medio gitano. Se conocieron en Almería, y allí surgió el amor. Bueno, el amor o sabe Dios.

—Entonces, ¿tú no crees que estuvieran enamorados?

—No sé qué decirte. Unidos sí que estaban, pero quizá no por el amor, sino por... intereses. Mi novio de entonces, que era un foquista, y yo salimos un par de noches con ellos, después de terminar el rodaje de Lazaga. Pero nos dio en la nariz que escondían ideas raras, no era una pareja como es debido.

—¿No puedes ser... un poco más explícita?

—Pues no, porque tampoco puedo decirte nada concreto. Pero a veces me daba la sensación de que nos estaban tanteando. Como si hubieran planeado que entráramos con ellos en algo... extraño. Y si aún no me entiendes, que la Virgen te conserve la inocencia.

El escritor apretó los dientes y tragó saliva. Claramente, las últimas palabras le habían afectado, y mucho. Cuando reaccionó, evidentemente sin haberse recuperado del todo, volvió a preguntar:

—¿Cómo fue vuestra relación durante el rodaje de la película de las muñecas?

—Buena pero breve, porque ambas teníamos un papelito, y sólo hacíamos juntas dos escenas. Pero recuerdo que Blanco la llamó varias veces al hotel, en Florencia.

Isabel no quiso contarme nada, pero noté que él quería que volviera cuanto antes a Madrid.

—¿Por qué, eran amantes?

—Lo que se entiende por amantes, lo dudo mucho. Que se sepa, Blanco nunca ha tenido mujer ni amante. No es normal.

—Quizá la llamaba para hacer con ella una película nueva.

—U otra cosa. Más especial.

El visitante pareció encajar mal el tono irritantemente malicioso de las últimas palabras, mientras miraba fumar a su sonriente interlocutora. Empero, lo importante es que ella durante unos momentos había vuelto a sentirse actriz. Remarcando el misterio implícito en su diálogo mediante la expresión corporal y una dicción sensual, justo como si estuviera interpretando un primer plano de gran relevancia.

—¿Por ejemplo?

—Ni idea. Ya te digo, mi novio y yo preferimos apartar la amistad con Curro y ella. Nos daban coraje. Pero entre Isabel y Blanco había algo. Algo morboso.

—Algo morboso...

—Si este tipo de información también te interesa, ya la tienes.

—Pero Isabel, ¿cómo desapareció?

—Se dijo que lo dejó todo de la noche a la mañana para irse a Brasil. No sé más, fue un rumor que corrió.

—Sabes, yo pienso que tenía un gran futuro en el cine...

—¡Un gran futuro en el cine! No me hagas reír. Tenía todavía más acento que yo. Porque yo lo tengo andaluz, y punto. Pero ella ni siquiera hablaba bien el español. Desengáñate, a Isabel le quedaban en el cine tres o cuatro años. Que fueron los que duré yo, claro. Los años del doblaje de españoles con acento.

Arbó asintió, visiblemente entristecido. En verdad, para aquel hombre Isabel Silva parecía significar algo singular, encerrar una relevancia de tipo personal, muy por encima de una documentación para un libro.

Sin poderse reprimir más, incluso arrepentida, la mujer deshizo su puntual actitud de exvampiresa para romper el amargo silencio. Apretando tiernamente un hombro del escritor, le dijo con un tono casi maternal:

—Ignoro por qué te interesa realmente Isabel, pero sé que no es por las cuatro cositas que hizo como actriz.

Arbó siguió inmóvil y silencioso. Escuchando.

—Es asunto tuyo, Eugenio, y no te lo voy a preguntar. Además, que no me importa. Pero no sufras ni te preocupes más por ella. Te juro por mi madre que no se lo merece.

El escritor bajó la mirada, incapaz de sostenerla con la mujer. La cual agregó, introduciendo cierta melodramática sonoridad en el tono:

—Isabel era una perrita en celo entre dos lobos hambrientos. Un macarra sin cerebro y un peliculero baboso.

Arbó mediante su diestra apretó durante unos segundos la mano de la mujer, agradecido por el cariño y la confianza, pero íntimamente turbado. Ella, animada, continuó:

—Le gustaba aprovecharse de su bonito cuerpo. Bueno, su bonito cuerpo, con una importante capacidad de adaptación a... todos los gustos. Me lo confesó ella misma, la noche que cenamos juntas en Florencia. Las dos solas, hablando de mujer a mujer. Ahí terminé de calarla. Y de comprender que algo hacía con Blanco, cine aparte.

El visitante volvió a elevar su mirada. Pidiendo, suplicando saber más.

—Algo sexual, por supuesto. Pero que no era follar. Porque esto no le hubiera importado contármelo. Algo... morboso, ya te digo.

Con dulzura, pero firmemente, Arbó por fin apartó la mano de la mujer de su brazo. Y a continuación, se miró en sus ojos.

—Eugenio, ¿te compensa profundizar?

—Ya no puedo retroceder.

—Pues yo no puedo ayudarte más. Pero seguro que has captado lo que he dicho. Y no ha sido poco.

—Una última cuestión.

—Si puedo responderla, no hay problema.

—¿Sabes si Curro se fue con ella?

Impactada por la pregunta, la mujer calló. Poco después abandonó el asiento, dirigiéndose hacia la ventana. Y desde allí se puso a contemplar al único empleado que le quedaba, quien estaba trabajando en el motor de uno de los coches que vegetaban en la pequeña superficie del taller. Respondiendo sin mirar al visitante, dijo bajando la voz:

—Al Curro lo asesinaron.

—¿Qué?!

—Isabel desapareció a finales del 71 o primeros del 72, como sabes. En cambio, Curro siguió en Madrid. Yo lo vi un par de veces por la calle, y me hice la sueca. Estaba cada vez más hecho polvo, seguramente había caído en la bebida. O tomaba drogas. Y desde luego con esa pinta no podía tener trabajo de nada.

—Lógico.

—Algo oí que empezó a tratarse con gentuza. Con una gentuza cada vez peor. Y hacia el 73 o el 74, no me acuerdo bien, apareció asesinado en un basurero de las afueras. Cosidito a navajazos, de arriba a abajo.

—Pero no se descubrió...

—Yo creo que ni se iniciaron las investigaciones. No tenía familia, había perdido los amigos y la novia, era escoria. ¿Para qué se iba a molestar la policía ni nadie en averiguar lo ocurrido? ¿A quién le importa? A otra cosa, mariposa, que decíamos entonces.

El visitante se puso en pie, y volvió a enfundarse el anorak. Sus previos estados

de ánimo parecían superados, casi por completo. O acaso habían sido reciclados, en el conjunto de una faz adusta e inexpresiva.

Por su parte, la mujer continuaba observando al maduro mecánico en su solitaria labor, mientras volvía a acusar el frío que reinaba en el despacho y el hedor de la estufa. Mientras duró la conversación, no había entrado nadie en el negocio, ni por equivocación. Y ya se avecinaba la hora de cerrar para la comida.

Suspiró, retocándose un poco el pelo. Realmente, qué lejos estaba Lona Sherman.

—Bueno, Lona, ha sido un placer. Tengo que agradecerte...

La exactriz giró el cuerpo en dirección al escritor, que extendía la mano en ademán de estrechársela. Ignorando el gesto, volvió a situarse tras la mesa. Con una expresión completamente nueva, como si se hubiera transformado en otra persona, y un tono de voz asimismo distinto, aunque fiel a su acento sevillano, le cortó diciendo:

—Déjate de despedidas, que quiero decirte otra cosa.

—Escucho.

—Te vendo ahora mismo un coche. Fenomenal y baratito.

—Verás, yo...

—De segunda mano, claro. Pero funciona de lujo. Vamos abajo, que vas a probarlo, hombre.

—Lona...

—Por el dinero no te preocupes. Te hago un precio.

—Es que yo... no sé conducir.

—¿¿Qué?!

—Como lo oyes. No tengo coche, ni el carnet, ni nada.

Con la expresión a la par furiosa y abatida, la mujer abrió el primer cajón del escritorio para extraer nuevamente la cajetilla de tabaco.

—O sea, que después de todos estos dimes y diretes, ¿ni siquiera vas a comprarme un puto coche, encima que te lo dejo por cuatro duros?

—Si es que no lo quiero para nada...

Sentándose, la exactriz encendió un cigarrillo, y aspiró una profunda calada. Su expresión iracunda iba enfriándose progresivamente, por efecto de la nicotina.

—Largo de aquí. Ahora mismo.

Arbó obedeció de inmediato. Mientras terminaba de bajar los escalones metálicos, acaso no oyera a la ex Lona Sherman gritando desde su asiento:

—¡Y púdrete! ¡Pero de la manita con la zorra de Isabel!

**René** Orozco estaba maravillado por lo que veía a su alrededor, mirase donde mirase.

En su momento, no había podido visitar personalmente la localización, por hallarse todavía en México D. F. ultimando gestiones. Por consiguiente, la aprobó sin más perspectiva que las descripciones entusiastas y las múltiples fotografías que le llegaron, tras la expedición efectuada expresamente por los cabezas de cada departamento de la película. Una expedición presidida por el veterano jefe de producción, el castizo Julio Arredondo, y lógicamente por el propio director, Blanco.

Ahora, cuando la pisaba materialmente y la veía con sus propios ojos, había perdido el habla a causa de la emoción estética.

—¿No hay palabras, eh?

—Tú lo has dicho, *Jack*.

El ruinoso monasterio medieval de Santa María la Real de Valdeiglesias desprendía una magnificencia extraordinaria, que en mayor o menor grado afectaba palpable mente a todos los miembros del equipo de rodaje. Hormigueando de acá para allá con el fin de disponer la filmación, nadie era inmune al excepcional encanto fúnebre del lugar. Aunque tal vez al director de fotografía, Avelar, se le veía especialmente emocionado, dadas las grandes posibilidades plásticas que captaba por doquier.

Satisfechos en idéntica medida, Orozco y Blanco se sentaron sobre heladas piedras, en silencio. Soplaban un viento gélido entre las ruinas, agitando la vegetación con una sonoridad aterradora. La temperatura ambiente apenas sobrepasaba los cero grados.

John Phillip Law, ya vestido y caracterizado para la secuencia, pasó junto a ambos fugazmente, caminando mediante sus grandes zancadas. Con una sonrisa de entusiasmo, trazando un gesto con la diestra que abarcaba la totalidad del monasterio, les comentó:

—*Very special!*

Orozco y Blanco asintieron, sonriendo asimismo dentro de sus prietas vestimentas invernales. Mientras el actor se alejaba a fin de seguir explorando el secular monasterio, el productor afirmó:

—El gringo nunca sufre frío o fatiga.

A lo cual el director, mientras abría su carpeta, respondió:

—Él sí que es muy especial.

Pocos días antes, Orozco había buscado información sobre el lugar. Se trataba nada menos que del monasterio más antiguo de la provincia de Madrid, anterior incluso a los más célebres del Paular y del Escorial, y fue edificado hacia 1150, aglutinando los doce eremitorios existentes con anterioridad, a lo largo del denominado «valle de las iglesias», junto al pueblecito de Pelayos de la Presa y el

gran pantano de San Juan. Unos veinte años más tarde, el rey Alfonso VIII incorporó monjes de otro monasterio, el de Santa Espina de Valladolid, y desde entonces pertenecería a la orden del Císter. El estilo románico con que se diseñó al principio fue incorporando, con el paso del tiempo, elementos del gótico, el mudéjar y el plateresco. Pero siempre dentro de una armonía arquitectónica, razón por la cual el monasterio desprendía tan peculiar hermosura. Significaba, en suma, una obra maestra de fino mestizaje estético, una eminente reunión de estilos.

Sin levantar la mirada de sus folios con apuntes de planificación, Blanco aclaró:

—Lo llamaban El Cercón.

—¿Y eso?

—No lo sé. Pero así lo llamaban en los años sesenta y setenta.

Orozco asintió, prefiriendo no distraer a su director. Sin embargo este, siempre inmerso en sus papeles, continuó hablando:

—Aquí se rodaron escenas de bastantes películas de terror, ya te dije. De Amando de Ossorio y Paul Naschy, sobre todo.

—¿Y de Jesús Franco?

—No, que yo sepa.

—Ni tuyas, creo.

—Justo. No haber rodado aquí era una de mis mayores frustraciones. Pero hoy por fin voy a sacarme la espinita.

Incapaz de resistir más tiempo inmóvil, Orozco se levantó, aterido por el frío. Por lo visto, los preparativos para el rodaje seguían su curso al correcto ritmo profesional. Dentro de una de las diversas camionetas de producción, el maquillador jefe y sus ayudantes terminaban de caracterizar de hombre lobo a Dan van Husen.

—Oye, *Jack* ¿las autoridades cómo han consentido que el monasterio decayera hasta este punto?

—Desidia, supongo. ¿No habías buscado tú información?

—Sí. Según parece, pronto empiezan las obras de restauración. Pero es una vergüenza que esta maravilla de la arquitectura española esté convertida en un montón de ruinas.

—Mejor para *Las noches del hombre lobo*, mi cuate.

Orozco rio y se alejó del director, encaminándose hacia el grueso del equipo, que estaba disponiendo e iluminando el primer campo de luz, con la necesaria diversidad de focos, pantallas y reflectores.

Se avecinaba la filmación de una de las escenas más espectaculares y complicadas, la cual por añadidura cerraría la penúltima semana de rodaje. La escena consistía en Meister Krabat espoleando a su esclavizado hombre lobo para que atacase y diezmase al nutrido *Nachtvolk*. Desde que el diabólico ídolo Baphomet le distinguiera con su negra protección, Krabat había ido creciendo en soberbia y perversidad, y destruir la inmemorial *Nachtvolk* representaba una de sus locas apetencias.

Probablemente, los figurantes dispuestos para personificar la *Nachtvolk* ya estaban listos. Sucios harapos oscuros y viejos bastones carcomidos constituían la caracterización de todos ellos, a fin de uniformar la muda y mítica hermandad de ultratumba, manifiesta terrenalmente sólo en ciertos lugares emblemáticos durante contadas noches particulares.

Y el licántropo debía acabar con todos ellos, a base de zarpazos y bocados, mientras escucha a su implacable y satánico amo. Gritando sus órdenes, unas veces; riendo de placer en otras, ante el espectáculo de cada sobrenatural víctima destrozada.

Orozco continuó recorriendo el lugar. Oyendo, pero sin escuchar, las voces de su óptimo equipo hispano-mexicano.

La imponente cabecera de tres ábsides de perfecta sillería. La estructura central con su forma circular rasgada por largos ventanales de medio punto. Los laterales cuadrados. El claustro del costado meridional, con su arquería de arcos apuntados. Las bóvedas y los pasadizos. Los suelos empedrados y los brocales. Las lápidas.

Todo ello iba a aparecer magníficamente en *Las noches del hombre lobo*. Hasta el más torpe de los cineastas por fuerza sacaría partido de una localización tan singular, de tan impactante belleza mortuoria.

Una fuerte pero gentil palmada en el hombro cortó sus reflexiones. John Phillip Law.

—*All right, amigo?*

—*Yeah. Everything is fine.*

—*And how is Jack?*

—*Fine too, John. No problem.*

Satisfecho con la aclaración, Law se alejó para acercarse a saludar a Husen, recién aparecido entre el equipo bajo su familiar caracterización licantrópica.

Empero, sin mayores intenciones el actor americano le acababa de recordar al productor una alarmante realidad del rodaje. El grave estado del director, obviamente apreciable para los unos y los otros.

Sin embargo, al respecto Orozco ya no se preocupaba tanto como antes. Ciertamente, la debilidad de Blanco no había remitido, ni tan siquiera llegó a estabilizarse. Por el contrario aumentó, día tras día, sobre todo en lo referido a su penosa manera de andar, a los temblores de un cuerpo angustiosamente necesitado de cafeína y nicotina. Pero un singular fulgor en la expresión de aquel viejo y duro español indicaba que él lo sabía, lo asumía e iba a soportarlo heroicamente hasta el final. Aplicando la escasa energía que guardaba, reuniendo sus fuerzas postreras.

—*¡¿Dónde está Jack?!*

No se había extinguido el vozarrón del director de fotografía formulando la pregunta, cuando Blanco empezó a aproximarse, desde la roca donde había permanecido sentado estudiando sus anotaciones. Con sus escasos y largos pelos blancos azotados por el viento, un cigarrillo en una mano y la carpeta en la otra. Cojeando.

Súbitamente, mientras se frotaba las manos, Orozco sonrió. Por fin caía en la cuenta.

*Jack, mi pobre y sufrido amigo Jack. Esta va a ser tu última película. Tú lo has sabido desde que empezaste, pero yo sólo lo he comprendido ahora. Justo ahora. Muerto de frío, entre estas maravillosas ruinas medievales.*

*Soy el productor de la última película del mítico y admirado Jack White. El homenaje a su cine del pasado representará también su testamento artístico.*

Acercándose a su triste paso, Blanco gritó cuanto pudo de alto:

—¡Ya estoy aquí!

Repentinamente, cayó al suelo. Varios miembros del equipo se adelantaron a toda prisa para ayudarlo a incorporarse. Y el director no rechazó el auxilio, al contrario.

Contemplando el incidente sin moverse, indiferente a la llamada del teléfono móvil que sonaba justo entonces, Orozco substituyó la sonrisa de la boca por la de los ojos. Y masculló:

—Mejor para *Las noches del hombre lobo*. Mi cuate.

Con sólo un par de minutos de retraso, Arbó finalmente entró en el salón del restaurante «Los galayos». Contento de verle, incluso dichoso, Rubio se levantó de su asiento para abrazarle.

—¡Por fin se te puede echar el ojo!

—Ya lo ves.

—¡Y encima has jubilado tu mítico abrigo!

—Gracias a este regalito de la tía Aurora.

Respondió el recién llegado mientras colgaba el anorak en el respaldo de su asiento.

Tras volver a sentarse, Rubio bebió un sorbito del vermut blanco que había solicitado al camarero para entretener la espera. Al mismo tiempo, examinaba desembozadamente a su amigo.

—¿Por qué me miras así?

—Para ver si descubro lo que te pasa.

—¿Ya estás tú como mi tía?

El editor de *Contraplano* rio el comentario, si bien no exactamente de buen grado. Y terminó su vermut, mientras Arbó, ya sentado, empezaba a estudiar la carta.

—Invitas, supongo.

—Por supuesto.

—Pues muchas gracias, Javi. Anticipadas.

No tardaron demasiado tiempo en decidir el menú. Primero, un plato de rollitos de salmón ahumado con cangrejo, para compartir. Después, rape con alioli, para Rubio, y lubina a la bilbaína, para Arbó.

—¿Bebemos agua, no?

—O vino. Si lo prefieres.

—¿Vino? Pero, *Genio*, ¿desde cuándo tomas tú alcohol?

—Podemos pedir un blanco ligerito. O verde portugués, si lo tuvieran.

Rubio asintió, perplejo. Obviamente, llevaba demasiado tiempo sin ver a Arbó. Ajeno a su suerte. No tenía que haberse distanciado hasta tal punto, bajo ningún concepto.

Cuando se retiró el maître con los pedidos anotados, Arbó se volcó en examinar el espacioso y poco concurrido comedor, pero sin revelar excesivo interés. Vestía un fino y algo anacrónico jersey de cuello alto, de color gris al igual que el pantalón.

—¿No tienes frío con tan poca ropa?

—Ya no soy friolero, Javi.

—¿Desde que bebes?

—Pues más o menos.

El editor quedó en silencio, afectado por la contestación. La vergüenza que había sentido con anterioridad por su injustificado alejamiento de Arbó comenzaba a transformarse en inquietud. En esa inquietud que experimentó a su respecto durante los días pasados.

Apenas aparecer la botella de «Viña esmeralda», Arbó delató una tensa y nerviosa impaciencia. Claramente, luchaba para contenerse, para soportar al lento ritual de la cata y aprobación del vino. Una vez retirado el camarero, bebió golosamente de un trago la parte servida en su copa.

—Perdona que saque el tema junto ahora, Eugenio. Pero aún estoy esperando el ensayo sobre Clouzot.

—Te llegará en cuatro o cinco días.

—Como muy tarde, o tendré que sustituirlo.

—Tú tranquilo. ¿He incumplido alguna vez?

—Esta.

Molesto por la afirmación, Arbó empezó a comer pan. Lentamente, mientras miraba la botella de vino. Había adelgazado, la blancura de su cutis resultaba todavía más lechosa y su expresión difería mucho de la de antes.

—Sonia te manda un beso.

—Ah, tu Sonia... ¿qué tal está?

—Bien, en general. Las mujeres, con sus manías. Ya sabes.

El escritor asintió, educadamente comprensivo. Sin poder resistir más, se sirvió vino de nuevo, llenando su copa hasta el borde. Pero las palabras de su editor le detuvieron cuando pretendía beber.

—*Genio*, ¿se puede saber lo que te pasa?

—He cambiado, simplemente. Falta me hacía, ¿no?

—Pero hay cambios y cambios.

—Tú mismo me habías dicho mil veces que me hacía falta madurar. Pues ya está, hecho, misión cumplida. Ahora soy un hombre. Cincuentón, gordo, feo y sin un duro. Pero un hombre.

—No te alteres.

—Pues no me alteres.

Un camarero de rasgos latinoamericanos apareció de repente, dejando sobre la mesa la bandeja con los rollitos solicitados. Tras sonreír a los dos comensales, marchó fuera a buen paso.

—Perdona, *Genio*.

—No pasa nada. A cenar.

Rubio aceptó mudamente la sugerencia, y repartió equitativamente el plato. Sirviendo primero a su amigo, después a sí mismo.

—¡Riquísimo! Has elegido de maravilla, Javi.

—Me gusta la buena mesa.

El invitado comía despacio. Saboreando, valorando la sofisticada calidad del plato. De vez en cuando, bebía un poco más de vino.

Pero Arbó nunca había respondido en términos cortantes, jamás fue irritable. Acaso consciente del mal efecto que acababa de producir, comentó con simpatía:

—Sabes, respecto a lo que acabas de decirme...

—¿Sí?

—Lo que me ocurre es que estoy cansado. Simplemente.

—¿Y de qué estás cansado?

—Estoy escribiendo un nuevo libro.

—¿Un nuevo libro? ¡Cuánto me alegro!

—Gracias.

—Es de cine, me imagino.

—Sí, claro.

—¿Y de qué va?

—Sobre Jacobo Blanco.

—¡¿Qué?!

—Me has oído perfectamente.

Rubio tardaba en asimilar la noticia, vacilando entre el asombro y la irritación. Para recuperarse de la impresión, también él bebió un buen trago de vino.

—Pero, *Genio*, un libro sobre Jacobo Blanco... ¿Quién pretendes que te lo publique?

—Obviamente, tú.

En este caso, el editor sonrió. Durante unos segundos, había recuperado el sentimiento paternal que mantuvo respecto a su colaborador a lo largo de tantos años.

—*Genio*, de un libro sobre Blanco no vendo ni quinientos ejemplares.

—Pues yo diría que más de dos mil. Piensa que es un director de culto.

—Para cuatro *freaks*.

—Sí. Pero cuatro *freaks* en España. Cinco en Italia. Seis en Francia. Siete en Alemania... Empieza a sumar. No tienes más que difundir que el libro existe, darlo a conocer a nivel mundial. Vía Internet, es bien fácil.

Conforme Rubio empezaba a considerar la propuesta desde tal perspectiva, llegó el camarero con los segundos platos. Arbó se lo agradeció, mediante una sonrisa.

—Podría ser... ¿Llevas mucho escrito?

—¡Lo suficiente para estar cansado!

El editor rio a gusto, picando con apetito una primera porción de rape. Por su parte, el escritor hizo lo propio con su lubina. A partir de entonces, la conversación se relajó por completo, transcurriendo con placidez entre bocado y bocado, trago y trago.

Hasta que Rubio aprovechó un inciso para preguntar:

—*Genio*, el hecho de que estés... cambiado a causa del libro, ¿realmente sólo es por el cansancio?

—¿Qué quieres decir?

—Verás...

—Habla sin rodeos.

—Nos conocemos desde hace mucho, y sabes que me preocupo por ti.

—¿Y?

—¿No te habrás acercado demasiado... al loco de Blanco?

Recién terminada la lubina, Arbó rebañaba el plato con un trozo de pan. Y se crispó al escuchar la pregunta de Rubio.

—¿Y si así fuera... qué?

—Que muy cerca anda Isabel Silva.

Arbó comió el pan untado, y a continuación terminó de beber el poco vino que quedaba en la botella.

—¿Qué sucede con Isabel?

—Por tu entrevista, me he dado cuenta de que te gusta mucho más de lo que yo creía. Entonces, quizá no te convenga que Blanco te hable de ella. Puede... perturbarte.

—Blanco no me ha dicho nada. Bueno, casi nada.

—Y yo me lo creo.

—Tranquilo, Javi. Te digo que la Silva no tiene nada que ver con mi estado de ánimo.

—¿Postre?

—Un té.

El silencio había vuelto a caer sobre los dos amigos. Mientras esperaban las infusiones.

Cuando bebían las infusiones Arbó, con las mejillas sonrosadas a causa del exceso de alcohol, zanjó la embarazosa situación pidiendo:

—Javi, publícame el libro sobre Blanco, y verás como no te arrepientes.

—Déjame pensarlo un par de días. Y mándame lo de Clouzot.

—Vale.

El editor trazó el gesto de firmar ante un camarero cercano, quien se alejó raudo

para traer la cuenta. A continuación miró fijamente al escritor.

—Javi, será un libro extraordinario. Con las fotos tan buenas que se hacían de aquellas películas...

—Veremos. Pero mientras hazme un favor, *Genio*.

—Te escucho.

—Voy a decirte unas palabras que habrás oído en cien películas.

—A ver.

—«Muchacho, yo de ti abandonaré ese caso».

Arbó sonrió, a la par divertido y fastidiado. Pero Rubio insistió:

—En serio, *Genio*. Deja el tema de la Silva, con lo que hayas averiguado ya. Déjalo, esté como esté. Y no te acerques más a Blanco, seguro que tienes material de sobra para el libro. ¿Por qué tienes que hacerlo?

Tensando los músculos del rostro, el escritor tardó poco en contestar:

—¿Quieres que te lo diga?, ¿de verdad quieres oírlo?

—Sí. Tengo que saberlo.

—*Jack White* es mi maestro.

El camarero depositó la bandejita con la cuenta en el centro de la mesa. Rubio, sin mirar la nota siquiera, añadió su carnet de identidad y una tarjeta de crédito.

Ya no cabía la menor duda, el enigma se había disipado. Compartir una cena exquisita borró el misterio, confirmando los temores.

*Su viejo amigo Eugenio Arbó ya no era meramente un infeliz. Ahora se había vuelto loco.*

—¿Sí?

—Eugenio Arbó.

La puerta se abrió de inmediato, permitiendo que el visitante entrara a toda prisa en el pequeño portal, mientras cerraba el chorreante paraguas y la tormenta rugía a su espalda. Con excepción de un bebé llorando en uno de los primeros pisos, el silencio reinaba por completo en el añejo y polvoriento edificio, de madera carcomida en suelos y paredes.

No había ascensor. Por lo cual Arbó debía cargar a lo largo de cinco plantas con siete botellas de whisky, desbordando una bolsa de plástico empapada y que amenazaba reventar.

Fastidiado e impaciente a la vez, Arbó comenzó la ascensión, mientras las mangas de su anorak goteaban en los escalones.

Dos días antes, por fin había conseguido hablar con Rizal. Con la voz gangosa y pésimo estilo, el propio decorador le llamó al teléfono móvil desde el infecto bar de turno, recordándole las condiciones para la entrevista y citándole en la habitación del hostel donde vivía, a la hora más discreta de la tarde. Es decir, cuando estaba trabajando el resto de los pocos inquilinos, según su testimonio invariablemente masculinos y casi todos procedentes de países del Este.

Tras pisar el tercer piso, debió detenerse unos segundos, fatigado, con objeto de recuperar el aliento. Justo entonces, en el segundo piso una pareja francesa abandonó una de las viviendas, discutiendo groseramente mientras bajaban hacia la calle. Arbó había estudiado el idioma durante el bachillerato, pese a lo cual apenas reconoció unas cuantas palabras.

Progresivamente, su respiración empezaba a relajarse. Por el contrario, crecía la ira y agresividad que le invadieron tras salir de casa, a consecuencia de la inminencia del encuentro con Rizal.

Retomó la subida, desechando cualquier pensamiento. Había comprado las botellas en un supermercado cercano, en la propia calle Magdalena donde estaba el hostel, muy cerca del teatro que reciclara el antiguo «Cine Progreso». En cuanto al dinero, no llevaba en la cartera más que dos billetes de cincuenta euros, la única cifra que podía permitirse para perpetrar el grotesco chantaje.

Finalmente, pisó el quinto y último de los estrechos pisos que componían la finca. Su única puerta era precisamente la del hostel.

Sin más dilaciones y con la bolsa en la mano, pulsó el timbre.

*Los nueve colores principales y la luna llena. Bueno, Johnny, ahora me lo explicas.*

—Welcome.

Sin responder ni saludar a Rizal, Arbó entró en el cuadrado y minúsculo vestíbulo del hostel. Enfrente, se abría un corredor estrecho, cuyo parquet cuando menos databa

de los años sesenta. Las puertas a derecha e izquierda eran pocas e idénticas. Probablemente, una correspondía a la administración del negocio, otra al cuarto de baño y las demás a los contados clientes. Una limpieza falsa, superficial, distinguía el conjunto. Y no se veía ni un cuadro, ni una planta, ni un solo detalle decorativo que aliviara tanta aséptica sordidez.

—Sígueme.

Arbó obedeció, y enseguida se encontró en el cuarto de Rizal. Sin más tardar, este se dejó caer sobre la cama. Evidentemente, ya no podía cargar ni con su cuerpo.

La habitación era diminuta, casi angosta. En contra de lo que cabía temerse, no estaba demasiado sucia, aunque olía a tabaco y un poco también a orina. Pero sobre todo revelaba un desorden demencial. La ropa interior; las cintas de cassette, en general de flamenco y orquestas americanas de los años cuarenta; los libros, por lo común novelas en ediciones inglesas; las cartas y objetos personales; viejos y descoloridos figurines de vestuario femenino, cartulinas con diseños escenográficos... todo se revolvía anárquicamente. Sobre la cama, en la mesa de trabajo, tirado por el suelo.

Únicamente se apreciaba serenidad en la mesita de noche. Tres objetos la ocupaban, distribuidos formando una especie de irregular y absurdo triángulo. El vértice lo constituía un retrato enmarcado de Rizal en blanco y negro, fiel al relamido estilo de estudio fotográfico de la España de los años setenta. El ángulo derecho era una lamparita de color verde. Y el izquierdo estaba cubierto por esa minúscula figura del niño Jesús ya conocida por el visitante.

—¿Qué te parece mi pocilga?

—Muy íntima.

—Pues te la cambio por tu casa. Sin verla.

—He venido aquí por otras razones, Johnny.

—Y veo que no has olvidado el whisky.

Sentándose enfrente, en la silla de madera pintada de rojo junto a la mesa de idéntico color, Arbó conservó los guantes y el anorak. Tras fijarse bien las gafas, fue depositando encima de la mesa las siete botellas de whisky. Una tras otra, sonoramente. Una vez terminada la tarea, le entregó a Rizal una de ellas, mientras afirmaba:

—Un negocio es un negocio.

Sin mayor recato, Rizal abrió el tapón y lo tiró al suelo. Acto seguido, empezó a beber directamente de la botella. Susurrando:

—*At last.*

Desde la no tan lejana noche en que le conociera, en el vecino bar de la calle Cañizares, Rizal había empeorado mucho. Si es que podía concebirse.

Vestido sólo con un pijama costroso y unos calcetines agujereados, sin afeitarse y con sus contados cabellos en desorden, apestando a mugre y tabaco, con sus orientales ojos envilecidos a más no poder, encarnaba una sangrante caricatura de la

dignidad de la vejez. Ni siquiera resultaba patético. Estaba fuera de lo humano, ofendía a la razón. Daba asco.

Arbó se levantó y se dirigió a la ventana, grande en proporción con las modestas medidas de la habitación. Pretendía evitar el espectáculo de verle beber ansiosa y enfermizamente, necesitaba reunir fuerzas para interrogarle. Sin consultar al inquilino, abrió por completo la ventana, que accedía a un modesto patio interior. Fuera, la tormenta seguía anegando Madrid. Giró en redondo al oír a Rizal preguntando:

—¿Y el dinero?

—Primero vamos a hablar.

—Antes dame algo.

Arbó le arrojó sobre la cama un billete de cincuenta euros, y volvió a sentarse en su silla. La imagen de Rizal ya iba resultándole más tolerable, el frío y húmedo aire de la noche era realmente bienvenido.

—Te he traído un montón de botellas. Y ya te he dado un billete. En cambio, tú no me has dado ni las gracias.

Dulcificando un poco la expresión, apartando la mirada del billete que no tocó, Rizal musitó:

—Gracias, muchas gracias. Llevaba tanto sin beber whisky... Nadie me lo daba en los bares. A lo sumo, un vinucho y puerta.

—Pues aquí tienes una buena provisión. Ahora habla.

Abrazando la botella abierta y ya en buena parte vacía, como si temiera que se la arrebataran, Rizal se refugió en la esquina de la cama. Recogiéndose sobre sí mismo.

—Olvidé pedirte también tabaco.

—Culpa tuya. Habla.

—¿Qué quieres saber?

—Todo lo que pasaba entre Isabel Silva y Jacobo Blanco.

—Fue hace tanto tiempo...

—El anticipo que me diste demuestra que te acuerdas.

—¿Qué anticipo? No recuerdo ninguno.

—«*Los nueve colores principales y la luna llena*. En lo primero, yo pinté bastante. En lo segundo, ni arte ni parte».

—Ah, sí... correcto.

—Pues ahora cuéntamelo o me largo. Con las demás botellas, claro.

Aterrado, Rizal bebió más. Varios sorbos casi seguidos, cortos pero intensos. Obviamente, el alcohol le surtía un efecto instantáneo, era vital para su cuerpo. Qué podía importarle su baja calidad, o que no estuviera frío.

—OK, escritor. *Jack* conoció a Isabel no sé cómo, y le reservó papelitos en dos mierdas que hicimos seguidas.

—*El barranco de los espectros y La orgía de las lobas*.

—Yo a *Jack* le conocía de antes, aunque no había trabajado con él. Y algo sabía

de sus rarezas. Era un tipo duro y extraño. Y no tenía pareja.

—Sigue.

—Enseguida advertí que no follaba. Me pareció más claro que el agua. Porque yo no paraba, con unas y otras. Y eso se nota. En cambio *Jack* no era un hombre... real.

—¿Qué quieres decir?

El viejo decorador filipino se permitió una pausa, para añadir después, con una expresión despreciativa:

—La polla de *Jack* sólo servía para mear.

Dicho lo cual, bebió hasta casi terminar la botella, y añadió, lentamente:

—La sexualidad de *Jack* no era hacer cosas, sino ver cómo las hacían. Bien, ahora ya lo sabes.

—No, no lo sé. Eso no es nada especial.

Rizal apuró la botella de whisky, y dejó sobre la cama el casco vacío, rodando. Con un gesto, pidió otra. Y Arbó le satisfizo.

—Ya te dije, apenas tratarla y dirigirla... *Jack* se enchochó con Isabel.

—Bebe más, que tienes que hablar mucho.

Rizal obedeció de inmediato, sin hacerse repetir el consejo. Y continuó:

—Entonces, hizo un trato con ella. Isabel debía hacerle... numeritos. Privados.

Arbó se contuvo, con mucha dificultad. Bajando la voz, ordenó:

—Sigue.

—Yo me encargaba del vestuario y la decoración.

—¿Dónde?

—En un sótano que tiene en su propia casa. Bajo sus cojones.

—Más, Johnny.

—El sótano se lo había decorado yo, tiempo antes. Es pequeño. Un pasillo, donde situé dos hileras de maniqués de mujer, vestidos con diferentes estilos, según los gustos de *Jack*. Una pequeña cocina. Un baño, también pequeño. Y lo que él llamaba «la cámara del placer», abierta a un patio privado.

—Te explicas muy bien gracias al whisky.

—Es la única medicina que me sienta bien.

—Pues toma otra dosis.

El anciano oriental se desperezó aparatosamente antes de volver a beber, tirando sin advertirlo la botella vacía al piso. Su expresión estaba más relajada y al tiempo diríase del todo embrutecida.

—No sé si Isabel tardó mucho o poco en aceptar... el trabajito. Pero *Jack* me dijo que lo bordaba.

—Lo bordaba...

—Lógico. De no ser así, nuestro gran director habría cortado la serie. En cambio, llegó hasta el final.

Sin percatarse de lo que hacía, Arbó abrió una tercera botella. Y empezó a beber él.

—Ese whisky...

—No te apures, tuyo es. Pero me regalas un trago. Y sigue.

—¿No has tenido bastante?

—Aún no me has dicho nada de los colores. Ni de la luna.

Rizal sonrió, mientras se secaba con el dorso de una mano la boca chorreante de whisky. El agradecimiento y el temor que sintiera antes estaban quedando atrás, dejando paso a un cierto sarcasmo, a una palpable saña.

—Es muy simple, mi querido escritor. *Jack* había elegido una escala de colores. Nueve. Del amarillo al negro.

—¿Y?

—Cada *porno show* tenía lugar en un único color. Yo debía dejar la cámara de forma que no se viera otro. Cortinajes para la pared y el suelo, sábanas y almohadones... No era mucho tiempo ni resultaba complicado, si piensas la de cosas importantes que he hecho en el cine.

Arbó volvió a beber. Más, bastante más. Y le costó cierto esfuerzo reanudar el interrogatorio.

—Y lo que decías del vestuario...

—Ah, claro. El vestuario. Qué cabeza la mía.

—Sin guasa.

—Yo hacía o conseguía la ropa necesaria. Siempre haciendo juego con el color, por supuesto. Ya sabes, lencería fina, de la que pone a los mirones. Medias, ligeros, corpiños... Incluso hice un vestido de novia. Precioso, todo de rojo, supermorboso. No veas cómo me felicitaron *Jack* e Isabel. Exclamaron: «¡obra maestra!».

Arbó se concedió otro trago. Necesitaba asimilar cuanto antes lo que escuchaba. Y el cuerpo le decía que estaba consiguiéndolo, pero demasiado despacio.

—O sea, que tú dejabas las cosas preparadas para Isabel.

—Para Isabel y la demás gente.

—¡¿Qué?!

—Ah, claro, que esto no te lo había dicho aún.

—Y lo vas a hacer. Ahora.

—No, escritor. Antes quiero más pasta.

Incapaz de resistirse o negociar, Arbó le tiró a la cama el otro billete de cincuenta euros. Sin recoger tampoco este, e intensificando la crueldad de la sonrisa, Rizal prosiguió:

—El *point* es que los números subían en morbosidad. Según el color iba siendo más oscuro. ¿Me sigues?

Arbó asintió. ¿Por qué la tormenta a su espalda no era más fría, más fuerte, más atronadora?

—Primero Isabel sola. Luego con otra. Después con otras, con un hombre, varios hombres... Más oscuro el color, más puta Isabel.

—Y Curro...

—Precisamente era uno de los artistas. Y repitió plaza. Aportando colegas.

Turbado hasta lo más íntimo, Arbó se sentía incapaz de apartar la mirada de la sádica y lacerante sonrisa de Rizal. Todas y cada una de sus palabras estaban grabándose en su interior. Como si fueran un fuego helado.

—No sé quien le convenció para entrar en el juego. Aunque supongo que fue la propia Isabel. ¡Quién sabe! Ahora que me acuerdo, el primer papel de Curro fue precisamente en el show de *La novia de rojo*. Pero para ese no necesitó ropa.

Fuera de sí, Arbó arrojó su botella contra la pared, aplicando toda la rabia que le embargaba. Una risotada histérica de Rizal celebró el instintivo acto.

—¿Cómo se podía hacer eso... entonces?

Rizal se revolvió ridículamente en la cama, con la segunda botella de whisky recién terminada.

—Qué ingenuo eres, para ser un intelectual. Qué tonto, mejor dicho. La España franquista era fabulosa. Todo muy tranquilo, todo muy barato. Y una gran masa de gente trabajando de sol a sol, para sostener a la élite. Una élite con todos los vicios a su disposición. Bajo cuerda, claro, que era un país muy decente.

—Y tú tan feliz.

—Chicas obedientes, de la edad que te apeteciera. Perversiones, fantasías. Drogas. Juego... Bastaba pertenecer a esa élite. Y yo pertenecía, gracias a los americanos. Así los elegidos podíamos permitirnos todo, a precio de nada. Si tu supieras lo que hice yo... Pero en sexo real, no las locuras de *Jack*.

—Volvamos a las locuras de *Jack*.

—*Jack* era un pervertido impotente, que captaba donde podía encontrar satisfacción. E Isabel una guarra, con vocación para el exhibicionismo. Uno y una, trato.

—¿Pero por qué aceptó ella?

—Por dinero, idiota. Como buena perra, reconocía la mano que la alimentaba.

—¿Y tú?

—Soy un profesional. Me pagan, trabajo. Me pagan más, trabajo mejor.

—Sea para lo que sea.

—Obviamente, aún no te ha entrado en la cabeza. ¿No ves que todos estábamos en lo nuestro? Yo, diseñando. Isabel, zorreando. Y *Jack* mirando, mientras se machacaba su penosa polla. *Everybody happy!*

Arbó despreció la nueva carcajada de Rizal. En lugar de atenderla, contemplaba la pared poco antes mancillada por el botellazo. Las partículas de cristal sobresalían incrustadas en el viejo papel pintado de flores, brindando formaciones surrealistas. Los chorros de licor goteaban lentamente. Mientras, el frío de la calle y la humedad de la tormenta castigaban más y más la alcoba.

—Todavía no me has dicho nada de la luna llena.

—Esa era una manía de *Jack*. Los números debían celebrarse en noches de luna llena. Taras tuyas. No me lo explicó nunca. Pero quien paga, manda.

Cabizbajo, Arbó giró nuevamente la vista hacia Rizal y preguntó:

—¿Cuál fue el fin de la serie?

—*El número de negro.*

—Describemelo.

—No sin que me des más dinero. Y mucho.

Levantándose penosamente, el escritor se dirigió a la ventana, para mirar al vacío. Ya no sentía vértigo, como otrora, como siempre.

Había oscurecido ya del todo, y la lluvia derivó finalmente en granizo. El frío resultaba más cortante, más intenso. Pero todavía no hasta el extremo que necesitaba él. Segundos después escuchó a Rizal, a su espalda:

—Sabes, cuando llegué a España yo era muy oriental.

El visitante giró el cuerpo, para encararse con el inquilino. Incorporado del lecho, este continuó:

—Pero tu puto país me ha occidentalizado. Y el occidental pide.

Parecía increíble. Las dos botellas de whisky, en lugar de abotargar a Rizal, le habían fortalecido visiblemente. No se equivocaba tanto al afirmar que este tipo de alcohol era su medicina. Pero una medicina que mientras le estimulaba le consumía hasta lo indecible.

—El número negro... ¿tiene algo que ver con mi sospecha de que la asesinaron?

—¡Ya lo creo!

—Pues cuenta. Sin escatimar detalles.

—*My God!* ¡¿Pretendes que delate un crimen por cien euros y unas botellas de whisky caliente?!

La expresión de Rizal había cambiado por completo. Ya no tenía nada que ver con la del viejo atemorizado que se abrazaba penosamente a su licor, ni con la del anciano perverso y sarcástico. Ahora era insolente.

—Para mí es muy importante.

—¿Y en tan poco valoras el asesinato de tu Isabel? Te advierto que fue muy especial.

—Te dije que estoy mal de dinero.

—Entonces, largo. Para la miseria que me has dado, te he contado de sobra.

—Johnny, por favor...

Dejando resbalar las palabras con un tono vicioso, el viejo decorador añadió:

—Y ya te has calentado bastante.

Forzado por un impulso súbito e irracional, Arbó empuñó una de las botellas de whisky que quedaban y la estalló contra el rostro de Rizal. Con toda la rabia que pugnaba por desahogarse, aplicando sus mayores fuerzas.

El desgarrador grito que escapó de la boca del anciano enfureció aún más al escritor. Por lo cual tiró al suelo el cuello de la botella rota y repitió la operación con otra de las que quedaban.

Acto seguido, ciego de ira, dominado por el ansia de rematar a su vociferante

víctima, Arbó atrapó el frágil cuerpo de Rizal y lo arrastró hacia la ventana. El viejo filipino resistía a duras penas, con el rostro destrozado y ensangrentado, gimiendo y suplicando, enloquecido por el dolor y el pánico.

Con todo, apenas unos segundos después, el visitante consiguió precipitar al herido por el hueco de la ventana. A continuación, rompió las dos botellas que quedaban, una sobre el suelo y otra contra la mesa, y abandonó la habitación. No sin recuperar primero sus dos billetes de la cama.

Bajó las escaleras a buen paso, mas sin precipitarse. Tampoco vio a nadie en esta ocasión, si bien oyó voces en varios pisos. Acaso, gente que había escuchado vagamente la caída de Rizal en el patio interior, entre el fragor de la tormenta. Sin molestarse en reaccionar, a buen seguro.

En cuanto pisó otra vez la calle Magdalena, Arbó abrió su flamante paraguas nuevo, bajo un granizo tenaz que ya era puro hielo.

Se sentía al mismo tiempo satisfecho y desolado.

Y su erección permanecía.

**Tras** mirar por la ventana sin salir de su embeleso, Jacobo Blanco abandonó su casa con rapidez. Bien abrigado, perfectamente despejado. Quince minutos antes de la hora convenida para que el coche de producción le recogiera, a fin de llevarle al estudio de rodaje.

Quería estar solo. Completamente solo, en esa nieve, ubérrima y gloriosa, que acababa de descubrir.

Puesto que era una mañana insólita, esta del veintitrés de febrero del 2005. Representaba el regreso de la nieve a Madrid, tras una ausencia de más de quince años.

Los copos de nieve cubrían el asfalto y las aceras, los tejados, los coches aparcados, los cubos de la basura, el contenedor. Mirase a donde mirase, desde su portal de la calle Juanelo, la nieve dominaba, presidía. Embelleciendo el panorama, reivindicando su poderío. Transfigurando Madrid.

Maravillado, Blanco caminó por su acera hasta la calle Mesón de Paredes. Y a continuación volvió sobre sus pasos, si bien por la acera de enfrente, encaminándose hacia la plaza de Cascorro. Apretando la carpeta contra el pecho, con las manos resguardadas bajo guantes de piel. Andando más despacio que nunca, con especial tiento para no resbalar. Inhalando el aire helado, la atmósfera purificada por la nieve a lo largo de toda una noche cayendo sin cesar.

Cuando llegó a la plaza, miró hacia todas las direcciones. Pocos coches, pocos taxis, poca gente. Y nieve, nieve hermosa y cegadora por doquier. Brillando en la oscuridad.

Ahora no podría fumar. Nunca lo haría, si a su alrededor siempre reinase tal atmósfera.

Inadvertidamente, comenzó a llorar. Cuando se percató, siguió haciéndolo, a plena satisfacción.

Fascinado por la visión de la nieve desde la ventana del cuarto de estar, Arbó se vistió de prisa y salió de casa sin desayunar siquiera. Era incapaz de calcular cuántos años Madrid llevaba sin recibir la visita de la nieve. En cambio, la recordaba nítidamente de su triste infancia, a mediados de los años sesenta. Aquellos inviernos que no terminaban nunca, rebotando de la escuela a un cine del barrio, del cine del barrio a la bronca casera del día.

Suspiró, henchido de momentánea nostalgia. Y miró delante, a derecha, a izquierda, por todas partes. La nieve había reconquistado Madrid, por fortuna.

Obviamente, su calle de General Ricardos se resentía ya en el tráfico del blanco elemento invasor. Aun siendo todavía temprano, los coches circulaban con irritada dificultad, mientras los transeúntes caminaban con estupefacta precaución.

Arbó sonrió encantado, celebrando intensamente la invasión. Y caminó en

dirección del Puente de Toledo, sin prisa ninguna. Arropado por el anorak que le regalase la tía Aurora, provisto de sus guantes de piel, cubierto por su azul paraguas nuevo.

Quería, ansiaba sentir el efecto de la insólita atmósfera sobre su nueva personalidad.

Los helados copos golpeando el techo del paraguas con deliciosa monotonía, el aire frío curtiendo agrestemente su rostro, el clima glacial robusteciendo sus ideas. La nieve imperando a su alrededor.

No podía concebir nada mejor, más excelso, para abrir el día.

Pero antes de llegar a la Plaza de Marqués de Vadillo, mucho antes, se vio impelido a detenerse, por razones mentales. Para, refugiado en una esquina y virtualmente oculto tras el paraguas, desahogarse mediante un tremendo, demente ataque de risa.

**Arbó** volvía al salón desde la cocina, portando una segunda taza de humeante chocolate con coñac, cuando el silencio del hogar fue roto por el sonido del teléfono. Se mantuvo indiferente.

Apenas un minuto más tarde, la llamada se repitió en el teléfono móvil, con idéntico y nulo efecto.

Una vez sentado en el tresillo, el escritor empezó a beber. Despacio, serenamente.

La manta verde que siempre le había abrigado en el sofá y el lince de peluche se hacían compañía en el cubo de la basura, desde la noche anterior y por última vez. Tampoco sentía la necesidad de llevar más ropa que el viejo pijama, ni de encender la estufa.

Ninguna concesión a la debilidad en el nuevo Eugenio Arbó.

Siguió bebiendo, libre de curiosidad por escuchar hipotéticos mensajes en sus teléfonos y pálidamente iluminado por la luz del atardecer madrileño, que penetraba por la ventana, abierta con la persiana medio bajada.

En la penumbra de la sala, la pantalla del televisor aportaba la única claridad apreciable. Era una imagen congelada, perteneciente a la película de Duccio Tessari *Tres muñecas rosas manchadas de rojo*, y seleccionada de la escena en que Isabel Silva era asesinada por el actor alemán Horst Frank. A solas ambos en un lujoso ascensor, súbitamente y sin mediar palabras él la paralizaba por los hombros mediante su brazo izquierdo, desde atrás, mientras con la mano derecha le hundía repetidamente una navaja en el estómago. Frank portaba guantes negros de piel, a juego con su gabardina. Ella ratificaba la moda específica para las jóvenes clase media-alta en la Italia de los primeros años setenta, si bien curiosamente todo en color naranja: minivestido y botas altas de piel con tacones, pamelita aparatosa y grueso cinturón, bolso grande y bisutería. El personaje de Frank es un coreógrafo aparentemente normal pero torturado por un horrendo trauma infantil, que le impulsa a matar a las guapas aspirantes a bailarinas que por casualidad lo han descubierto, aunque ignoran su identidad. Sin embargo, ya desde el primer crimen, cometido en el personaje a cargo de Lona Sherman, este personaje experimenta un placer inesperado en el hecho de matar chicas, descubre un perverso gozo especial con el que no contaba. Se encuentra a sí mismo.

Arbó bebió más, concentrado en la imagen. Paralizaba un fotograma extraordinario. En plano medio, Frank mostraba el rostro desencajado, daba auténtico horror en su visaje de lascivia criminal, en su palpable complacencia erótica con el acto de asesinar una joven tan bella y desvalida. Férreamente atenazada por su verdugo, acuchillada ya en el estómago más de una vez, Isabel despedía la vida mediante una expresión indescriptible, tan perpleja como horrorizada, sufriendo a más no poder.

*En casi todas tus películas morías, Isabel. Te mataban.*

*Sin embargo, era ficción.*

*Pero en la pantalla del «Cine Madrid» yo me enamoré de ti ignorando que estabas muerta. Me enamoré de ti tres años después de que te asesinaran verdaderamente, entre colores negros.*

*Y esto es real. Tan real como que he matado por tu causa, treinta y cinco años más tarde. Y la víctima es justo la persona que había diseñado tu ropa, la primera vez que te vi, y el ambiente, cuando te asesinaron.*

*Es un caso increíble, demencial, Isabel.*

*Pero me encanta.*

Vacilando entre seguir bebiendo o buscar en su video antológico otra muerte de Isabel, Arbó súbitamente tembló de frío. Pero prefirió superar el ataque por su cuenta, antes que cerrar la ventana abierta a uno de los peores inviernos que recordaba Madrid.

A continuación, apuró la taza, apagó el video y se dirigió a su alcoba-estudio.

Tumbado en la cama, con los ojos entornados y sin las gafas, de repente creyó oír los aullidos de sufrimiento de Rizal por la acción de los botellazos, sus patéticas súplicas cuando era arrastrado hacia la ventana, el sonido de su cuerpo precipitándose al vacío. Con la estrepitosa lluvia de granizo como telón de fondo.

*Me gustó hacerlo, Isabel. Lo repetiría.*

El teléfono volvió a sonar, nueve veces. Pero tras quedar en silencio, esta vez no precipitó secuelas en el móvil.

La habitación estaba destemplada, gélida.

Pero su dueño sentía un calor sofocante. Dentro.

Y ciertas voces resonaban en su memoria. Voces de gente de cine que había perdido su lugar, decenios atrás. La una era femenina, y nunca superó el acento sevillano: «Isabel era una perrita en celo entre dos lobos hambrientos». La otra era masculina, y hablaba con la saliva del alcohol: «Isabel zorreando. Y Jack mirando, mientras se machacaba su penosa polla».

*Esto no me lo podía imaginar, Isabel. Ni remotamente, jamás.*

*Tu dulzura sensual, en unas películas. Tu encanto misterioso, en otras. Tu voluptuosidad de ultratumba, en la mejor de todas.*

*Y fuera de la pantalla, cobrabas por evidenciar lo que sugerías dentro. Eras la eficiente puta de tu creador y jefe.*

Lentamente, sendas lágrimas empezaron a resbalar por las mejillas de Arbó, y su cuerpo comenzó a sofocarse.

*Está bien, Isabel, perdona. No quería decir lo que he dicho. De verdad. Me he confundido, me precipité en el juicio. No había comprendido adecuadamente tus... prestaciones. No eras su puta, eras su actriz. Tú sólo encarnabas lo que Jack tenía en su mente. Él simplemente pagaba por ver sus sueños hechos realidad. No es lo mismo, sin duda. Perdona, lo siento mucho. Qué tosco, qué palurdo he sido.*

Conforme fue serenándose, Arbó dejó que la cara se secase por sí misma. Su

arrebato de debilidad no había durado tanto. Orgulloso por ello, se levantó lentamente de la cama, volvió a calzarse las gafas y encendió la lámpara de la mesa de trabajo.

La fotografía en primer plano de Isabel Silva, como siempre, estaba apoyada contra la impresora del ordenador. Arbó la guardó en el primero de los cajones, sin acritud. Pero antes de encender el ordenador, volvió a la cocina a fin de prepararse otra taza de chocolate.

*En cambio, Isabel, acerté plenamente en lo concerniente a tu fin. En esto, por fortuna el corazón no me había engañado. No quiso confundirme ni mantenerme en la ignorancia. Te asesinaron.*

*Yo siempre lo supe, tú me has oído pensándolo, convencido desde siempre.*

*Pero jamás sospeché, ni por asomo, la vinculación de Jack. Precisamente de Jack.*

Mientras terminaba de prepararse la bebida, Arbó oyó a sus espaldas cómo empezaba a llover. Posiblemente, este invierno no terminaría nunca.

Regresó a la mesa de trabajo con la taza en la mano. Ahora bien, esta vez no había añadido coñac en la bebida, sino clavo. Nada de alcohol mientras se escribe.

*Bueno, Jack. Ya me queda muy poco por averiguar.*

*Tú mataste a Isabel. Y si no lo hiciste personalmente, dispusiste que sucediera. Eres el culpable o el responsable. Pero en cualquier caso Isabel está muerta por tu causa. Tan joven, tan linda, tan prometedora. Y tan puta.*

Encendió finalmente el ordenador, mientras dejaba la taza en un extremo de la mesa. Al fondo, la lluvia arreciaba.

*Los nueve colores principales, en escabrosa gradación, y la luna llena, presidiendo solemnemente. Con tu artista exclusiva siempre a la altura de las circunstancias.*

*Un planteamiento fabuloso, Jack. Digno de un genio como tú. De un sibarita de lo que tan bien definiste como «el espectáculo de la feminidad».*

Quemándose la boca con la ardiente bebida, Arbó empezó a escribir el tantas veces pospuesto ensayo sobre Henri-Georges Clouzot.

Con objeto de conceder un margen de cortesía, Jacobo Blanco entró en «la cámara del placer» cinco minutos más tarde de lo estipulado. Y, por supuesto, halló todo tal como había planeado y exigido.

El color marrón era el único presente. En el piso y en las paredes, en la cama. En las medias con red de Isabel, su única prenda. En la túnica, con la capucha caída, y en el látigo, con varias tiras, de Curro.

Satisfecho con el ambiente y los accesorios, acto seguido Blanco recorrió a Isabel con la vista. Parsimoniosamente, saboreándola. Estaba tumbada boca abajo, con sus abiertas manos y piernas bien atadas en las respectivas patas de la cama, mediante cuerdas gruesas y del único color que admitía la sala.

Resultaba particularmente apetecible, la actriz. Pedía justo lo que iba a recibir. Sin

palabras, con el cuerpo.

Anhelante, abrió un poco el ventanal, a fin de no dejar fuera la luz del plenilunio, y a continuación tomó asiento.

Lógicamente, su kimono para la ocasión era de color marrón. Y lo aflojó, mientras ordenaba comenzar a Curro, mediante un gesto. Seguro de que sus intérpretes iban a ejecutar a la perfección las acciones y los diálogos.

Enseguida, los primeros latigazos empezaron a caer sobre Isabel. Suaves, leves, casi dulces. En respuesta, ella ronroneó sensualmente.

Empero, poco a poco el verdugo aplicaba más fuerza. Y, en la medida correspondiente, la víctima gemía, suplicaba, conforme sus nalgas y muslos se enrojecían progresivamente.

*Bien, Isabel, te merecías este castigo. Ambos sabemos que lo merecías.*

*Por lo bien que lo has hecho hasta ahora, por lo estupendamente que has interpretado los colores anteriores.*

A fin de celebrar el éxito, Eugenio Arbó se sirvió generosamente whisky con piña en un vaso ancho. Tras agregar tres cubitos de hielo, entró en el salón y puso en su viejo tocadiscos un LP que recopilaba bandas sonoras compuestas por Alessandro Alessandrone para películas italianas de terror.

Los dos policías acababan de marcharse. Convencidos, sin recelos de ningún tipo. Tras una entrevista de poco más de quince minutos, en términos correctos. En buena lógica, preferían no malgastar su tiempo laboral con un caso sin enjundia.

En la mañana posterior de la muerte de Rizal los correspondientes funcionarios de la policía habían interrogado a la patrona del hostel donde vivía, y de ese modo supieron de la llamada hecha por un hombre pocos días antes con objeto de hablar con la víctima. Llamada considerable, dada la bien parca vida social de Rizal. Por lo cual, apuntaron el número del teléfono móvil de Arbó, tomándolo de la relación de llamadas recibidas en el negocio; tras las inevitables intentonas fallidas acabaron localizándole, y le comunicaron su rauda e ineludible visita.

Pero no surgió mayor complicación ni controversia durante el fugaz encuentro. Arbó reconoció que había llamado aquella noche con la intención de entrevistar a Rizal; el propósito era incluir declaraciones suyas en un libro que estaba preparando sobre el cineasta español Jacobo Blanco. Sin embargo, la patrona le había indicado que el viejo decorador desde días atrás estaba gravemente indispuesto, lo cual le desaconsejó insistir, al menos en un plazo prudencial. Desde entonces no volvió a saber nada al respecto, y había conocido la dramática muerte de Rizal precisamente gracias a ellos.

La versión de los hechos que acto seguido le proporcionaron los dos policías era perfectamente válida. Rizal estaba fuera de quicio, y ya había superado algunos intentos de suicidio, casi milagrosamente. Sin embargo, la noche de su muerte fue incapaz de sobreponerse, sufrió el ataque definitivo. Un arrebató de rabia autodestructiva, derivado de la miseria irremediable y de la pésima salud psíquica y física, sobre todo por culpa de un alcoholismo contumaz. En consecuencia, reventó de modo enloquecido y furioso, sobre los enseres y hasta contra sí mismo, unas botellas de whisky, a sus ojos símbolos del vicio que provocara su perdición, profesional, humana y social. Y a continuación, destrozado por el dolor y la frustración, se precipitó por la ventana.

Los altavoces del tocadiscos reproducían *Lady Frankenstein*, mientras Arbó seguía bebiendo su whisky con piña, cómodamente sentado en el diván.

El interrogatorio que acaba de soportar significaba mera rutina.

Un anciano alcohólico muere, llovido sobre el patio de un miserable hostel madrileño. Un viejo profesional del cine, descartado de su profesión desde décadas atrás. Sin familiares, sin amigos, sin dinero.

¿Quién hubiera querido asesinar alguien así? ¿Por qué, para qué?

Caso resuelto.

Concentrándose en la estupenda música que escuchaba, en la deliciosa bebida que ingería, en el ambiente particular que reinaba en su casa, Arbó apartó fácilmente el crimen de Rizal del pensamiento.

Ciertamente, debía devolver las cariñosas llamadas de Javier Rubio y de la tía Aurora. Asimismo tenía que responder a los mensajes electrónicos llegados desde una institución cultural del País Vasco, ofreciéndole una colaboración, y de un colega catalán, hablando de un proyecto interesante.

Sin embargo, se sentía incapaz. No le apetecía levantar el teléfono, no estaba dispuesto a encender el ordenador.

Sólo quería que llegase la noche. Para ver otra vez a Jacobo Blanco.

No sin esfuerzo, y mientras los demás aguardaban respetuosamente en pie, Jacobo Blanco terminó de acomodarse en su asiento. Estaba vestido con un jersey azul de lana, grueso y ajustado, y con unos pantalones negros de cuero, que seguramente nadie había visto en un hombre de su edad.

El resto de los invitados a la cena se sentó a continuación, entre risas y comentarios distendidos. John Phillip Law, presidiendo la mesa. Dan van Husen y Guadalupe del Río, encarados a su izquierda y derecha. Gabriel Avelar y René Orozco, en los siguientes y respectivos flancos. Por último, Blanco, frente a una silla todavía vacía.

—Bueno, *Jack*, tu amigo el crítico no es muy puntual.

—Está al caer.

El productor asintió como muda aceptación de la respuesta, y dijo al resto de los presentes:

—*Its a really beautiful place!*

Mientras los demás asentían, Law comentó:

—*Yes, it's very Spanish.*

A lo cual Husen agregó:

—*I used too come here a lot, when I lived in Madrid in the sixties.*

Su colega americano añadió:

—*Me too, but in the seventies. And then I didn't come back again for thirty years untill last year, when I came with a Spanish friend and his Canadian girlfriend.*

Mientras Law terminaba su comentario, apareció Eugenio Arbó. Vestido con su ya inseparable anorak, quitándose sus característicos guantes de piel. Con una sonrisa cálida, saludó a los presentes diciendo:

—Buenas noches a todos. Y perdón por el retraso.

Y a continuación tomó asiento en la única silla libre. Encarado con Blanco.

—Encantado de verte, *Jack*.

—Lo mismo digo, escritor.

—Y gracias por la invitación.

—Tú no podías faltar.

—Además así cubro un hueco en mi condición de madrileño.

—¿Y eso?

—Te lo creas o no, nunca había pisado «Las cuevas de Luis Candelas».

—Pues se lo debes al hombre lobo.

Arbó rio con ganas. Se le veía feliz, a la vez que tranquilo. Sociable, y seguro de sí mismo. Más agraciado además, gracias a sus gafas nuevas, con unos cristales más pequeños y elegantes y una montura de mejor presencia, que reunía los colores negro y azul.

Por su parte, el maître ya estaba entregando a cada comensal su carta correspondiente. En inglés, para Law y Husen. En español, en el resto de los casos.

—Así que eres crítico de cine.

Sonriendo, Arbó guardó sus gafas nuevas en un bolsillo de la camisa de pana y respondió al productor mexicano:

—Bueno, es un término que no me gusta.

—Para entendernos, vale.

—Eso sí.

—¿Y cuándo aparecerá el reportaje que nos hiciste?

—Supongo que el mes que viene.

—¿Supones?

—El editor tiene la última palabra. Pero no creo que surjan problemas, porque le gustó mucho.

—Ah, fantástico.

—Es más, le he propuesto un libro sobre *Jack*.

El productor y el director, atónitos, respondieron al unísono:

—¡¿Cómo?!

—Y no me ha dicho que no.

A sugerencia del maître, como primer plato iban a traer para compartir diferentes aperitivos típicos: lechuga con ventresca, pimientos asados, jamón de pata negra, gambas al ajillo. En cuanto a la comida principal, la previsible elección del cochinillo asado fue unánime. Para beber, vino tinto y agua mineral sin gas.

—Pon en portada *Las noches del hombre lobo*.

—Eso por descontado.

Entusiasmado, Orozco extendió la noticia al resto de la mesa, donde fue acogida con idéntica ilusión. Momento en que Blanco aprovechó para decir a Arbó:

—Yo pienso...

—Deja ahora el tema del libro, *Jack*. Ya hablaremos tú y yo.

Llegaron los primeros platos, con el alborozo previsible. Se trataba de celebrar la última noche en Madrid de John Phillip Law, dado que el rodaje de su parte había concluido felizmente. Despedida para la cual únicamente se había convocado a los técnicos e intérpretes principales. Con el añadido de Eugenio Arbó, en cuanto

invitado personal del director.

De modo espontáneo y distendido, había surgido una conversación en inglés entre los intérpretes, el productor y el director de fotografía. Por lo cual, Blanco aprovechó para preguntar a Arbó:

—¿Qué tal te llevas con el inglés?

—Fatal. Intenté aprenderlo, hace años. ¡Pero fracasé miserablemente!

—Pues es muy importante.

—Ya, pero qué se le va a hacer. En cambio tú...

—Lo hablo cojonudo, como el alemán. En cambio con el francés y el italiano me apaño, pero mal.

—Qué raro. Siendo español, se te dan los idiomas sajones en vez de los latinos.

—¡Yo soy raro para todo!

Arbó rio, entre trago y trago de vino. Espeso, rojo, fuerte.

—El rodaje está terminando, ¿no?

—Quedan justo cuatro días. No hemos perdido ni uno.

—Enhorabuena.

—Quien tuvo retuvo.

El escritor sonrió, de modo afirmativo. Entre la diversidad de aperitivos, estaba concentrándose en las gambas. Y bebiendo mucho.

—En serio, Eugenio. *Las noches del hombre lobo* es mi mejor película. La que tiene más cosas, y con mejor producción. Y escucha lo que te digo: si me ofrecieran volver a rodar algo... qué sé yo, repetir algunos planos, incluso una jornada entera, declinaría. *Las noches del hombre lobo*, tal como está, es inmejorable. O por lo menos inmejorable por mí. Lo que yo quiero expresar con esta película, no puedo expresarlo mejor.

—No sabes cuánto me alegro.

Conforme hablaba, Blanco comía lentamente tiras de jamón, que cogía y desgarraba con los dedos. Mientras, la anexa conversación en inglés mantenía su alto volumen de sonido y alegría.

—*Jack*, supongo que para ti ha sido muy duro estar tanto tiempo alejado del género. Bueno, y del cine.

—No lo sabes tú bien.

—¿Hubo algún proyecto especialmente querido que no cuajase?

—Sí, uno en particular. Se titulaba *Sistiana*, que es el nombre de una ciudad cerca de Trieste. Preciosa. Recuerdo una camarera rubia y madurita, en un bar junto a la carretera, que es una de las mujeres más morbosamente atractivas que he visto nunca. No te puedes imaginar.

—¿De qué iba la historia?

—Terror gótico, un poco en la línea de *El barranco de los espectros*. De protagonistas tenía apalabrada una pareja excepcional, fíjate. El conde siniestro e irónico lo iba a hacer Ralph Bates, que me encantaba en sus papeles para la Hammer,

sobre todo en *El poder de la sangre de Drácula* y *Dr. Jekyll y su hermana Hyde*.

—¡Igual que a mí!

—Lo suponía. Y la protagonista iba a ser Maria Perschy, que supongo que también te gustaría.

—Cómo no. Era elegantísima, sutil, fabulosa. Y vivió en Madrid durante muchos años.

—Yo la conocí entonces. Trabajó con Jesús Franco, Paul Naschy, Amando de Ossorio... y con mi gran amigo Klimovsky.

—Bueno, y con Bardem.

Blanco soltó una carcajada. Acto seguido, súbitamente serio, chocó su vaso con el de Arbó, invocando:

—Por el cine fantástico de antes. Y sus grandes intérpretes y autores.

El escritor, identificándose por completo con la dedicatoria, brindó con el director. De tácito acuerdo, ambos vaciaron sus vasos de un trago solemne. Y acto seguido se miraron fijamente.

—*Jack*, no sabes cuánto supone para mí que hayas hecho esta película. En el estilo de antes, con actores de antes.

—Pues figúrate lo que supone para mí. ¡Mucho más!

—No es comparable. Cada uno tenemos nuestra medida respecto a *Las noches del hombre lobo*. La que nos toca y corresponde.

Blanco rellenó nuevamente los vasos, impresionado por las palabras del escritor. Arbó estaba progresando a pasos de gigante. En cada nuevo encuentro, resultaba más agudo, más brillante. Y, en cierto modo, también más amenazador.

—¿No has recibido más atenciones de la prensa?

—Sí, claro. Me han hecho un montón de entrevistas. Pero sobre todo de fuera. Inglaterra y Alemania especialmente. Como siempre, tú ya sabes.

—¿Y hay prevista alguna clase de presentación?

—Por supuesto. En Nueva York. Una gran *première*, como cierre de una convención dedicada al cine fantástico de los años 60/70. Es en otoño, René te puede decir exactamente las fechas y detalles. Están intentando que Christopher Lee presente la gala.

—Es la elección ideal.

—Sin duda. Veremos.

Enfrascados en su conversación, escritor y productor no habían advertido que los camareros retiraron poco antes los primeros platos y acababan de distribuir las porciones de cochinito asado. La poderosa voz de John Phillip Law, elevándose sobre las demás, les hizo advertirlo:

—*At last!*

Todos rieron y aplaudieron. Y Orozco aprovechó la ocasión para pedir más vino. Otras tantas jarras.

Blanco se sentía a gusto. Física y psíquicamente fatigado, pero dichoso. Le

favorecía ver a su admirador.

—¿Todo bien, chamaco?

—De primera.

Satisfecho con la respuesta del escritor, el productor regresó a su charla en inglés. En esa zona de la mesa, Husen era el más discreto, mientras que la bella actriz mexicana, vestida con frívola coquetería, comenzaba a resultar algo escandalosa.

Entonces Arbó, mientras empezaba a comer con apetito su ración de paletilla, apetitosamente churruscada, anunció a Blanco, hablando despacio y sin mayor sentimiento:

—¿Sabes que han muerto José Luis Mateos y Juan Rizal?

El director encajó la pregunta en perfecto silencio, e intentando que el rostro no delatara absolutamente nada, ni para bien ni para mal. Pero Arbó le forzó a salir de su impertérrito mutismo, con gentileza:

—Perdona si he...

—Tranquilo. Prefiero enterarme por ti que por otros.

—Entonces tú no...

—No. No tenía ni idea.

—Eran buenos...

—Conmigo dieron el cien por cien, trabajando bajo mínimos. Les estoy eternamente agradecido, por todo lo que hicieron. A los dos, José Luis y Johnny.

Tras decir esto, Blanco apartó hacia un extremo del plato el resto de carne que le quedaba por comer. Bebió más vino, en pequeños sorbos, y encendió un cigarrillo. Era imposible penetrar en su pensamiento, discernir tras su rostro fatigado.

Mientras, Arbó apuraba los huesos de su porción. Respetando el silencio de Blanco, ajeno a la conversación en inglés. Hasta que el director le preguntó:

—¿Sabes cómo ocurrió?

—Rizal se suicidó, tirándose por la ventana de su hostel. Estaba sin un duro, y destruido por el alcohol. Y Mateos murió de miedo, mientras esperaba que le operasen de los ojos. Sucedió hace poco, con sólo unos días de diferencia entre ambas muertes.

—Lo sabes todo.

—Referido a tu obra, lo procuro.

—Y lo consigues.

—Recuerda que quiero escribir un libro.

Blanco sonrió ligeramente, relajando la expresión. Procuraba aspirar todo el humo posible del fuerte cigarrillo negro que fumaba.

—Sabes, Eugenio, me extraña que aún no hayas dicho nada de Isabel.

—Estaba a punto.

—Dispara.

—¿Cómo la conociste?

—¿Es sólo esto?

—Voy rellenando huecos.

Arbó se limpió la boca con la servilleta, dado que su plato ya no contenía ni una brizna más de carne. A pesar de sus excesos con la comida y el vino, su expresión era despierta y decidida.

—Nos presentó Klimovsky, en Madrid. Él había dirigido el primer papel de Isabel, en un western rodado en Almería, que no he llegado a ver.

—*Un millón de dólares para cinco profesionales*, con Anthony Steffen y Klaus Kinski.

—Fue Klimovsky quien la convenció para que viniera aquí. Y ella se instaló en un apartamento por el centro.

—Con Curro.

Blanco llenó una vez más los vasos y bebió del suyo sin más dilación. Comenzaba a marearse.

—También Klimovsky le dio su primer papel en Madrid. En una película de terror, *Las siervas de Belcebú*.

—Los protagonistas eran William Berger, Margaret Lee y Julián Ugarte.

—Él me invitó a la proyección de la copia *standard*, en *Fotofilm*. Éramos muy amigos, de hecho Klimovsky fue el director con quien más aprendí cuando yo era ayudante. Mi maestro, casi. Por lo menos en la técnica. Que él manejaba a ciegas, como las mujeres el ganchillo. Algo increíble.

—Sigue.

—Reparé en Isabel nada más verla. Su papel de jovencita que no quiere renegar de la secta donde Ugarte la ha enredado para ingresar... era lo mejor de la película. Con diferencia. Me encantó, Eugenio. Me encantó... literalmente.

Blanco levantó su vaso y golpeó el de Arbó. Estaba claro por quién estaba brindando, así como que lo hacía con el amigo adecuado.

—Justo a la mañana siguiente, Leo nos presentó en el «Café Gijón». Él pensaba que Isabel era ideal para mis películas. Y vaya si tenía razón.

El director bebió todo el vino que pudo de un sólo trago. Indiferente a los camareros que estaban retirando los platos, al maître que pretendía tomar nota de los postres. Indiferente a todo, salvo sus recuerdos y Arbó.

—Ella llevaba un minivestido a cuadros blancos y negros, estilo tablero de ajedrez, y unas botas blancas altas, con tacón. Apenas verla, confirmé lo que había intuido viéndola en la pantalla. Isabel Silva estaba hecha para mí.

—¿No quieres postre, mano?

Con el aliento pesado y la voz trémula, Blanco apagó el cigarrillo y respondió a Orozco:

—Sólo café. Muy cargado.

Por su parte, Arbó solicitó un sorbete de limón con vodka. Instando al director a que siguiera hablando.

—Lo primero que me dijo Isabel, con coquetería y aquel acentazo medio

portugués medio andaluz, fue «Señor Blanco, ¿puedo llamarle Jacobo?». Yo, fascinado, contesté: «Llámame *Jack*».

El director sonrió melancólicamente al escritor. Aunque estaba algo abotargado a causa de la cena, no perdía la lucidez. Se sentía comprendido.

—Y así empezó todo con Isabel.

—Tú lo has dicho, gran escritor.

—Cine y no cine.

Blanco retiró la sonrisa bruscamente. Sin palabras a las que recurrir, intentó servirse más vino, pero no quedaba ni una gota. Ni en su vaso, ni en el de Arbó, ni en la jarra. Para beber alcohol, tendría que esperar a que sirvieran la copa de licor para el brindis final por John, una vez concluidos los cafés.

Irritado, apretó los puños. Quería beber, quería marcharse.

Desdeñando la maliciosa observación de Arbó, encendió otro cigarrillo, en busca de los efectos múltiples que le procuraba la nicotina. Justo entonces, el escritor, a buen seguro bajo los efectos del alcohol, reforzó su ataque susurrando insidiosamente:

—*Los nueve colores principales, y la luna llena.*

Por primera vez en su vida, Blanco se sintió desmoronar por dentro. Empezó a fumar, despacio. Atónito, doliente, demolido. Cuando todavía no se había recuperado del todo, apenas sin voz, reunió fuerzas para afirmar:

—Mis alegorías preferidas.

—Lo sé, *Jack*. E Isabel bien que lo descubrió.

—¿De dónde te sacas eso?

—Era tu actriz. Con y sin cámara.

Recuperando poco a poco el dominio de sí mismo, Blanco acogió con ganas la taza de café que el camarero depositó en su espacio, mientras Arbó estrenaba su gruesa copa de sorbete. El resto de los comensales habían recibido ya sus postres respectivos, y los disfrutaban entre risas, ajenos a la conversación en español que tenía lugar en un extremo de la misma mesa.

Mientras removía el azúcar en el líquido, Blanco reconoció, mediante un tono que albergaba tanta admiración como cautela:

—Has avanzado mucho, Eugenio.

Sonriendo con los ojos, y mientras saboreaba su postre, el escritor respondió:

—Llámame *Gene*.

—**Vaya**, por fin te dignas a responder mis mensajes.

—He estado muy liado, tía Aurora.

—Con Isabel en la cama, al menos.

—Pues... no exactamente.

—No irás a decirme...

—Tranquila, estamos superando la crisis. Pero aún quedan... un par de fases.

—Relacionadas con esos dos tipos...

—Algo de eso hay. Pero no me tires de la lengua. Son cosas personales.

—Es cierto. Y ya no eres ningún niño.

—Justo.

Se hizo un instante de silencio en la línea telefónica. Aprovechado por Arbó para beber un sorbo de whisky con piña. Qué lejana quedaba la infusión preferida por su madre, qué lejanos quedaban sus padres.

—En cuanto a dinero... te están pagando en la revista, supongo.

—Más o menos.

—¿Y has buscado otros trabajos?

El timbre de la puerta evitó que tuviera que improvisar una mentira. Impaciente, respondió:

—Te dejo, tía. Lllaman a la puerta.

—Ya lo oigo... A estas horas seguro que es Isabel.

—¡Ojalá!

—Venga, abre. Igual te quiere dar una sorpresa, y viene hecha un pincel. Ya te llamo yo otro día.

Arbó colgó sin despedirse, y con la bebida en la diestra ganó la puerta en un par de zancadas. Quien llamaba era el anciano y desmañado portero de toda la vida, don Timoteo, con un pequeño paquete entre las manos.

—Te trajeron esto, a media tarde.

—Gracias, Tim.

—¿Y cómo va ese cine, *Genio*?

—Pues... no me quejo.

Antes de que el portero pudiera rechistar, Arbó sonrió y discretamente fue entornando la puerta. Pobre Timoteo, se aburría demasiado en su chiscón. Tras la muerte de la esposa y la emancipación del único hijo, siempre estaba solo.

El envío consistía en un sobre acolchado, pequeño y cuadrado, con el remite de Javier Rubio. Lleno de curiosidad, lo abrió sin más tardar. Se trataba de *Las vampiras de Drácula* en DVD, acompañado de una nota del remitente, la cual rezaba «Acaba de salir, y la copia es perfecta. Que lo disfrutes, amigo».

Arbó, emocionado, sonrió. Obviamente, Rubio ignoraba, o quizá había olvidado, que su amigo escritor carecía de aparato de DVD. Pero esto carecía de toda

relevancia, era intrascendente. Importaba sólo el detalle, el magnífico detalle.

Mudamente, Arbó elevó su vaso, en íntimo y agradecido brindis para Rubio. Y apuró el contenido de un trago.

A continuación, apagó la luz y subió completamente la persiana, a fin de que penetrara la luz de la luna llena.

Tumbado en el tresillo, empezó a pensar en Isabel.

Estaba muerta, ciertamente.

Pero la sentía cerca, cada vez más próxima.

Estaba viéndola, de hecho. Real, carnal. Desnuda, atrapada en una pequeña y sugerente alcoba, dónde sólo había una cama bien mullida. Mirando a todas partes, moviéndose incesantemente, con gracia felina y singular encanto. Inquieta por el encierro, excitada a causa del plenilunio. Brindando expresiones de sorpresa, pavor, picardía, placer. Resaltando de maravilla, gracias a su piel nívea y sensual cabellera negra, entre los colores que adoptaba la estancia sucesivamente, a un ritmo sereno que permitía disfrutar de todos ellos sin precipitaciones. Amarillo, verde, azul, naranja, rojo, marrón...

En la aterida y polvorienta atmósfera del salón de su hogar, Arbó gozaba, se sentía feliz con su nueva experiencia.

Su excitación era magnífica.

Desde su última conversación con Blanco, durante la despedida a John Phillip Law, ya no sentía rabia ni celos a propósito de Isabel.

Por fin había superado aquella etapa.

Ahora experimentaba emociones nuevas, del todo distintas. Otra clase de pulsión. Placentera, deliciosa. Que todavía no comprendía, no acababa de asumir. Pero que no estaba reñida con el amor. Todo lo contrario.

El calor de la noche sofocaba «la cámara del placer», pese al ventanal abierto al privado patio interior. Sin embargo, Blanco recubría su cuerpo bajo uno de sus kimonos monocromáticos. Siempre sintió un enorme pudor, jamás pudo superar la enfermiza vergüenza del propio físico que le inculcaran en la niñez. Nadie le había visto desnudo.

Por supuesto Isabel Silva no podía verle tocándose, tal como estaba haciendo ahora. Bajo el kimono, de oscuro color violeta al igual que las sábanas y cortinas de la estancia.

La actriz y el director, empero, estaban encarados. Él, acomodado en su familiar butaca. Ella, en la cama, disfrutando de una doble penetración.

El hombre de abajo era Curro, y el de arriba otro aspirante a torero igualmente andaluz y fornido, Tonino. Ambos arremetían con toda la energía de la que eran capaces, bien coordinados en sus movimientos, y sudaban mucho. Isabel, en cambio, no sudaba y encajaba con fina sensualidad, aunando a la perfección ambos amantes. Pagados para durar todo lo posible y eyacular a la vez. Dentro.

Acalorado por fuera, sobrecogido por dentro, Blanco mantenía la mirada fija en las expresiones que le dedicaba su actriz.

*Sigue, Isabel. Eres mi estrella, mi amor, mi vida.*

*Siempre te superas, siempre me superas.*

*Han pasado más de treinta años, pero no me lo parece. Porque los espectáculos que me brindaste permanecen dentro de mí, vívidos y reales. Durarán lo que dure mi memoria. Acreditándote como mi mujer ideal, la única posible para mí.*

**Solo** en la oficina de *Contraplano*, Rubio leía atentamente en el ordenador los mensajes electrónicos acumulados a lo largo de la tarde previa, tras finalizar la jornada. Por su parte, la señora Muñoz estaba en la imprenta desde primera hora de la mañana, verificando a conciencia el trabajo de los técnicos con el inminente número de la revista.

Justo cuando había terminado de atender el último correo, llegó uno más. Procedía de Eugenio Arbó y se titulaba Clouzot.

El editor sonrió de satisfacción. Llegó prácticamente el último día del plazo, pero por fin tenía en las manos el ensayo anunciado. Arbó nunca decepcionaba.

Impaciente por leerlo, lo imprimió sin más tardar.

A primera vista, apreció que superaba en cerca de cincuenta líneas el espacio pactado, y carecía de notas a pie de página, así como de bibliografía. Ningún problema.

Se detuvo en el principio, acto seguido. Consistía en una cita de la novela *De entre los muertos*, escrita por Pierre Boileau y Thomas Narcejac, un tándem de escritores franceses expertos en literatura psicológica de intriga, por los cuales Arbó siempre había sentido una especial debilidad. La cita rezaba: «Hacía tanto tiempo que la esperaba. Desde que tenía trece años. Desde la época en que se inclinaba hacia el corazón de la tierra, hacia el país negro de los fantasmas y las hadas...».

Rubio interrumpió la lectura, y se levantó con intención de beber zumo. Recreándose en la belleza y significación de la frase. Preocupado por Arbó.

El zumo elegido era de una marca italiana, y combinaba el pomelo rosa con el aloe vera. De un sólo trago, bebió más de la mitad del vaso.

*Aunque nos tratamos desde hace mucho tiempo, Genio, nunca he llegado a conocerte demasiado. Pero sí lo suficiente. Por eso sé que ya no vas a retroceder.*

Elevando el vaso con el resto de zumo, Rubio brindó en voz alta:

—Que seas feliz con tu Isabel.

Tiritando dentro de su grueso chaquetón forrado de lana, René Orozco rebosaba satisfacción. En una formidable zona frondosa cercana del parque natural de Hayedo de Montejo, donde Madrid se confunde con Guadalajara, *Las noches del hombre lobo* estaba a punto de comenzar su última jornada de rodaje.

—Ya sabes cómo quiero la luz, Gaby.

—Por descontado, maestro. Sugerente y tenebrosa.

—Eso.

Con su eficacia habitual, los pocos mexicanos y numerosos españoles que componían el equipo disponían lo necesario para filmar, a primera hora de la tarde. Se trataba asimismo de la secuencia que cerraba la película e intervenían únicamente dos intérpretes, Dan van Husen y Guadalupe del Río.

Aunque el frío normalmente molestaba su naturaleza latina, el productor no sentía el cuerpo a disgusto. Sonriendo, se sentó a la vera de un roble, relativamente lejano del equipo, y extrajo de un bolsillo del chaquetón una tableta de chocolate negro picante. Óptimo segundo postre, para saborear despacio y a solas, en plena naturaleza y al amor del crudo invierno español.

Por sistema, había colaborado con el equipo, como un miembro más. Siempre activo, sistemáticamente al tanto de lo que hiciera falta. La antítesis del productor al uso, fingiendo stress vestido con un traje impecable, que despacha los informes por una línea telefónica mientras negocia la explotación por la otra.

Pero el último día bien podía permitirse la contemplación, aunque sólo fuera durante unos minutos. Sentado plácidamente, comiendo el estimulante chocolate azteca mientras trabajaban los demás.

*Estupendo tipo Dan van Husen. Muy amable, muy profesional, nada engreído. Y una chamaca de puritita raza Lupita. Sólo le faltaba moderar su afición al peyote.*

Contento, Orozco dio un primer y gran bocado en la tableta.

*Las noches del hombre lobo* había despertado la expectativa prevista. Con plena coherencia. El regreso al cine de un viejo cineasta de culto, de una leyenda ambulante de la Serie B, a partir de la presentación mundial en Nueva York. Todos los festivales especializados estaban reclamando su programación, en Europa, Asia y Estados Unidos. La distribución en salas y la explotación en el mercado del DVD ya estaban firmadas, en condiciones razonables, tanto en España como en México. Igualmente múltiples agentes extranjeros mostraban su enorme interés en comprarla, por lo común para el home video. Y aún quedaba el mercado televisivo.

Entusiasmado con el sabor, el productor siguió comiendo. Conforme miraba a Blanco moviéndose penosamente, como si sus articulaciones fueran de plomo, en su conversación técnica con Avelar. A su lado, en silencio, estaba su amigo el escritor.

*Formaban una pareja bien curiosa, estos dos madrileños.*

*Bajo y flaco, el director. Alto y gordo, el escritor.*

*Al comenzar el rodaje, el director era un anciano de hierro, imponente y taxativo, y el escritor un niño viejo, tembloroso y apocado. Ahora, el primero era un carcamal que apenas podía valerse por sí mismo, y el segundo un hombre que hablaba con seguridad y miraba con firmeza.*

*¿Qué había ocurrido?*

Desechó la cuestión, mientras comía otra porción de chocolate. Era un asunto que les concernía a ellos dos, exclusivamente. Empero, desde la tarde que rodaron en el llamado Cercón, Orozco no paraba de sopesar las ventajas de la decrepitud de Blanco. Los grandes y diversos beneficios que sobrevendrían si el viejo cineasta muriese oportunamente, más o menos cuando *Las noches del hombre lobo* estuviera a punto de presentarse en público.

Día tras día, su instinto le ratificaba que *Las noches del hombre lobo* sería la película póstuma de Jacobo Blanco, *Jack White*.

Extendió las piernas y siguió comiendo. Acariciando codiciosamente la macabra posibilidad. Viéndola progresivamente cercana, inmediata, real.

Se levantó, una vez terminada la tableta. Sacudiéndose ligeramente la ropa, regresó a primera línea de rodaje. Ya lo echaba de menos.

—¿Qué tal el descansito, René?

—Fenomenal. ¿Y esto cómo va?

—Empezamos dentro de nada.

—OK, *Jack*.

Al lado del director, el escritor con sus modernas gafas nuevas y las manos hundidas en los bolsillos del anorak. Arbó rompió su mutismo para preguntar:

—¿Alguien me cuenta qué pasa en esta escena?

Blanco, tiritando y frotándose las manos enrojecidas por el frío, respondió:

—Elfriede ha dejado el castillo, sola, sabiendo que hay luna llena. Su intención es que su amado licántropo Heinz, que ya devoró aparatosamente a Meister Krabat y ahora mora en el bosque, la encuentre. Así, ella podrá matarle con una daga de plata, y acabar con su sufrimiento.

Tan contento como impaciente por concluir el rodaje, Orozco intervino:

—Pero, hombre, *Jack*, explica a nuestro intelectual el morbito.

Aceptando de buen grado el reproche de su productor, el director añadió:

—El caso es que ella, en el fondo, busca que el hombre lobo la viole. Para advertir si de alguna manera él la reconoce, durante el acto. Se trata de gozar por última vez, de manera salvaje y, si quieres, masoquista. De morir, sabiendo que su muerte de mujer enamorada significará el fin de una maldición espantosa sobre el hombre amado, de una maldición que causa muertes inocentes.

Sonriendo con un extraño brillo en la mirada, Arbó preguntó:

—¿Y entonces, qué sucede?

—Pues eso. El hombre lobo la encuentra vagando por el bosque, y se abalanza sobre ella. Forcejeando sobre un cuerpo de mujer tan estupendo, la bestia se calienta e intenta violarla. Ella no se resiste demasiado, sufriendo de modo ambiguo. Entonces, durante el acto, el hombre lobo de alguna manera reconoce que la víctima es Elfriede, pero no por ello deja de gozar. Y Elfriede, justo en el momento del clímax común, le clava en la espalda la daga de plata. Y, así, ambos mueren al unísono, igual que al unísono fue su último orgasmo. ¿Bonito, no?

El escritor desbordaba entusiasmo por los ojos y los labios. Y el productor celebró:

—Con un desenlace así, la historia tiene más chiste.

El director asintió, altamente orgulloso de la idea. A continuación encendió un cigarrillo y afirmó:

—Bueno, René, terminamos hoy. Y sin un sólo día de retraso.

—Menos mal. Si nos hubiéramos pasado, la película no me costea.

La voz de uno de los ayudantes cortó la charla:

—¡Todo a punto!

En automática respuesta, aparecieron Dan van Husen y Guadalupe del Río. Él, debidamente caracterizado de licántropo. Ella, moderadamente peinada y maquillada, vestida con un hermoso y descotado traje de época, que combinaba los colores blanco y rosa.

Blanco, con una voz ya bien poco audible, ordenó:

—Dan, Lupe, ensayo.

Y acto seguido se sentó en una negra silla de pinza, cigarrillo en mano.

El ensayo se desarrolló sin necesidad de más correcciones que algunas muy puntuales, con la acción desarrollándose de manera ininterrumpida y bajo la propia iluminación que iba a emplearse para las tomas auténticas. Satisfecho con el resultado, Blanco sin embargo ordenó repetir el ensayo, pero ahora marcando un plano detrás de otro.

Mientras así se hacía, Arbó rebotaba sigilosamente de la proximidad de Blanco a la contemplación del monitor de video, y viceversa. No parecía fuera de lugar, como en sus primeras visitas al rodaje. Y se le veía realmente fascinado.

—Cojonudo. Empezamos a rodar.

Todos asintieron a la voz del director, y los intérpretes se situaron en sus posiciones iniciales, mientras la chica con la claqueta ocupaba su sitio ante la cámara.

Justo entonces Blanco se desplomó hacia su derecha, cayendo a tierra con la silla encima. El ruido fue considerable, pero él no había emitido el menor sonido.

Tras vencer el asombro inicial, todos se abalanzaron alarmados hacia el director. Para ayudarlo, izarle. En el grupo rápida y espontáneamente formado, Arbó era el más ansioso, y la fantástica figura del hombre lobo sobresalía de modo surrealista.

Orozco sonrió para sus adentros, lamentando que no le quedase chocolate picante para celebrarlo.

*Gracias por esta nueva señal, Jack.*

*En el Cercón quizá tropezaste en el suelo. Pero aquí claramente te has desplomado, sin ninguna ayuda.*

*De mal en peor, pues. Así me gusta.*

—**Gracias** por venir, *Gene*.

—Lo estaba deseando, *Jack*.

Atravesando un breve pasillo mientras se quitaba los guantes, Eugenio Arbó penetró en el salón de la casa de Jacobo Blanco. En el viejo tocadiscos, sonaba bajo de volumen un tema de *bossa nova*, acompasado y meloso. Fuera, atardecía.

—Siéntate ahí.

El visitante obedeció, acomodándose en un diván de dos plazas, fabricado a base de bambú y mimbre, al igual que los demás muebles de la habitación. Arrastrando el cuerpo con visible esfuerzo, cubierto por su batín, el anfitrión olía mal. Apestaba a suciedad, alcohol, tabaco, vejez.

Por fin, Blanco logró sentarse. Enfrente de Arbó, a la izquierda de la mesa. Junto a una fotografía publicitaria de *Diabolik*, dedicada por la pareja protagonista, John Phillip Law y Marisa Mell, con unos caracteres en tinta azul, desvaídos por una antigüedad de casi cuarenta años.

—Si quieres beber algo, búscalo tú mismo en la cocina. Yo no puedo con mi alma.

Tras unos segundos de vacilación, Arbó aceptó la sugerencia y se levantó. No obstante, antes de seguir el dedo indicador de Blanco, se despojó del anorak, arrinconándolo en la otra plaza del sofá.

La casa era antigua y revelaba una atmósfera singular, gracias sobre todo a las paredes recubiertas de corcho, cada estancia de un color bien diferenciado de los demás.

Era la casa de Jacobo Blanco. De *Jack White*. De su maestro y amigo.

Una vez en la cocina, el escritor abrió la nevera. Estaba mugrienta y casi vacía. Dado que carecía de bebida alguna, extrajo del congelador la cubitera con los hielos y depositó cuatro en un vaso, previo aclarado, mientras gritaba:

—¿Te llevo algo?

—Deja. Sigo con mi café... particular.

Acto seguido, Arbó buscó alguna bebida. Primero con la vista, sin éxito. Luego registrando los muebles y aparadores. De este modo, pronto encontró dos pringosas botellas de curasao, la una azul y apenas estrenada, la otra roja y casi concluida. Satisfecho, repartió los cuatro hielos en dos vasos, que colmó con las respectivas bebidas de antitéticos colores.

De vuelta al salón con un vaso en cada mano, Blanco, extrañado, le preguntó:

—¿Dos copas?

—Así compagino.

Sonriendo, el director encendió un cigarro. En el cenicero de la mesa agonizaban las cenizas de los anteriores, y por lo que podía apreciarse no fueron pocos.

El escritor, apenas vuelto a su tresillo, bebió un poco de cada vaso, y después dejó

ambos en el suelo, junto a sus pies. Llevaba un pantalón de pana color marrón oscuro y una camisa de idéntico material y color, con varios bolsillos.

—¿En qué fase está la película, *Jack*?

—La fase en que mandan a la mierda al director.

—¡¿Cómo?!

—Tuvimos una charla, Orozco y yo. Una charla importante. Un poco... abrupta, al principio. Tanto que poco faltó para llegar a las manos. Pero después la cosa se serenó. Quiero decir, que acabé cediendo. En todo. Por primera vez en mi vida, he cedido ante un puto productor.

Arbó bebió un poco más, del licor azul. Permitiendo que Blanco se sosegara un poco, antes de seguir hablando.

—Ya no tengo cojones, *Gene*. Soy un viejo pelele.

—¿Pero qué pasó?

—Pues qué va a pasar... Que me ha echado.

—Pero echado, ¿cómo?

—Me aparta de todos los pasos de la posproducción. Alegando que no estoy en condiciones, que no podría resistir un trabajo tan pesado y puntilloso, sobre todo el estar tantas horas en montaje, bien concentrado.

—¿Pues sabes lo que te digo?

—A ver.

—Que no es para tanto.

—Sí que lo es. Es una forma de escupirme en la jeta que ya no puedo participar sino entorpecer. Es el eufemismo de un generalito pendejo.

Arbó soltó una carcajada, y bebió un buen trago del licor rojo. Acompañándole en la risa, Blanco añadió:

—Que les den por el culo. A todos. *Las noches del hombre lobo* ya está hecha. Y nadie puede desfigurarla.

—Ahí quería yo llegar, *Jack*. Tú filmas de tal manera que ningún montador puede alterar el sentido.

—Imposible resumirlo mejor.

—Y la película ya está rodada. Por ti. Del primero al último de los planos.

—Exacto.

—Pues ahora déjales que terminen. Te digo que cuando veas la copia definitiva, la aplaudirás. Reconocerás tu obra, y te identificarás con lo que expresa, del primer al último segundo.

Blanco agradeció las palabras con la mirada. En silencio, conmovido hasta lo más hondo. Obviamente, escuchar afirmaciones así era justo lo que necesitaba, representaba la mejor medicina.

A fin de apartar la cuestión y superar su emocionado silencio, comentó:

—Bueno, ¿y tú, qué tal?

—¿Cómo qué tal?

—Sí, eso. Qué haces, como estás.

—Pues como siempre. Escribo mucho y gano poco. Por no decir que no tengo un duro.

—Ya... ¿y de ánimos?

—Mejor, gracias a ti.

—Pues eso digo yo.

Ambos volvieron a reír, y beber. El disco había finalizado poco antes, pero a ninguno se le había ocurrido darle la vuelta.

Insólitamente, Blanco apagó el cigarro a medio fumar, y se incorporó, diciendo:

—Ven, ayúdame.

Con diligencia, Arbó se situó a su lado. El anfitrión le tomó por un brazo, y, ayudándose así para caminar, le condujo por el pasillo hacia su gabinete.

Blanco caminaba todavía peor que la última vez que lo vio, cuando sufrió un desmayo en pleno bosque, a punto de filmar la última escena. Pero además diríase que había menguado. Si cabe.

En cuanto entraron en la sala, el visitante quedó deslumbrado. Era pequeña, pero extrañamente acogedora. El corcho que recubría el suelo, techo y paredes en este caso combinaba el color azul violeta con el negro. Y por todas partes se veían carteles de las principales películas del director. Tanto los españoles como los correspondientes a las versiones extranjeras. Jacobo Blanco y *Jack White* reunidos en la decoración.

No existía otro mueble que una librería abarrotada y una rústica mesa de madera con su silla correspondiente, las tres pintadas en azul marino. Sobre la mesa, cogían polvo una máquina de escribir «Olivetti» típica de los años setenta, y algunos folios emborronados con bolígrafo.

—Con esa maquinucha están escritas mis películas. Todas. Supuse que querrías verla... para tu libro.

—Por supuesto, *Jack*. Muchas gracias.

—Pues esto no es todo. Media vuelta.

Apoyándose de nuevo en el visitante, ambos giraron sobre sus pasos y entraron en la alcoba.

—Coge esa foto de Isabel. Te la regalo.

Entusiasmado, sin poder proferir palabra alguna, Arbó se despegó un momento de Blanco y tomó la fotografía enmarcada de Isabel Silva uniformada de insinuante azafata. *Sexy Show*.

—¡Maravillosa!

—Pues ya es tuya. Y ahora volvamos al salón. Necesito más café.

—Yo más licor.

—Mi café lo incluye.

Sonriendo, Arbó volvió a prestar su brazo a Blanco, y ambos deshicieron el camino hacia el cuarto de estar. En silencio, mientras el escritor admiraba la fotografía.

Tras recuperar sus asientos, el director comenzó a toser patéticamente, mientras encendía otro cigarro, sin prisa.

Por su parte el escritor bebía, muy despacio. Un poco del vaso azul, un poco del vaso rojo.

No podía apartar la mirada de la fotografía. Uniforme azul, medias negras, focos rojos, tono fantasioso... La imagen le excitaba, le turbaba. En manera hipnótica, estaba transportándole hacia el arco iris de «la cámara del placer». Sin pausas, con celeridad creciente. Por lo cual, con los ojos fijos en la actriz, preguntó bruscamente a su anfitrión:

—¿Qué nueve colores usaste?

Controlada ya la tos, el director suspiró antes de contestar, de modo profundo y evocador, marcando pausas:

—Amarillo. Verde. Azul. Naranja. Rojo. Marrón. Violeta. Gris. Y negro. Por este orden.

—La asesinaste en el último.

—Yo no usaría ese verbo, *Gene*.

—Pero la mataste.

—A falta de un término más bonito...

—Dame tabaco.

Blanco estiró el brazo y le acercó uno de los pocos cigarros que le quedaban, no sin antes encenderlo con el suyo. Tras desviar la vista por unos segundos de la imagen de Isabel Silva, Arbó se lo llevó a la boca y fumó, mas sin tragarse el humo. No sabía.

Volvió a concentrarse en la foto, mientras reanudaba la conversación:

—¿Por qué exactamente nueve?

—Es el número mágico por excelencia.

—¿No es el siete?

—Qué va, eso piensan los ignorantes y aficionadillos.

—Explícame.

—El nueve es el número perfecto, puesto que implica la suma de las tres tríadas. Toda disciplina esotérica lo reconoce.

—¿Y por qué la luna llena?

—Garantiza la máxima eficacia sobrenatural sobre la sexualidad femenina. Lo sabe cualquier cultura ajena al cristianismo.

Arbó continuó absorto en los ojos de Isabel Silva. Fumando, sin fumar.

Intentaba mantenerse lo más sereno posible. Procuraba reprimir su atosigante caudal de sentimientos encontrados y emociones paradójicas.

—¿Te cobraba mucho?

—Más a cada color que interpretaba. Razonablemente, porque crecía la escabrosidad.

—Y siempre confiaste que ella...

—Por supuesto. Yo le presenté el plan general, primero. Lo hablamos. Y ella lo aceptó, en bloque.

—Sigue.

—La primera noche estuvo genial. Ella solita, en amarillo. Entonces supe que lo estaría también en la siguiente. Y la siguiente. Y la siguiente...

—Pero había ingredientes distintos en cada color.

—Sí progresivamente complicados. Pero Isabel me había asegurado su competencia, al principio. Así, yo pagaba de antemano, convencido. Y, en efecto, siempre estuvo a la altura de cada... argumento.

—Y no rehusó...

—No la oí un «eso no» cuando negociamos el proyecto. En ningún color. Menos mal, me habría decepcionado terriblemente.

—Pero cómo sabía...

—Yo le explicaba lo que debía hacer y decir, y Johnny, tras disponer la ambientación, le entregaba el vestuario. Ella lo comprendía todo a la primera, era muy lista. Y lo interpretaba de maravilla, con un margen lógico para su... espontaneidad. Ya sabes.

—¿Y los demás... intérpretes?

—Los captaba ella. Les daba las instrucciones, y les pagaba. Con mi dinero, claro.

El escritor dejó las gafas sobre el anorak, por lo cual se acercó más la foto a los ojos. Seguía sin mirar a Blanco cuando reanudó las preguntas.

—¿Qué sentía por ti?

—Nunca llegué a saberlo exactamente. Pero había una gran admiración artística, por supuesto. E interés económico, claro.

—¿Y tú por ella?

—La quería con locura. Por eso necesitaba verla haciendo cosas. A mi gusto.

—¿Alguna vez le hablaste de amor?

—Nunca. ¡Qué vergüenza!

—Y tampoco la tocabas.

—Jamás. ¿Pero tú por quién me has tomado? ¿Por un ligón, un putero, un novio, un marido? Por favor, *Gene*...

Con sumo cuidado, Arbó guardó la foto en un bolsillo interior del anorak, volvió a calzarse las gafas y terminó el curasao azul. Con el cigarro en la boca, por fin fijó la mirada en Blanco, que fumaba igualmente.

—Obviamente, le mentiste respecto al color negro.

—No exactamente. Eso fue un pequeño retoque en el guión.

—O sea que no habías dispuesto...

—Justo. En principio no había pensado hacerlo. En absoluto, puedes creerme. El número negro, simplemente, debía ser una culminación maravillosa de los anteriores. Porque consistía en que Isabel iba a estar conmigo, en el mismo lecho de los colores

anteriores. Finalmente, los dos solos, abrazados.

—Romántico, *Jack*.

—Pero conforme fui admirándola en aquellas barbaridades, con unas y con otros, cambié de opinión. Poco a poco, noche tras noche, advertí que el desenlace ideal de nuestro arco iris era su muerte. Por lógica.

—¿Qué lógica?

—Mi reacción a su brillantez. O, si lo prefieres, mi especial manera de reconocer lo espléndida que había estado... engañándome ante mis propios ojos.

Cegado por una rabia repentina, Arbó propinó una patada a la mesa de Blanco con toda la energía que pudo reunir. El mueble, impulsado violentamente hacia atrás, golpeó con fuerza en el pecho del director, mientras caían al suelo el cenicero y la taza.

—*Gene*...

Jadeando, Blanco apenas podía pronunciar palabra.

Por su parte, Arbó iba serenándose. Lenta, muy lentamente.

Durante unos segundos, había querido repetir con Blanco su proeza con Rizal. Por lógica.

El cigarro había caído al suelo, entre los dos vasos. Empuñó el que aún contenía licor, y bebió un poco más. Poco después, relativamente sosegado, se levantó y se acercó a Blanco. Recomponiendo la mesa, sacudió el frágil cuerpo del viejo.

—*Jack*... lo siento.

El director tosió, como respuesta. Una, varias veces. Su aliento ya era fétido.

—*Jack*...

—Estoy mejor... tranquilo.

Arbó se alejó en dirección a la ventana, mientras Blanco terminaba de recuperarse. La noche se había cerrado sobre Madrid, y la lluvia comenzaba a descargar.

De espaldas al director, el escritor preguntó:

—¿Cómo te deshiciste del cadáver?

—Me ayudó... Curro. Le hice creer... que Isabel había sufrido un ataque al corazón... durante lo nuestro... no hubo violencia.

—¿Nadie investigó?

—¿Quién iba a hacerlo? Inventamos que Isabel rompió con Curro y se marchó a Brasil. Se trataba de que no hubiera autopsia... para que no descubrieran... el veneno.

El escritor abandonó la ventana y terminó su bebida. Acto seguido, se puso el anorak, asegurándose con el tacto que la fotografía de Isabel seguía guardada.

—¿Qué pasó con Curro?

—Se metió en follones, y lo asesinaron poco después. Mejor para mí. Bueno, y para el mundo. Era un gilipollas.

El escritor caminó hacia la puerta, profundamente arrepentido de su arrebató de

cólera, y deseando alejarse del director.

—Espera, *Gene*, tu dirección... ¿viene en la tarjeta que me diste?

—Sí.

—Recibirás algo mío. Muy pronto.

Encogido en su silla, con su flaco cuerpo flotando en el batín, Blanco parecía más piltrafa que nunca.

—Gracias otra vez, *Jack*. Por la foto, y por todo.

—Gracias a ti, *Gene*.

—Y no me tomes en cuenta la patada.

—No lo hago.

Arbó salió del hogar de Blanco, y descendió lentamente el único tramo de escalones que mediaba entre el primer piso y el vestíbulo.

A continuación se situó ante la entrada del sótano, y contempló el acceso de «La cámara del placer». El silencio reinaba en el vestíbulo, en la totalidad de la finca.

Moviéndose por instinto, sacó la fotografía del interior del anorak, rompió el vidrio para extraer cuidadosamente la imagen y sin mayor miramiento tiró a su espalda el marco y el cristal. A continuación, indiferente al ruido provocado, sujetó la foto sobre la puerta del sótano. Apretando el rostro contra ella, la besó tiernamente, mientras susurraba con lágrimas en los ojos.

—Isabel. Ya casi.

**Tumbado** en el suelo del salón sobre la alfombra raída, Arbó escribía con rotulador verde en folios reciclados. Detrás de él, la ventana abierta al invernadero mediodía madrileño le asistía mediante una luz clara y un frío seco.

Ultimaba el sumario de su libro sobre Jacobo Blanco, retocando unos puntos, puliendo otros. Y no veía la hora de empezar a escribirlo... Era una obra necesaria, de todo punto indispensable en la bibliografía cinematográfica. Española, europea, mundial.

Dos noches antes, un correo electrónico de Javier Rubio le confirmó que su editorial lo publicaría, apenas entregado. Por desgracia, indicaba asimismo que no podía anticiparle ninguna suma hasta la recepción del original.

Por el momento conforme con lo escrito, Arbó se incorporó, recogiendo los papeles. Y se dirigió a la cocina, a fin de prepararse una de sus frugales comidas de los últimos tiempos. Pasta con alguna especia, arroz con salsa de soja, o un par de salchichas, eran las opciones más socorridas.

Después de la comida, incorporaría el esquema, todavía provisional, en un documento nuevo en el ordenador. En sus dos libros anteriores, también había procedido así. El primer paso a mano, el segundo en la pantalla.

Tras vacilar unos pocos segundos, optó por prepararse un plato de pasta. Para ello puso a hervir agua con sal en una cacerola que tiempo atrás fue de color rojo oscuro.

De nuevo, su cuenta corriente carecía de los fondos necesarios para atender las domiciliaciones del mes. Y se sentía incapaz de volver a recurrir, por enésima vez, a la tía Aurora.

Volvió al salón, dejando el agua sobre el ruidoso fuego de su vieja cocina de gas. Pretendía poner un disco. Empero, justo cuando ya lo había elegido, la banda sonora de *El clan de los sicilianos*, sonó el timbre de la puerta.

Sin importarle estar vestido sólo con el pantalón del pijama y una costrosa camiseta negra de manga larga, abrió maquinalmente. La característica sonrisa del portero Timoteo, a la par gentil y amarga, le recibió.

—Otro paquetito, *Genio*.

—Ah, bien.

—La de cosas que te mandan últimamente...

—No exageremos.

—Pero si es normal. Un escritor de tu categoría tiene que recibir...

—Muchas gracias, pero estoy haciéndome la comida.

—Ya se lo decía yo a tu santa madre, que en gloria esté...

—Gracias.

Despacio pero firmemente, con una forzada sonrisa en los labios, Arbó cerró la puerta al portero y volvió al salón con el sobre acolchado en las manos. Era de tamaño y peso medianos. Según se acomodaba en el tresillo, leyó lleno de curiosidad

el nombre del remitente: Jacobo Blanco.

Impaciente, desgarró la apertura con sus torpes manos.

Contenía el guión de *Las noches del hombre lobo*, así como otros tres sobres, igualmente acolchados pero de medidas diferentes.

Empezó con el pequeño. Albergaba un juego de llaves. Dos verdes y dos violetas, sin más indicaciones.

Abrió a continuación el de tamaño intermedio. Incluía una carta, no muy larga y escrita con una máquina vieja, que a buen seguro era la «Olivetti» del gabinete con los carteles.

Por último, rompió el mayor de los tres. Escondía un fajo de billetes nuevos de quinientos euros. Un fajo abultado, turgente.

Completamente alucinado, Arbó entornó los ojos, con el dinero en las manos. Y dejó pasar el tiempo, sopesando, manoseando, sintiendo los billetes. Eran reales, procedían de *Jack*.

A continuación cerró los ojos hasta que le dolieron. El contacto de sus dedos con el dinero había evolucionado en cuestión de segundos. Ahora significaba una caricia purísima. Sensual, amorosa, lasciva. En el más pleno silencio, al halago del aire invernal que refrescaba generosamente la estancia.

El sonido del agua rompiendo a hervir le devolvió a la realidad. Por lo cual ante todo se dirigió a la cocina y apagó el gas. Después, se sirvió un buen vaso de vino verde frío, y lo bebió de un trago. De vuelta al salón, con el vaso repuesto hasta el borde, se acomodó nuevamente en el tresillo y tiró los billetes sobre la alfombra, al pie del sofá. No eran pocos, efectivamente.

Acto seguido, arrojó el juego de llaves sobre los billetes y tomó la carta en sus manos. Sólo entonces advirtió que le temblaba el pulso y el corazón le latía aceleradamente, comprendió que todavía no había asumido la sorpresa. Bebió algo más de vino, con el propósito de calmarse. Sin embargo, consiguió justo lo contrario. Incrementar su ardorosa alteración.

Y pensar que minutos antes estaba sufriendo por las domiciliaciones en el banco...

Temblando todavía un poco, abrió el guión y lo ojeó con interés. Tal como esperaba, había una dedicatoria en la página inicial. Escrita con tinta roja y letras mayúsculas, rezaba «Para *Gene*. Mi compadre».

Sonrió, conmovido. La dulce emoción generada por la dedicatoria le serenó bastante, emplazándole adecuadamente para la lectura. Pues ya no podía demorarla más, necesitaba oír a *Jack* dentro de sí, ansiaba corroborar todas las hipótesis que hervían en su cerebro, que se fueron agolpando según abría los sobres.

Mentalizado ya, sin más dilación procedió a leer:

Tranquilo, escritor experto en cine fantástico. No voy a empezar afirmando que cuando leas estas líneas ya estaré muerto.

Sigo vivo, te lo juro. Pero por poco tiempo, claro.

Seguramente has visto ya el guión y el contenido de los otros sobres. ¿Necesitas aclaraciones? Por si acaso te las doy: el guión es un recuerdo personal y personalizado, las llaves son las de mi casa y el sótano, y el dinero procede de la cancelación de mi cuenta bancaria. Todo es para ti. Mi abogado, por así llamar al viejo memo que siempre se ha ocupado de mis papeles, ya tiene mi testamento, donde he dispuesto todo esto.

Como ves, no estoy enfadado por la patada y el desplante. En absoluto. Comprendo tu reacción. Sé cómo te sentías.

Por eso entiendo que quieres saber todavía más de Isabel. Del número negro, sobre todo. Amparado en que no puedes verme, y puedes leer sin dar patadas... por lo menos a mí. Patadas que no están provocadas por el odio ni por los celos. Menos aún por indignación moral. Sino por unas razones que sé perfectamente. Y también tú tienes que saberlas, *Gene*. Confío en que tengas cojones para admitirlas ante ti mismo, para reconocerlas. Sin necesidad de que te las aclare yo. Porque no lo voy a hacer.

El número negro, decíamos. Sucedió lógicamente con la «cámara del placer» en este color. E Isabel llevando sólo unas medias, negras también. Medias con costura, medias de zorra. Como de zorra era su maquillaje y los zapatos de tacón.

Primero me calentó. Tocándose, mientras rememoraba los números anteriores. Sin prisa, complaciéndose, evocando cuánto había disfrutado... sin saber que había empezado a morir. Envenenada por el paraldehído, un veneno rápido y eficaz, que huele a fruta y se sirve en vaso de cristal porque funde el plástico. Lo bebió lenta y sensualmente como inicio de la sesión, mezclado con vodka, convencida de que era un combinado exótico. Obedeciéndome, como siempre.

Cuando yo había llegado al máximo de la excitación, me reuní en la cama con ella. Y así la toqué por primera vez. Por todas partes, con la mayor impudicia, con un deseo asqueroso. Y la besé, metiéndole la lengua hasta la garganta, devorando sus labios. Babeándola de arriba a abajo, con un calor abrasador. Ella respondía de maravilla, muy profesional. Pero cada vez más abotargada por el veneno. Por fin, cuando advertí que empezaba a estar realmente mal, abrí sus piernas con violencia y la penetré. Fue un desastre, apenas entrar ya me corrí. Lógico, yo no sabía. Porque era mi primera vez.

Esta era la idea, *Gene*, madurada color tras color. Que mi primera vez fuera la última de Isabel. Que yo entrara en la vida, mientras ella la dejaba. Que el castigo de su espectacular feminidad implicase la realización de mi amor.

Murió mientras yo salía. Y así se quedó, sucia y caracterizada de golfa, hasta que al día siguiente vino Curro a llevársela.

Yo la quería, *Gene*. Nadie sabe cuánto. Pero nuestro arco iris era la única forma en que yo podía desarrollar mi amor.

No tengo nada que añadir. Y ya sólo queda que nos demos un abrazo de

despedida. Pero debe ser la noche del viernes próximo. Ni antes ni después. A las doce, en el sótano. No me falles. Y tampoco olvides tus famosos guantes, no sea verdad lo de las huellas dactilares que hemos soportado en tantas películas...

Gracias por entenderme y hasta pronto, compadre.

Arbó dejó la carta al lado, conmocionado profundamente por la lectura. Sólo entonces percibió que le quedaba vino. Sin embargo, tras mirar el vaso advirtió que no quería beber. Ni comer. No quería hacer nada, salvo pensar y sentir.

Contempló los billetes, las llaves, el guión.

Estaba caliente y enamorado. Se sentía más caliente y enamorado que nunca.

Feliz, exclamó:

—Isabel. Ahora sí.

Agitado por sudores fríos y obnubilado por la sobredosis de alcohol barato, Jacobo Blanco era incapaz de conciliar el sueño. Temblaba, gimoteaba en el lecho.

Ansiaba que llegase el próximo plenilunio, para marcharse para siempre. Consciente de que mientras tanto nunca podría relajarse, descansar, dormir. Jamás, ni un sólo y misericordioso segundo. El reposo era una gracia de la naturaleza que ya estaba negada para él, que de ningún modo aliviaría sus últimos días.

Con todo, no sufría tanto. Contaba con un bálsamo, titulado *Las noches del hombre lobo*, y un consuelo, llamado Eugenio Arbó, *Gene*.

*Bueno, Isabel, ya queda poco. Me voy, por fin. Pero legando una obra maestra, gracias a la cual brillaré especialmente en la historia del cine. Entraré en lo más glorioso del séptimo arte con esta historia que tantos elementos esconde de nuestra vida. Ya verás, cuando Las noches del hombre lobo empiece a difundirse aquí y allá como la película póstuma, como el testamento del gran Jack White... Qué fabuloso éxito obtendrá, qué increíble triunfo cosechará. Lo sé yo, lo sabe Orozco, lo sabe cualquiera con dos dedos de frente.*

*Yo me voy, sí, pero en cambio tú te quedas. Te quedas porque no te has ido. Nunca has abandonado «la cámara del placer». Desde la primera vez que la pisaste, has vuelto cada noche de luna llena. Hermosa, fascinante, real. Encarnando los colores principales, para representar la particularidad de nuestro amor. Un amor extraordinario, especial, único. Más allá del que sienten los mediocres y los imbéciles.*

*Pero trata bien a Gene, por favor. Es mi discípulo, mi amigo. En las últimas semanas, ha progresado mucho. Pero te necesita para dar el salto. Para aprender lo que es el amor, ese amor que sólo tú y yo sabemos.*

*Obedécele siempre, al igual que me obedeciste a mí. Bien sumisa, ya sabes. Y seguro que te sorprenderá. Algo me dice que no puede conformarse con copiarme. Querrá ir más allá, superarme. Es lógico, y natural. Te digo más, espero que lo haga.*

*Mientras, evocaré el último color de nuestro arco iris.*

*Eras tú sola con varios hombres de raza negra, provistos de máscaras y garras de oso, el animal lunar por excelencia. Ellos caían sobre ti en la cama y desgarraban a zarpazos tu única vestimenta, una malla gris, gris al igual que el resto de la estancia. Después te violaban salvajemente, por todas partes, todos a la vez... mientras tú gritabas de horror y gemías de vicio, entre sus múltiples gruñidos. ¿Cuántos eran? No lo recuerdo bien, Isabel. Ni siquiera os veo ya con la precisión de otras veces, de los años anteriores...*

Con el esquelético cuerpo empapado a causa de la fiebre, Blanco suplicó:  
—Selene, llévame ya...

A causa de fracasar con la primera llave verde, Arbó probó con una violeta. En vista del éxito, empleó directamente la otra llave de tal color para abrir la segunda cerradura del sótano de Blanco.

Una vez cerrada la puerta a su espalda, el visitante se encontró en el inicio de un pasillo relativamente corto, con las paredes encaladas e iluminado a base de varias bombillas rojas, azules y verdes que pendían del techo.

Ocho maniqués femeninos cubrían el pasillo de principio a fin, encarados en hileras, cuatro frente a cuatro. Las posturas diferían ligeramente respecto a caderas, manos, piernas y giro de cabeza. El vestuario y las pelucas también eran distintos, con ánimo de caracterizar a conveniencia cada personaje.

Guardando una distancia razonable, en la pared izquierda se sucedían una mujer amordazada y atada con los brazos en la espalda, en la línea de las fotografías de Irving Klaw en los años 50; una grácil adolescente japonesa con el uniforme de marinero típico del país, si bien con la falda más corta de lo reglamentario; una lustrosa prostituta de época, según las pinturas de Toulouse-Lautrec; y una muchacha luciendo un ajustado bañador blanco, con el diseño psicodélico propio de los años 60.

Los espacios correspondientes de la pared derecha revelaban sucesivamente una exótica soberana mulata, que parecía arrancada de las páginas de un cómic de «fantasía heroica»; la Eva Kant que personificó Marisa Mell en la película *Diabolik*; una azafata con medias de rejilla, calcada sobre la Isabel Silva de *Sexy Show*. Y, por último, una mujer engalanada con el singular traje rojo de novia que Juan Rizal diseñara décadas atrás.

Arbó examinaba unas y otras, maravillado. Apreciablemente, el dueño velaba por sus figuras. Material de calidad y expresiones elocuentes. Prendas cuidadas. Pelucas sin mayores desperfectos.

La voz de Blanco, macilenta y suplicante, le sacó de su éxtasis:

—¡Te estoy esperando! Ya tendrás tiempo de jugar.

Convencido, Arbó abandonó su contemplación y se dirigió hacia la voz. El maestro tenía razón.

Caminó con decisión a lo largo del pasillo, indiferente a las dos puertas que hacia el final se abrían a derecha e izquierda. La cocina y el baño, según recordaba de la somera descripción de Rizal.

Vestido con una lujosa gabardina negra de piel, del mismo color y tejido que la boina de visera y su nuevo par de guantes. Insólitamente moreno, gracias a una sesión de rayos uva en un selecto centro de estética masculina.

—Bienvenido a mi reino, niño.

—Ya era hora, viejo.

«La cámara del placer» era de forma horizontal y únicamente contenía un lecho grande y mullido, con un butacón frente al pie. Una curiosa mixtura de puerta y

ventana, a una altura del piso de apenas medio metro, daba paso a un patio particular.

—Llegas puntual.

—¿Lo dudabas?

—En absoluto. Sé que eres un profesional.

—Somos, *Jack*.

El ventanal estaba abierto por completo. Abierto a una temperatura por debajo de los cero grados, a la radiante luz de la luna llena.

Sin embargo, Blanco no parecía acusar el frío. Acostado bajo una única y liviana sábana, que permitía percibir su absoluta y esquelética desnudez.

—Estás muy guapo.

—Tengo dinero.

—¿Algún éxito editorial?

—Para nada. *El rey mago Jack*.

Blanco sonrió, y Arbó le imitó.

Empero, eran sonrisas muy distintas. Aunque, a su respectiva manera, ambas revelaban impaciencia.

—Acércate más, que te hará falta.

El visitante obedeció y se sentó en el borde del lecho. A continuación, secó sus gafas, humedecidas por el vaho, y clavó la mirada en el anfitrión.

Los ojos del anciano cineasta ya habían perdido cualquier expresión, su personalidad de otrora. Eran opacos por completo. Eran ojos de cadáver, en un cuerpo de cadáver.

—¿Qué te parece?

Arbó examinó atentamente la daga que le mostraba Blanco, puesto que nunca había contemplado ninguna parecida. Grande, robusta y curva, estaba recorrida de arriba a abajo en ambas caras por una sobresaliente media luna, en la cual se enroscaban diversas sierpes monstruosas, asimismo en relieve. A buen seguro, constituía una pieza única, fabricada expresamente bajo los dictados de su dueño.

—Preciosa. Es de plata, ¿no?

—Íntegramente.

Asintiendo, el escritor desvió la vista del director, deseoso de examinar otra vez la sala, tan impecablemente geométrica. Por fin estaba en «la cámara del placer». Tras tanto esperar y sufrir, se hallaba materialmente en el espacio habitado por Isabel Silva.

Arbó se humedeció los labios, conteniendo la intensa emoción. Desde que empezó el rodaje de *Las noches del hombre lobo*, había ido cumpliéndose progresivamente el destino personal que treinta años atrás le anunciara una proyección de *Las vampiras de Drácula*.

—*Gene*.

Arbó reaccionó despacio, y volvió a mirar a Blanco. Obviamente, el anciano no soportaba la vida durante más tiempo.

—¿Sí?

El veterano del cine español de terror destapó el cuerpo hasta la cintura y le ofreció el arma. Su diminuto físico comenzaba a tiritar, pero no a causa del frío de la madrugada helando la estancia.

—Mátame. Es el momento.

—Empieza tú, maestro.

—Si insistes...

Empuñando la daga con ambas manos, Blanco enfiló su corazón y clavó el arma con la fuerza que logró reunir.

La penetración, con todo, fue dolorosa y profunda. Sin embargo, el moribundo reprimió todo sonido de su maloliente boca.

—En estos casos las películas enseñan más sangre.

—Las leyes... del espectáculo... *Gene*... ya sabes...

Asintiendo, Arbó aferró con ambas manos la daga empuñada por Blanco y la hundió más. Mucho más. Aplicando todo su ímpetu, primero. Con movimientos ascendentes y descendentes, después, entrando y saliendo de la herida.

Ahora la víctima sí que gritó, aunque no estrepitosamente. Del mismo modo, de la herida mortal manó más sangre, pero tampoco demasiada.

Arbó dio por finalizada la labor, se levantó y contempló los estertores de Blanco. Los párpados estaban muy abiertos, las manos temblaban en la empuñadura de la daga. Quizá aún no había expirado por completo, pero sin duda le quedaba poco para hacerlo.

Sereno, el visitante examinó sin prisa sus guantes, la gabardina, el pantalón. Perfecto, ninguna mancha, todo impecable. Acto seguido, devolvió por última vez la mirada hacia Blanco. Los temblores disminuían, la sangre escapaba del pecho por varios hilillos, a cuál más nimio y oscuro.

*Asunto resuelto, Jack.*

*Gracias por tus películas. Por tus lecciones. Por tus confidencias. Por tus regalos. Y por elegirme para una misión tan sagrada como esta.*

*Gracias por ti.*

*Fuiste único. Al menos para mí, y soy la persona que más me importa.*

Calándose la visera de su boina de cuero, y mientras sacaba del bolsillo el juego de llaves, Arbó abandonó la «cámara del placer».

No había en la estancia otro color que el blanco, el mismo e impoluto color de las sábanas y el almohadón.

—**Pero**, *Genio*... esto, esto...

—Esto es un billete de quinientos euros.

—Pero tú... cómo...

—Es un regalito, Tim. No hagas más preguntas, que el dinero nunca sobra.

—Nunca, nunca.

Atónito y balbuciente, el longevo portero no daba crédito a sus ojos mientras contemplaba el billete, a la vez que seguía al escritor por el portal, mediante cómicos pasos de pato mareado.

Con una sonrisa afectuosa y un pie en la calle, Arbó añadió:

—Si lo prefieres, considéralo un recuerdo.

—¿Cómo que un recuerdo?

—Tarde o temprano me mudaré. Y será temprano, espero.

—No comprendo...

—Voy a vender esta casa e instalarme en la de Jacobo Blanco. El director, ya sabes.

—Cómo no, el amigo tuyo que se suicidó... el que hacía películas de miedo. Vaya carnicería... Leí todo lo que pillé.

—Entonces, recordarás que dejó la casa a su compadre y biógrafo.

—No hay mal que por bien no venga, *Genio*.

Abandonando el portal, Arbó respondió:

—Pues eso digo yo.

Alejándose a buen paso, aún oyó vagamente a su espalda:

—Si te vieran tus padres... tan moreno y repipi... hecho un marquesito...

La mañana era gélida pero extraordinariamente luminosa. Una luz clara y fría, típica de la sierra, iluminaba Madrid a mediados de marzo del 2005.

Bajo su flamante gabardina de piel, Arbó vestía ropa igualmente nueva y de color negro. Un jersey de cuello alto, pantalones de cuero, botas de media caña. Así como los guantes y la boina, inseparables de su persona desde el instante mismo de la compra.

Caminaba sin rumbo, buscando un taxi con la vista. Empero, una llamada en el teléfono móvil alejó momentáneamente su propósito. La pantalla luminosa le advertía que se trataba de su editor y amigo.

—Dime, Javi.

—¿Cómo va el libro, *Genio*?

—A decir verdad, aún no he empezado.

—¡¿Pero estás gilipollas?! Quiero publicarlo cuanto antes, hay que aprovechar...

—El escándalo suscitado por el suicidio de mi amigo, en un sotanucho lleno de maniqués masturbatorios.

—No hables así, hombre... y sé realista, por primera vez en tu vida.

Mientras escuchaba a Rubio, Arbó por fin vislumbró un taxi libre, justo a su lado y esperando como tantos otros vehículos que el semáforo abriera. Entró con rapidez y ordenó al taxista:

—Al centro. Ya le iré indicando.

El conductor asintió y en cuanto pudo arrancó. Posiblemente oyera desde su asiento gritar a Rubio:

—¿Pero me estás escuchando?!

—Podría hacerlo hasta sin teléfono.

—*Genio*, por favor, empieza el libro, escríbelo deprisa. El sumario que me mandaste es válido, no tienes más que ir llenando cada capítulo...

—Así de fácil.

—No te hagas el modesto...

El taxi circulaba sin complicaciones particulares, la hora del día no resultaba engorrosa para el tráfico.

—*Genio*, este libro tienes que escribirlo tú. Tú y para mí. Pero cuanto antes, que puede aprovecharse el oportunista de turno.

—No es imposible.

—Y tú no quieres eso. Piensa en Blanco. Era tu amigo.

—Tendrás tu libro, Javi. Te lo prometo.

—¿Pronto?

—Prontísimo. Palabra de honor.

—Dime un subtítulo, y lo anuncio ya en el próximo *Contraplano*. Lo de «El cinema de Jacobo Blanco» no me basta. Está bien, es bonito por su tono anacrónico. Pero necesito algo más.

—¿Tiene que ser ahora?

—Tú eres capaz.

Mientras extraía del bolsillo una elegante cajetilla de cigarros y un lujoso mechero, Arbó pensó con premura. Un homenaje a una bonita canción del pasado, de mejores y más estéticos tiempos, se imponía en su cerebro como elección ideal. Acaso *Blue Moon*... Pero no, esta singularizaba un color entre los nueve.

—*Genio*...

—Ya está.

—Venga, que escribo.

—«El cinema de Jacobo Blanco. *How High the Moon*».

—Precioso. Mejor dicho, genial. Se interpreta adecuadamente en todos los países.

—Las dos frases al revés, si lo prefieres.

—Eh... me lo pienso.

—Gracias, Javi. Hablamos.

Arbó cortó la comunicación, pero justo entonces volvió a sonar. La pantallita indicaba «tía Aurora». Tras vacilar unos segundos, apagó el teléfono móvil. Apenas

advertirlo, el taxista preguntó:

—¿A dónde vamos, exactamente?

—No lo sé. Paséeme por Madrid. Quiero mirar desde el coche. Durante una hora, dos, tres... No lo sé, repito.

—Comprenderá que...

—No se arrepentirá. Soy un millonario excéntrico.

—Entonces...

—Dejo la ruta a su criterio. Pero quiero estar en silencio.

—Por mí...

Sacando su policromada cartera, Arbó entregó al taxista dos billetes de cincuenta euros. Mientras este balbuceaba para expresar su agradecimiento, el pasajero le preguntó:

—¿Puedo fumar?

—Usted, sí.

—Pues que empiece el *tour*.

Recogiéndose en una esquina del asiento, Arbó bajó la ventanilla por la mitad y encendió un cigarro. A partir de la primera calada, continuó fumando con ritmo regular. Sin tragar el humo, salvo casual y esporádicamente.

El coche se dirigía hacia el centro, seguramente respetando la primera indicación del pasajero. Un pasajero que examinaba con atención todo lo que veía, como si fuera la primera vez que sus ojos recorrían la ciudad donde había vivido a lo largo de cincuenta años.

Espanoles, extranjeros. Gente caminando apresuradamente por razones de trabajo, gente paseando plácidamente con ánimo turístico. Gente vestida de lujo, gente vestida con sencillez, mendigos.

Edificios bellos, edificios limpios, edificios horribles, edificios sucios. Coches de toda laya, fachadas en restauración, obras urbanas por doquier. Ruido.

Arbó tosió ligeramente, por culpa del tabaco.

Madrid es una ciudad inquieta y crispada, carente del sentido de la proporción. Una megalópolis que procura desesperadamente preservar su identidad, en crisis por culpa de rivalidades políticas nacionales y lamentables homologaciones mundiales.

Recorrida la Gran Vía, el coche enfiló hacia el Paseo del Prado.

Arbó continuaba observando. Contento con la experiencia, encantado de no escuchar llamadas telefónicas.

Colaboradores de diarios nacionales y locales. Colegas de revistas especializadas. Periodistas de programas radiofónicos y televisivos.

El gestor de Jacobo Blanco avisó a la policía de que su cliente y amigo le había notificado el suicidio en una tarjeta postal recibida justo a la mañana siguiente, y la rauda lectura del testamento convirtió a Eugenio Arbó en el eje del caso.

Empero, el hasta entonces ignoto crítico de cine había rechazado tajantemente

hablar con cualquier profesional de la información, general o cinematográfica. La muerte de Blanco pertenecía a su intimidad, implicaba su vida.

Dudaba, en cambio, si aceptar la invitación de Orozco para el estreno de *Las noches del hombre lobo* en la convención especializada de Nueva York que lo solicitara, ya antes de la muerte de Blanco. La *première* iba a representar un gran acto, todo un evento en la historia del cine fantástico, que se enriquecería mediante la programación de buena parte de la filmografía de Blanco, y a ser posible con la presentación del libro, si se publicaba a tiempo.

*El mito que suponías antes de morir se ha magnificado lo indecible, Jack. La daga de plata en el plenilunio y los maniqués caracterizados han hecho por ti mucho más, infinitamente más, de lo que nadie podría prever. Te han identificado íntimamente con tu obra, a perpetuidad. De modo malsano y baboso.*

*Desde ahora, que cada cual extraiga sus conclusiones. Empero, por el momento están predominando las de signo moralista, querido amigo. «Hacía las películas que hacía porque era un perverso», representa la conclusión más extendida hasta la fecha, enunciada casi literalmente. Y ten en cuenta que quienes sostienen esta tesis no lo saben todo... Los freaks tan contentos, eso sí.*

Circulando a lo largo del Paseo de Recoletos, Arbó arrojó por la ventana del coche la colilla del cigarro y unos segundos después encendió otro.

Únicamente quería que finalizasen los fastidiosos trámites, sólo ansiaba ocupar la casa y el sótano de Blanco para poner en venta el viejo domicilio de sus padres. El gestor había recibido una buena propina a fin de que acelerara su trabajo, pero, evidentemente, era incapaz de agilizarlo en mayor medida.

—¿Todo bien?

—Sí. Pero desvíese antes de la Plaza de Castilla, que nunca me ha gustado.

La primera calada del nuevo cigarro provocó que Arbó tragara más humo que nunca. Mareándole un tanto, procurándole una ligera arcada.

*Las noches del hombre lobo es una obra maestra, Jack. Tú lo sabías, yo lo sé. ¡Enhorabuena, maestro!*

*Ya verás cuando se estrene. La polémica social que despierta, el éxito comercial que obtiene. Palmero me ha enviado un sobre con diapositivas. Son magníficas, a cual mejor. A ti se te ve en varias, ocho o nueve. Y a mí también, en un par de ellas. Una en el estudio, en la escena de la flagelación. Y otra en el bosque, poco antes de que te desmayaras.*

Arbó tiró por la ventana el segundo cigarro, a medio terminar. Y sacó de un bolsillo una preciosa petaca, toda plateada. Contenía dos tipos de curasao, mezclados y agitados. El azul y el rojo.

Bebió un poco. Estaba frío, delicioso.

*Bueno, Isabel, pronto cantaremos victoria. Brindaremos por el triunfo en nuestra «cámara del placer».*

*No hay que olvidarse de Jack, por supuesto. Todo lo contrario. Su recuerdo*

*siempre nos acompañará. Con la admiración y el respeto que se merece.*

*Pero él se ha ido. Y, como bien nos enseñó Mario Bava con su genial título, El diablo se lleva los muertos.*

*En cambio, tú y yo estamos aquí, amor mío. Desde ahora vives para Gene.*

Turbado, el pasajero bebió más y más. El automóvil había girado hacia calles anónimas, intercambiables.

*Sé cuánto me quieres, Isabel. No menos que yo a ti, claro está. Por eso, estoy seguro de que a mí no me cobrarás. Pero si prefieres hacerlo, adelante. Tus motivos tendrás, tal vez cobrando te calientes más, qué sé yo...*

Arbó ya apenas reconocía los laberínticos senderos, ignoraba dónde estaba. Estaba perdiendo la noción del tiempo, del espacio, de todo. Y apenas quedaban unos dedos de licor.

*Amarillo. Verde. Azul. Naranja. Rojo. Marrón. Violeta. Gris. Y negro... a la luz del plenilunio.*

*Jack era un genio, Isabel. Lo sabemos perfectamente. Y como tal me ha dejado el listón muy alto.*

El taxi continuaba circulando, en silencio y sin cesar, siempre a la misma velocidad. Pero el pasajero ya no veía transeúntes, ni otros coches. Ni siquiera al conductor. Tampoco oía, nada.

*Confía en mí, Isabel. Nuestro arco iris no será inferior al elaborado por Jack, del primer color al último.*

*Lo planificaré escrupulosamente, diseñaré sin precipitaciones cada uno de tus espectáculos. Con la colaboración de un buen decorador y figurinista, por supuesto. Si quieres, buscaré también una peluquera y maquilladora.*

*En cuanto a la sesión de negro... será fantástica. Estaremos a solas. Tú y yo en la cama, tal como hiciste con Jack. Esto lo conservo. Igualmente morirás cuando yo esté dentro, de forma que mi primera vez sea la última tuya. Tampoco me interesa cambiar esto, porque es inmejorable.*

*Pero te prometo que no habrá más parecidos. Ingeniaré algo completamente distinto para tu segunda muerte. Te asesinaré de un modo especial, amor mío.*

Ensimismado, Arbó tiró la petaca por la ventanilla y guardó sus gafas en un bolsillo. Acto seguido, se recogió en la esquina de su asiento hasta adoptar posición fetal.

El taxi continuaba circulando, sin detenerse. Y a su alrededor todo parecía desdibujarse, oscurecer, desaparecer.

*Amarillo. Verde. Azul. Naranja. Rojo. Marrón. Violeta. Gris. Negro. Nueve colores sangra la luna.*

Arbó soltó una carcajada. Lúbrica, perversa.

*Hasta ahora, Isabel.*

# Notas

[1]El cine giallo es un subgénero cinematográfico de origen italiano, derivado del thriller y del cine de terror, que tuvo especial vigencia durante los años 70, época en la que disfrutó de un considerable éxito comercial. Es uno de los principales precursores del *slasher*, sobre el que tuvo gran influencia. (Nota de M L@S). <<

1